



AMÉRICA

REVISTA DE CULTURA HISPÁNICA

SUMARIO

AUGUSTO ARIAS: Evocación de Mera.—ISAAC J. BARBERA: Juan León Mera y el americanismo literario.—CESAR E. ARROYO: Cumandá es una gran novela.—REMIGIO CRESPO TORAL: Juan León Mera, maestro de cultura nacional. — JULIO II: Juan León Mera. — REMIGIO ROMERO Y CORDERO: Colombla.—AUGUSTO ARIAS: Goethe o la progresión.—GONZALO ESCUDERO: Poemas.—ANTONIO MONTALVO: Poemas.—HUMBERTO MATA: Definición de la palabra "vanguardia".—ABEL ROMEO CASTILLO: Un esquema de la historia.—NOTAS EDITORIALES. — HUGO MONCAYO: El correo de ultramar. — ANTONIO MONTALVO: Mirador bibliográfico. — INDICE.

Vol. VII

Año VII

Nº 50



Imprenta Nacional.—Quito.

AMERICA

Publicación del GRUPO AMERICA

Encargados de la Dirección:

Alfredo Martínez

Augusto Arias

Antonio Montalvo

Suscripción, en América y Extranjero,
entrega de seis números:
Un dólar

Dirección postal:

GRUPO AMERICA,

Casilla 75. Quito, Ecuador, S. A.

A los escritores de lengua española

El GRUPO AMERICA se verá muy honrado y satisfecho si sus amigos y compañeros le envían sus publicaciones para dedicarlas a la Biblioteca de Autores Hispanoamericanos, que tiene en formación. El Grupo, en cambio, enviará su revista y las obras que publique, con el propósito de contribuir a la realización de los ideales de confraternidad entre los pueblos del mundo hispánico.

GRUPO AMERICA

SOCIOS:

Arias Augusto
Arroyo César E. (En Lima)
Albornoz Miguel Angel
Bustamante Hipatia Cárdenas de
Bustamante Guillermo
Barrera Isaac J.
Bossano Luis
Carrión Benjamín
Escudero Gonzalo (En Paris)
Jaramillo Alvarado Pio
Moncayo Hugo
Martínez Alfredo
Montalvo Antonio
Reyes Oscar Efrén
Sánchez Manuel Maria
Velasco Ibarra J. M.
Zaldumbide Gonzalo (En Washington)

SOCIAS COLABORADORAS :

Adelaida Velasco Galdós, en Guayaquil
María de la Torre id.

SOCIOS REPRESENTANTES :

Victor Hugo Escala, en Venezuela
Hernán Pallares Z., en Inglaterra
Jorge Carrera Andrade, en España
Luis F. Torres, en Suiza

BIBLIOTECA DE AUTORES HISPANOAMERICANOS

EL GRUPO AMERICA agradece cordialmente a los autores y editores que se han servido enviar las siguientes publicaciones:

ARTURO MEJIA NIETO: *El Tunco*. Novela.—Dirección del autor: Consulado General de Honduras en la República Argentina. Buenos Aires.

MANUEL NUNEZ REGUEIRO (Profesor titular de Filosofía General en la Universidad del Litoral): *Filosofía Integral*.— Dirección del autor: Consulado del Uruguay. Rosario de Sta. Fe, Argentina.

JUAN MONTALVO: *Pluma de Fuego*. Edición en homenaje al centenario de Montalvo.—La Paz, Bolivia. 1932.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS: *Antología Poética*.—Editorial Artes Gráficas. Quito, Ecuador. 1932.

ANDRES GARIFULIC Y.: *Carnalavaca*. Novela.— Santiago, Chile. Av. Portugal N° 118. —1932.

SANTIAGO DALLEGRI: *Cuentos Risueños*.—Montevideo. Calle García Cortinas 2387.—1932.

JOSE POCH NOGUER: *El Enigma de la Muerte*.—Casa Editorial Maucci. Calle de Mallorca, N° 166. Barcelona.

ROMULO NANO LOTTERO: *Palabras para América*.—Dirección del autor: 21 de Setiembre 2872. Montevideo, Uruguay.—1931.

ROMULO NANO LOTTERO: *Acrobacias*.—1932.

FERNANDO DIEZ DE MEDINA: *Imagen*. Poemas.— La Paz, Bolivia. 1932.

NICOLAS G. MARTINEZ: *Las Grandes Erupciones del Tungurahua en los Años 1916-1918*.—Imprenta Nacional. Quito. 1932.

MANUEL PAZ GUERRERO: *La Viña de Jerez*.—Jerez, España.

CHARLES ROYAL: *5 Cuentos*.—Quito, Ecuador.—1932.

JUAN ULLOA: *Reflejos*. Comedia dramática en tres actos. — San Salvador, El Salvador. C. A.—1932.

JOSE MARIA LUELMO: *Inicial*. Poemas.—Valladolid, España.

- ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS:** Montalvo y sus Comentadores. Compilación de juicios sobre Montalvo dedicado a la Biblioteca de Autores Nacionales de Ambato, con ocasión del centenario de su nacimiento.—Quito. Imprenta Nacional.—1932.
- ARMAND GODOY:** *Le Poème de L'Atlantique.* — Dirección del autor: 43 rue Raffet. Paris XVIIe.
- GUSTAVO LEMOS R.:** *Rosas de Invierno.* Novela. — Guayaquil, Ecuador.
- JUVENAL ORTIZ SARALEGUI:** *Línea del Alba.* Poemas.— Dibujos de Adolfo Pastor. — Dirección del autor: Montevideo, Uruguay. Apartado N° 22.
- ALFONSO RUMAZO GONZALEZ:** *Los Ideales.* Novela.— Editorial Bolívar.—Quito. 1932.
- NICHOLAS MURRAY BUTLER** (Presidente de la Universidad de Columbia): *En un Mundo Cambiante. En un Mundo sin Plan. Enanos y Gigantes. El paro forzoso.*—Traducción de Jorge Roa. — New York City.
- ALFONSO CUESTA Y CUESTA:** *Llegada de todos los trenes del mundo.* Cuentos.—Cuenca, Ecuador. 1932.
- AUGUSTO MALARET:** *Diccionario de Americanismos.* 2a edición. Extensamente corregida.—San Juan, Puerto Rico. 1931.
- GONZALO ZALDUMBIDE** (Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Ecuador en los Estados Unidos): *Juan Montalvo en el centenario de su nacimiento. 1832-1932.*—Unión Panamericana. Washington, D. C.—1932.
- PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA:** *Homenaje a Juan León Mera con motivo del centenario de su nacimiento.* Imprenta Nacional. 1932.
- SAMUEL LEWIS:** *Anotaciones al "Tamborito" de Agustín del Saz.*—Panamá. Imprenta Nacional. 1932.
- JORGE ICAZA:** *Sin Sentido.*—Editorial Labor. Quito. 1932.
- MIGUEL GUIRAO GEA** (Catedrático de Anatomía Descriptiva y Topográfica con sus técnicas): *El Departamento Anatómico de la Facultad de Medicina de Granada.*—Granada.
- ANTONIO J. BASTIDAS** (Profesor de Medicina Legal en la Universidad Central): *La Ilegitimidad, factor de letalidad infantil.* Conferencia sustentada el 8 de Abril de 1932.—Imprenta de la Universidad Central. Quito.
- MARTINEZ DE LA TORRE:** *Por el "Servicio Colectivo".* Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú. — Ediciones "Frente".—Lima, Perú. 1932.

- JOSE RUMAZO GONZALEZ:** *Altamar.* — Editorial Bolívar. Quito. Imprenta Nacional.
- HUMBERTO MATA** (Profesor de Psicología y Lógica del Colegio Nacional Vicente Rocafuerte): *El problema educacional y sus proyecciones sociales en el Ecuador.* 2a. edición.—Guayaquil. 1932.
- DR. CARLOS A. ROLANDO:** *Don Juan Montalvo. 1832-1932.*—Guayaquil. Imprenta y talleres Municipales.
- REMIGIO CRESPO TORAL:** *La educación para la economía.* Conferencia de extensión universitaria dada en la Asociación de Empleados de Cuenca el 9 de Marzo de 1932.—Cuenca, Ecuador. Tip. de la Universidad.
- JOSE RUMAZO GONZALEZ:** *El nuevo clasicismo en la Poesía.* — Talleres Tip. Nacionales. Quito. 1932.
- ELOY ALFARO:** *Historia del Ferrocarril del Sur.* Publicada por la Editorial "Nariz del Diablo".—Quito. 1932.
- DR. CARLOS A. ROLANDO:** *Don Juan León Mera. 1832-1932.* — Imprenta Municipal. Guayaquil.
- EDUARDO SAMANIEGO Y ALVAREZ:** *Mi visión de la selva.* Una carta.—Editorial Artes Gráficas. Quito. 1932.
- FELIPE ANTONIO MOLINA:** *Ocaña: la mujer, la sierra, el arte.* Ensayo crítico.—Ocaña, N. de S., Colombia.
- HONORATO VAZQUEZ:** *Memoria Histórico-Jurídica sobre los límites Ecuatoriano-Peruanos.* Tercera edición hecha por la Universidad.—Cuenca, 1932.
- AMABLE E. SALVADOR:** *Lecciones elementales de Física Experimental.* Tomo I.—Talleres Tip. Nacionales. Quito, Ecuador. 1932.
- MARUJA VIDAL FERNANDEZ:** *Los látigos invisibles.*—Salta 307. Buenos Aires.
- TOMAS GARCIA FIGUERAS:** *Del Marruecos Feudal.* (Episodios de la vida del Cherif Raisuni). Jerez de la Frontera. España. 1932.
- CAMILO JIMENEZ:** *La vida de Bolívar en mil palabras.*—La Unión Pan-Americana, a los niños de las escuelas primarias.—Washington.
- W**
- FERMIN REQUENA:** *El Milagro.*—La novela africana. N° 29.—Melilla.



DON JUAN LEON MERA

EVOCACION DE MERA

AUGUSTO ARIAS

En el viajero fiel la continua tentación volviase de recato y de retorno por la llamada del humo del hogar, figurado como en la vivacidad que suele dar al sueño el simbolismo del deseo. Ninguno, por eso, como el héroe familiar para la firmeza de las expansiones en las cuales vigila, como un ariete de fuerza y de ternura, el corazón a la vez egocéntrico y altruista. Así Juan León Mera paseante silencioso de los senderos de Atocha, guardador de sus lares y en marcha hacia los campos armoniosos de la poesía. No la vista mudadiza que quisiera lucirse, ni la forma que buscara muelle descanso. En su idea y en su propósito se define mas bien, desde los primeros días, la insatisfacción que se plantea como resignada en el deber y alegre de proseguir, el afán perpetuo de superarse a la dicha con el espíritu. Su infancia pobre no descubre mas posesión desparrramada y completa que la del paisaje. Las vidas sencillas han de formar para él la sapiencia pura del primer recibimiento. Pero comprenderá que aferrarse a la tierra es menos perenne que detenerse a escuchar los rumores en los cuales nace y asciende la armonía sin término. El profesorado maternal le lleva al descubrimiento de la música oculta del silabario y así la grave aspereza que florecería de la soledad y el pauperismo, tórnase, por contrario designio, en la suavidad de creer y esperar. Fe que desierta a las sombras simultáneas que ciegan el camino de

los hombres y confianza que parece insuflar de tranquilo dulzor hasta el fruto agraz en el cual apunta, en tenue promesa, el colorido de la huerta ambateña. He aquí como tocaba la madre, en el alma tímida y predestinada, adivinando el contorno, la forma del patriarca. Mas tarde le contemplarían sus contemporáneos, en apariencia de aislado, pero dándose a todos en las voces de su poesía y en las hojas múltiples de sus libros. No estaría, en realidad, en el silencio apretado de la distancia que busca el huyente. Al lado de su Rosario —la espiritualidad y la nobleza— vería el retoñar de su nombre y de su espíritu, la continuidad de la vida y de la idea, de la gracia y del arte, de la devoción pictórica y de la virtud del canto. Y allí, en pos de las figuras angélicas de las Marias, pasaría su imaginación gustosa de advertir el refloramiento.

“Educado e instruido por mis propios esfuerzos y bajo el ala maternal”, escribió de sí mismo en las **Memorias**, al declarar, posponiendo su modesto trazo autobiográfico, a las confesiones íntimas de un San Agustín, de un Rousseau y de un Chateaubriand, como la diestra materna fué modelando su destino, haciendo terso de obediencia el ánimo vibrante del adolescente, soplando frescor de bondad y quietud en la vida móvil y ardorosa que no llegaría ni al comienzo de la descompostura ni a la flor viva de la llama. Ya tiene, para entonces, huellas ejemplares. Y el vigor y la tenacidad y el gusto por las artes y las letras y la santidad amable de la existencia viénenle desde la vida solariega de los Váscónez y de los Martínez.

Para su curiosidad de catecúmeno hablará su tío Nicolás con la frase sencilla y clara de las explicaciones lúcidas. Los libros le dirán mas tarde de la vasta profundidad de los viajes mentales y los suyos, aún cuando partan de impulso que no quería concederse a sí propio más alcance que el de una animación de los otros, detrás de la cual se quedaria el autor medio oculto y pudoroso, (Las Memorias), salvaron en breve los límites patrios para interesar a lectores distantes. Y de aquellos le vino, como en toda prueba de excelencia, el aplauso definitivo. Montalvo hubo de anunciarle, en frase amical, de la realidad de su primera travesía: “Su nombre ha pasado los mares”. Y así el cristiano huésped de Atocha, retrayéndose en el marco florecido de su heredad, proyectábase más lejos, como que toda penetración acendrada es prenda de resplandor durable.



Existe secreta armonía entre el espíritu y el paisaje y no con falsa observación querriamos descubrir una geografía especial en el lar de la familia y en la continuidad de las incursiones consanguíneas. No hay término de desunión entre los jardines de Atocha y el primor descriptivo de Mera y en la realidad y en la creación de la novela, y en la gracia vital del cuento, le siguen, por innato sentido, Trajano, Eduardo y Carlos Alfonso y en el colorido y en la forma de la sierra, en la mancha de égloga y en el retazo oriental, en el lienzo abrileño de las huertas de Ambato, Juan León y Eugenia. Igual poder descriptivo acompañará en antes a Luis Martínez, parecida propiedad de narración ecuatorial alentará en los capítulos de Anacarsis, Cornelia Martínez dará su encantador sentimiento a la elevación del canto y sus méritos de preciso descubrimiento al curso leve del relato y ocultándose en el calmado empeño de crear, saturada de la verdad entrañable que se ahonda en el dominio oscuro y brilla sin codicia en los ojos de los campesinos, Blanca Martínez nos ofrecerá la novela que se incaute del paisaje y de la vida y que hable a nuestra distancia de las horas que perduran en fondo simple pero de más veraces memorias, como que allí hasta el mismo fluir que hincha y dilata las venas, la onda que colora la mejilla, la voluntad y el movimiento, el pensar y la realización, sin premura de alcanzar, sin esquivar de falso retardo, sin canje cortesano de ofrecer para recibir, se vienen de la cierta, de la inexorable naturaleza. Nuestra Teresa de la Parra, transitando hoy por los senderos que frecuentó el abuelo cuando trazaba los capítulos de **Cumandá**, recomponerá la narración de ahora, no desligada tampoco de la lealtad del origen. Así surgirán las figuras del solar, no levantadas de repentismo y si reproducidas e idealizadas en sus páginas. ¿No será factible que en el ritmo de juventud, de propio y único vigor, escuchemos el latir de otras generaciones que allí mismo perezcan olvidadas por desconocidas? Las flores nuevas débense a las células abuelarias y en sus pétalos se

ha extendido la preciosidad de la mañana. No de otra manera se forma la novela de tradición y de vida presente. Al lado del romance que acabamos de deshojar, irrumpe el cándido relato de la viejecilla que guarda la memoria de estos pinos, cuando eran tiernos y débiles y que arrulló el sueño de la niña en un fondo de tiempo que se alumbra con su trabajosa remembranza.

*
* *

Es Juan León Mera uno de los primeros cantores de América. Desde el apunte lírico del hortelano y el cuadro mínimo del jardín y el curso cantante del río que se filtra en la voz de aroma del marco ribereño, partió con pinceles y armonías hacia el límite oriental en donde crece la selvática flora como en la multiplicidad y en el aparente desconcierto de oda natural que pasara del nervio vibrátil de la liana a la imagen ampliada de la hiedra gigantesca y del rruiseñor que "organa" divinamente, como lo dijo Berceo en nuevo giro verbal, al elástico sueño del jaguar que acecha en el descanso a la sombra y del puente de temblor inverosímil al bosque primoroso que recorta un trozo de cielo de uniforme color. En ese cuadro que no podrá olvidar la poesía americanista y que ha sido considerado como fidelísimo por los viajeros más observadores, cobró vida y presencia, entre las costumbres indígenas y las luces del romanticismo, la virginal Cumandá y en nuevas evocaciones se animó la existencia fabulosa de los Shyris y la mitología ecuatoriana en las vírgenes vestales del templo del Sol y los caracteres de sus épocas en las Novelitas y el ágil humorismo de la silueta en los **Tijeretazos** y el sobrio esbozo costumbrista en las **Plumas** y la leyenda en Mazorra y el distante bordón, íntimo del tiempo y de las alusiones y el amor que se entretiene en el lamento irisado de fatales esperanzas, en los Cantares del Pueblo Ecuatoriano y el acorde marcial en el Himno y el perfil de propósito romántico en la biografía y en la historia.

*
* *

No sabemos de más antigua proposición para un viril rezoamiento del canto que la de sus cartas acerca del americanismo en la poesía y el título que le dieran sus contemporáneos —el de poeta indiano— sería hoy mismo presea que quisieran lograr los más bien dotados y jóvenes artistas. Reinvindicó, el primero, la novedad de lo desdeñado, buscando el motivo indigenista para su poema y recomendándolo a los principiantes en las sugerencias de su crítica. Esta, benévola hasta en sus reparos, es la fundamental en la cronología y en la bondad de la causa, para las futuras construcciones de nuestra Historia Literaria. Erudita y pronta al elogio, no puede desprenderse ni de los vastos conocimientos que atesoró en su complacido autodidactismo, ni de la gozosa postura de Mentor que adoptó sin prisa y sin orgullo.

Vista retrospectiva, amor de más luengos caminos es la historia y en pos de sus jornadas se orienta, a veces, la curiosidad del poeta, el examen del crítico y la severa virtualidad del ciudadano. Los gérmenes de la Historia no pudieron separarse de la poesía. Antes bien estuvieron casi en su misma substancia con más remota seguridad que el documento sin letra de los descubrimientos arqueológicos. El observador inteligente ha de gloriarse del mayor alcance de su catalejo y valor más firme de perennidad ha de brindarnos aquel que consigue recrear, ante una comprensión de modernos, las vidas de valioso contenido, difíciles de ser contempladas por la premura incapaz de la exploración del pergamino y desdeñosa, por impaciente, de la ingenua redundancia de la letra antigua. La historia y la biografía fueron otra de las preocupaciones de Mera y él mismo mereció antes de que llegara a la edad en la cual se van los sueños, un ensayo biográfico escrito por el doctor Pedro Fermín Cevallos, espontáneo en la curva del estudio y por su sinceridad fluyente, incontenido de admiración para el joven cantor que solía llevar en su melancólico repaso, esas voluntades profundas y cultivadas, distantes de aquellas que rezuman acomodaticia simpatía, se apoyan en las circunstancias y están destinadas a cambiar y a perecer.

*
* *

Gratisimo para **América** el nombre de Mera, por el sentimiento nacional que tiene a mucha honra mantener este Grupo y por la profunda vinculación del poeta ambateño con los ideales del americanismo en las letras, nos ha correspondido la suerte de abrir las páginas del volumen en el cual juicios autorizados y valiosos no ensayan sino acaban su elogio. Mayor fortuna para nosotros si en esta rápida evocación vemos cumplirse, otra vez, el deber de afecto que nos une, por nuestras viejas raíces familiares, al venerable tronco de los Martínez.

Juan León Mera no ha escrito su nombre en la arena de los viajeros insustanciales y quizá a él pudiera ser aplicado, como a muy pocos, el distico de tan justo equilibrio para grabarse en cristal sin mácula, incansable reflejador de las nítidas imágenes de una gran jornada: "Velar se debe a la vida de tal suerte que viva quede y dure hasta en la muerte..."

X
**JUAN LEON MERA
Y EL AMERICANISMO
LITERARIO**

ISAAC J. BARRERA

Epoca de ofuscación y de atolondramiento es la nuestra; el mundo ha salido, al parecer indemne, de los horrores de una crisis, aunque todo hace suponer que llevamos un gran quebranto en lo más hondo del sér. Y, entonces, desorientados y confusos, unos creen en la pérdida irremediable y otros que el remedio puede hallarse próximo, si se atina a encontrar al ideal que nos conduzca a la próxima aventura. A nuestro pueblo le falta un ideal, andamos repitiéndonos, sin comprender que, sobre todo, para nosotros, los ecuatorianos, no puede haber otro que el de una continuidad posible intelectual, por medio de la que podamos atacar los diferentes problemas de política, de nacionalidad y de raza, con los suficientes fundamentos que nos mantengan en el justo nivel de la civilización media a la que ha llegado el mundo. Y estos problemas no pueden ser resueltos tan solamente con el concurso entusiasta de las generaciones vivientes, sino con la fuerza propulsora de quienes obraron en el pasado. Las ideas no son hallazgos inesperados y la realización no puede obtenerse sino con la metódica preparación de los pueblos. Se dice muy bien cuando se expresa que es necesario que las ideas floten en el ambiente para que se encarnen en un momento dado, porque si no se ha creado previamente la necesidad, las ideas, por sugestivas y novedosas que parezcan, serán como fuegos fatuos que brillen y se apaguen, sin dejar rastro ni huella.

La historia del Ecuador está haciéndose por los hombres de pensamiento solamente. En la aurora de la República los soldados se lanzaron sobre ella como aves de presa; todos creyeron inmortalizar el nombre por la intervención cívica que tuvieron, y, sin embargo, los gloriosos generales han pasado como sombras, próximas a desvanecerse completamente, a pesar del vaho de sangre que les sirvió de aureola. ¿Quién se acuerda de ellos? A través de la historia, de las páginas de la historia, un justo discrimen se efectúa, y el único relato agradable que nos deja es el recuerdo de aquellos hombres que no obstante su labor política, muchas veces funesta, se empeñaron en crear escuelas y colegios, en levantar edificios para la instrucción del pueblo, en formar bibliotecas o en publicar libros. Es el espíritu el que se salva; todo lo demás va camino del olvido.

La historia sintética del Ecuador se hará con pocos nombres: Olmedo, Solano, Rocafuerte, Moncayo, Montalvo, García Moreno, Mera, Zaldumbide, Borja, González Suárez y otros pocos más. Cada uno de ellos es un aspecto de civilización, un aspecto salvador de progreso. Por esta causa, olvidándonos ya de aquellas tantas fechas que se impusieron a los pueblos como etapas de regeneración, hemos creído mejor recordar a los hombres ilustres, quienes, al servirse de las fuerzas espirituales, hicieron más por el gobierno de la patria que las mil algaradas con las que se ensangrentó su suelo. Ya es una cosa comprobada que la vociferación es signo de odio o de arrivismo, mientras la labor serena busca el camino de la justicia, y deja escrita la palabra de esperanza.

Y esta manera de enfrentar el problema histórico no es una consideración sentimental tan solamente sino el resultado de una experiencia trabajosamente adquirida. Para nosotros sólo la historia del espíritu es la que vale; para los extraños sólo existimos por los pocos nombres de notoriedad intelectual que podemos ostentar: el Ecuador es la tierra de Montalvo o de González Suárez; nadie se acuerda de los generales que han pasado interviniendo en los asuntos públicos.

Nada más justo, pues, que en el número de celebraciones de ecuatorianos ilustres se haya incluido, por consentimiento público, que es la mayor autoridad a la que puede apelarse, el nombre de Juan León Mera, uno de los más grandes literatos que ha tenido el Ecuador y uno de los pocos nombres tras de los

cuales tenemos que ampararnos para pedir un puesto en la historia intelectual de América. Hace algunos años, Menéndez y Pelayo escribió la historia de la poesía Hispano-americana; con pocos nombres contribuimos para esa historia, uno de ellos era el de Mera. El profesor Coester de la Stanford University escribió la Historia Literaria Española y otra vez el nombre de Mera figura en puesto principal entre los también pocos nombres conocidos por el profesor, quien al estudiarlo, dice: "Juan León Mera ha sido el escritor de talento más universal que hasta ahora ha producido el Ecuador. Poeta, erudito, arqueólogo, novelista, y en todas estas cosas excelente". De este escritor, justamente admirado por sus contemporáneos y por los extranjeros estudios y que constituye uno de los aportes de mayor consideración de nuestra intelectualidad, se conmemora hoy el centenario del nacimiento en la ciudad de Ambato, en la misma ciudad que hace pocos días celebró otro centenario glorioso, recordando la procerca figura del más grande de los prosistas de América, de Juan Montalvo. Suelos fecundos esos que dieron hombres ilustres en envidiable cantidad; seguirán produciéndolos en lo futuro, seguramente.

No considero que es para mí llegada la ocasión de hacer el retrato y el estudio del escritor y del hombre público, ni pretendo tampoco trazar el esbozo de esta figura digna de toda consideración; quiero tan solamente estudiar algunos aspectos de esta rica personalidad que, como literato, ocupa un puesto principal en nuestras letras, con enseñanzas que han sido fecundas en el cultivo literario.

Para la posteridad que no recuerda sino a grandes rasgos la vida de un hombre, Mera es autor de *Las Melodías Indígenas*, de *La Virgen del Sol*, de *Cumandá* y del *Himno Nacional*. Mera escribió un montón de obras, muchas de las cuales no se hallan publicadas todavía y acaso no lleguen a publicarse todas, lo que si en parte sería una pérdida para las letras, creo yo que en nada amenguaría la gloria que ya tiene el autor; es decir, que publicadas en poco aumentarían su renombre.

Las obras que antes he citado, a las que hay que añadir la *Ojeada Histórico-Crítica*, son suficientes para situar a Mera en el puesto que le corresponde dentro de la literatura ecuatoriana. Esas son sus obras en que puso la fuerza de su juventud, la im-

petuosidad de su talento, la dulce resonancia de su sensibilidad y la calmada reflexión de su intelecto.

Porque hay que tomar en cuenta esta circunstancia: esas obras que constituyen su mejor aporte a la literatura patria fueron escritas en plena juventud y esa plena juventud les dura todavía.

El relato de un viajero le proporcionó el tema para su novela **Cumandá** de la que está por hacerse una apreciación detenida y seria, porque a pesar de cuantos reparos quieran dirigirse puede suscribirse el juicio de Valera en sus **Cartas Americanas**, cuando escribe: "La novela **Cumandá** es mil veces más real, más imitada de la naturaleza, más producto de la observación y del conocimiento de los bosques, de los indios y de la vida primitiva, que casi todos los poemas, leyendas y novelas que sobre asunto semejante se han escrito". Dejo para otra ocasión tratar más detenidamente de esta obra que es una de las pocas que pueden figurar sin recelo en la novelística ecuatoriana. **Cumandá** fue una obra escrita en plena juventud, como lo fueron las otras que he citado anteriormente. **La Virgen del Sol** se sirve del folk-lore para trazar un gracioso poema legendario en el que se quiere que palpite el alma de la raza autóctona y se hacen revivir viejas costumbres del tiempo de los incas, que acaso se prendieron también en los riscos del Pichincha en tanto duró la soberanía de Atahualpa. Las **Melodías Indígenas** persiguen el mismo afán: la consideración de lo propio como asunto poético. La **Ojeada** completa este ciclo, concluyendo por asentar una teoría de americanismo literario que se discute todavía y que por lo mismo puede decirse que de su obra ha sido la página más fecunda.

Después de las obras citadas la fama literaria de Mera se extendió con toda justicia y lo hizo notable; pero entonces tuvo lugar un fenómeno sumamente curioso. No quiso continuar en la obra desinteresada de arte; quiso ser el portavoz de un partido político, el mantenedor de ideales, el educador de juventudes. Acaso —y esto escribo sin comprobar con ningún dato— la frase castigadora de Montalvo sonaba a destrucción y los enemigos políticos de Montalvo creían que sólo otra pluma ambateña era capaz de combatirlo. Goethe ha dicho que cada uno de nosotros, diez años antes o diez años después, hubiera tomado una línea muy diferente, tanto para su propia

formación cuanto para su esparcimiento social; con Mera no cuenta esta observación: en los escritos polémicos, que llenan la mayor parte de su vida, se ve al hombre entero y lleno de inflexible severidad. Sólo raras veces, cuando cruzaba correspondencia con los grandes literatos españoles, volvía a hablar de sus antiguas obras o defendía sus teorías de arte, para lo que tenía que remontarse a la lejana y oscura historia de su patria; de lo contrario, o era el folleto vibrante en que rebosaba la doctrina política que propugnaba opiniones, con una aspereza que todavía atemoriza, o era la obra moralizadora, la obra de fondo y de ideas. Pero sucede con los pensamientos y con las ideas que cuando pasan de su época ya no producen ninguna excitación en el espíritu; y la razón está en que nosotros somos ya el producto de un tiempo diferente; lo que se juzgó profundo nos suena a hueco, cuando no nos parece absurdo.

Después de la muerte de Mera, cuando el combatiente desapareció, las generaciones venideras tan amigas de lo nuevo y por lo mismo olvidadizas del pasado, despreciaron al acontecimiento para recordar el acto solamente, y el acto aquí eran sus obras literarias, de las cuales no podrá olvidarse. Por esta razón se lee con la más grande extrañeza, por el olvido nuestro de lo que Mera fué en su época, frases como aquella con que comienza su réplica a Llorente: "Entre mis compatriotas creo que pocos habrán tenido vida más agitada que la mía en la línea de las ideas; y eso que en el Ecuador, como en todas las repúblicas americanas de origen español, la polémica ha ido a par de las revoluciones..." Y esta frase suena a revelación, al saber a Mera combatido y que llevaba una vida agitada, a tal punto que, como se lee en los recuerdos que ha dejado el escritor, se le dirigió hoja suelta en la que se llegó a ofender hasta el sagrado del hogar. Y para esto hay que tener en cuenta que Mera fué un polemista a la manera moderna; trató de atacar las ideas, pero no quiso llegar a los hombres. Sin embargo, hay que ver qué ideas, en qué grado y en qué intensidad defendía Mera, el más generoso de los escritores de ese tiempo, para darse cuenta de lo que eran entonces las ideas políticas y para dar gracias al tiempo por haber salido de la crueldad de las ideas piadosas que no encontraban conmiseración para quien mantenía un pequeño matiz de lo contrario. En el

folleto que se titula **Otra carta a Juan Benigno Vela** confunde al polemista liberal de hipócrita, porque es radical de puntos subidos, porque quiere la libertad absoluta del pensamiento, de la palabra y de la imprenta, porque quiere que la enseñanza y la educación de la juventud se confíen exclusivamente a los legos, porque el gobierno civil es el único que debe mezclarse en este asunto, porque proclama la filosofía materialista del siglo XVIII, porque encomia el libre examen, ataca el **Syllabus** y los cánones del Concilio Vaticano.

Este lado polémico de Mera nos sirve para reconstruir lo que era entonces el Ecuador en cuanto a pensamiento religioso e ideas políticas. Y no es que trate de restablecer una polémica, felizmente, muerta ya, ni menos que pretenda rebajar los altos méritos de escritor como Mera a quien tanto admiro. Sólo quiero hacer una observación: Mera que mantuvo ideas liberales y atrevidas en las letras, es un acérrimo conservador en la política; mientras Montalvo que fué un liberal en política, es un acérrimo conservador en las letras: cuando su curiosidad salió de los límites de los consagrados fué para decir pesets del naturalismo y de Flaubert. Ya me figuro a los lectores ecuatorianos del **Espectador** leyendo los ensayos de Montalvo sobre **Madame Bovary** como si tratara de las trompetas del juicio final. Han pasado cuarenta años de entonces y las tres cuartas partes de los que leen ignorarán todavía el problema. Han pasado más de cuarenta años desde cuando escribió Mera sus principios de conservador católico y ya no le comprendemos su piadosa intolerancia y respiramos con tranquilidad al saber que los tiempos son completamente diferentes.

Habría que hacer una síntesis de la vida de Mera para situar cada uno de sus aspectos, y esta debe ser la labor de quien intente escribir la biografía del literato y hombre público. Mi intención en este momento es otra: quiero tan solo referirme a la enseñanza más fecunda de su labor literaria; voy a escribir algunas páginas sobre americanismo literario, tema en el que se ocupó largamente Mera y que ha servido para posteriores discusiones, que tienen gran importancia en América, por lo mismo que con ello se trata de salvar del coloniaje ideológico del que no ha podido salirse todavía.

La **Ojeada Histórico-Crítica** se publicó en 1868 y el último capítulo está dedicado a estudiar la posibilidad de dar un ca-

rácter nuevo y original a la poesía Suramericana. Actualmente parecemos incorporados dentro del ritmo de la civilización universal y cada día amanecemos con ideas nuevas o por lo menos con ideas modernas, por mucho que sea suficiente rasparnos con la uña para descubrirnos el indio y para comprender lo que de artificial hay en nuestro cosmopolitismo. Pero no era lo mismo ayer cuando la locomotora no había llegado a las puertas de Quito y todo el Ecuador siguiendo el peso de su propia gravedad vivía en una pasividad envidiable. Entonces las ideas se trasmitían con ese criterio localista del que tenemos una muestra en las mismas Cartas de Mera al periódico **Las Novedades** de Nueva York y las ideas literarias, por lo mismo que tan despreciadas eran en aquellos medios bravucosnes, groseros e ignorantes de continuas revoluciones, se propagaban con una lentitud desesperante. El yugo servil, si en algo podía aplicarse, era en literatura, por que vivíamos de imitación y de préstamo de viejas existencias: el gongorismo descabellado de los imitadores coloniales; el clasicismo frío de los hombres sin genio; la literatura civil quintanesca y vacua, sólo salvada por el talento de Olmedo; el romanticismo de similar, legible en Zaldumbide o conmovedor en el ardoroso romanticismo de Dolores Veintimilla; y, nada más. La colonia americana continuaba rindiendo las antiguas parias y si para los indios fueron los Andes precursores de ruina, entonces tronaban los montes y los hombres pasaban indiferentes.

Aun sin que hubieran ocurrido las guerras de emancipación, si América continuara de colonia española, la manifestación literaria tenía, en este Continente, que adquirir características propias que le diferenciaran de la española, por mucho que tuviera elementos comunes, como en efecto los tiene. En la Metrópoli sucede algo parecido, ya que el elemento verbal que cultivamos en la literatura pertenece a una región que fué importante, pero que ha ido perdiendo cada vez el derecho para imponer su hegemonía. Junto a la literatura castellana se yerguen a recobrar su antigua supremacía las literaturas regionales, como las de Cataluña y de Galicia; y aun cuando no se trate del cultivo de esas lenguas regionales y los escritores adopten todos el castellano, no por eso perderán éstos el sentido regional que se transparente en sus obras y que les descubra a los ojos del lector menos perspicaz. Con mayor razón la dife-

rencia tiene que ser aun más evidente al tratarse del fenómeno literario producido en un mundo lejano de aquel en que se habló la lengua originariamente.

Esta cuestión viene siendo largamente debatida. Cuando el argentino Echeverría publicó *La Cautiva* en 1837 quiso poner en práctica una doctrina literaria que más tarde se convertirá en una indiscutida tendencia de arte literario, con la adopción del americanismo. Según el poeta argentino citado, para que la poesía adquiriera el influjo que tuvo en la antigüedad y que actualmente tiene en las naciones cultas, es necesario que se revista de un carácter propio y original, que refleje los colores de la naturaleza física, que se convierta en el cuadro vivo de costumbres y en la expresión de las ideas, sentimientos y pasiones.

Puede ser Echeverría el primero que formuló esta teoría del americanismo literario; pero lo que hizo como una breve anotación explicativa de su poema, Mera en 1868 lo convirtió en una verdadera doctrina, dotándola ampliamente de bases sobre las cuales pueda sustentarse con toda solidez. La literatura americana, para Mera, no debe nunca dejar de ser española por la forma y por la lengua, porque creer que la novedad de una literatura proviene solamente del cambio de su parte material, sería un grave error; la originalidad debe estar en los efectos, en las ideas, en las imágenes, en la parte espiritual de las pinturas. América abre este campo a la originalidad con su historia, sus costumbres y su naturaleza.

Tal vez Mera hizo una falsa aplicación de su doctrina en sus *Melodías Indígenas* y con justa razón el catalán Rubió y Lluch le hacía notar que si los poemitas como tales eran dignos de elogio, no tenían un verdadero carácter indígena y que acaso la asimilación resultaba sumamente difícil, mientras era haccedera y podía ser fecunda en buenos resultados la americanización de la literatura. Fué entonces cuando Mera fijó con precisión las bases del americanismo literario, conviniendo en que acaso su entusiasmo le había llevado a usar términos impropios.

Sus propósitos eran los de traer elementos nuevos a la literatura americana, dándole un colorido y un aspecto determinados. Es verdad que en seguida hace el desarrollo de su doctrina con ejemplos de aplicación en los que no podemos estar

de acuerdo, porque Mera quería que se huyera en la poesía de lo pintoresco y lo local, cuando ello pudiera repugnar. Mera propugnaba el ennoblecimiento de la poesía, por los asuntos y por las palabras; la poesía como quería el gran poeta de los **Nocturnos** debía contener no solamente pensamientos puros, sino estar expresados éstos de manera pulcra y elegante. Como todavía el término no se halla con significación determinada y fija, Mera creía que si podía **americanizarse** la literatura, dándole un colorido y un aspecto nuevos, esto no era posible en ciertos temas y era inconveniente en otros casos; así, los asuntos religiosos no podían cantarse sino como lo habían hecho Klopstock y Manzoni y el poeta americano no debía imitar a las beatas de por aquí que ponen en los **nacimientos** a los indios de poncho y zamarro. Y los asuntos filosóficos y morales, tanto como los sucesos históricos, debieran ser sacados a luz a la manera española, latina o griega. Cuando Mera saca a los indios de zamarro y poncho de los asuntos religiosos, me viene a la mente aquella glosa de Eugenio Ors en la que recordando que la alimentación del indio se reduce a la lagua, al mote y al tostado, y que no conoce el pan, dice sin embargo que al rezar el Padrenuestro, el indio debe pedir ese pan que no come: ¡“Perdón, Quichua, indio mío, hermano mío, pobrecito mío, si te obligo a rezar un poco al margen de la verdad de tu vida! Pero hay que hablar del pan, porque el pan —y no la coca o la lagua— es lo que se come, a la vez en Jerusalén y en Roma. Y cuando Roma ha admitido una vez a Jerusalén ya ha hecho todo lo que podía. Reza y espera. A fuerza de pedir, humildemente, para hoy, el pan que no conoces, mañana llegarán hasta ti a un tiempo mismo el conocimiento del pan —que es Roma— y el pan”. No deben chocarnos las restricciones que al arte americano ponía Mera, ya que mucho era para aquellos tiempos la doctrina que defendía. El mismo Mera se salió de los clásicos, porque se sintió revolucionario e hizo arte propio, sin afiliarse a ninguna escuela y sin reconocer jefe.

Desde entonces el americanismo de Mera ha tenido larga y varia fortuna. En 1905, José de la Riva Agüero le dedicó varias páginas en el libro que escribió como tesis para el bachillerato en Letras, **Carácter de la Literatura del Perú Independiente**. Este libro a su vez fué comentado largamente por Unamuno, quien al examinar la opinión de Mera de que la li-

teratura hispano-americana poseía sobrados medios para ser original, citaba un juicio de Menéndez y Pelayo, el cual al examinar la literatura americana manifestaba no encontrar en ninguna parte ese americanismo, y citaba también la opinión del crítico mexicano Sánchez Mármol cuando trata por lo menos de reivindicar el colorido regional; mientras el austriaco Emilio Reich al hablar de la literatura de la América inglesa, cree que no ha llevado a cabo grandes cosas en arte y en letras, porque carece de lengua nativa propia suya. El sofisma, que podía ser extendido a la América española, es rebatido amplia y generosamente por Unamuno, manifestando que el español es tan nativo y propio de América como de Castilla, y más que de San Sebastián o de Valencia, porque si es verdad que la lengua es sin duda el criterio para una literatura, no hay razón alguna para que la región de donde la lengua procede pretenda dar el tono ni a la lengua ni a la literatura. La lengua que se habla en América es la castellana; pudo proceder de aquel pequeño rincón de Castilla, de que nos habla el poema de Fernán González, que ahora nos corresponderá a todos cuantos la hablamos y en ella escribimos, por ser nuestra lengua propia, y su literatura lo mismo se enriquecerá con aquellos que escriban en España como con quienes escriban en América. ¿No se halla orgullosa de Unamuno, Baroja, Valle Inclán, Marquina y otros que, sin embargo, no son castellanos?

El tema ha sido fecundo y pudiera ser que encontrara aplicaciones en los diferentes órdenes de la vida social. Por fortuna, ¿no será un ideal de vida éste de buscar una originalidad valiéndose de los elementos americanos? ¿No será ir en busca de una ley social, creer que América está destinada a decir al mundo una palabra nueva, que contribuya a descubrir el destino de la humanidad? Las afinidades americanas, como hace notar Ricardo Rojas, son evidentes, porque hay unidad de origen, homogeneidad de cultura y sincronismo de evolución histórica. La América española es una sola y sus literaturas locales son la expresión regional de un solo proceso literario. Una doctrina americana estará, pues, fundada en fuerzas cósmicas que construyan una morada espiritual, tanto como en la emoción y el instinto; es decir, el medio físico, la economía, la política y la didáctica, tanto como la religión, la filosofía y el arte.

Vemos como la doctrina hace camino y toma formas que se definen cada vez con mayor precisión y claridad; por eso al escribir Francisco García Calderón sobre la originalidad intelectual de América hace notar que las ideas y las imágenes llegaron de la Europa maternal, pero que al margen de la literatura importada crece desde los primeros momentos un arte americano: "poesía que describe el prodigio tropical y novelas que reflejan la vida de ciudades silenciosas, teatro embrionario que presenta la lucha entre el inmigrante y el criollo, entre la sociedad colonial que declina y la confusa democracia que avanza". Pero García Calderón, después de hacer notar que Francia descubrió en América un capital literario tan brillantemente explotado por Bernardino de Saint-Pierre y Chateaubriand hace una distinción entre americanismo y criollismo. Para él, americanismo significa evocación de indígenas costumbres, de razas vencidas o descripción de la naturaleza tropical; mientras el criollismo es el amor a la vida regional, a los usos del vástago de españoles crecido y educado en las ciudades adormecidas. Dejemos para otro día el criollismo para referirnos tan solamente al americanismo que tiene vastísimas canteras inexploradas.

El gran poeta y el mejor crítico que es Crespo Toral pronunció un discurso como Mantenedor de la Fiesta de la Lira en nuestra ciudad de Cuenca, el 31 de Mayo de 1924, en el que habló sobre nacionalización de la literatura. La nacionalización tiene que ir a la par del americanismo, como trataremos de verlo luego. Adelanto el concepto solamente para recordar que no me desvíe del tema. Crespo pregunta: ¿Podemos hacer literatura nacional? ¿El tema criollo, la manera original constituyen por sí solos la literatura nacional? Para Crespo la literatura se clasifica, no por la acotación geográfica, sino por los idiomas; así pues, si en América escribimos en castellano, a su acervo y tesoro deben pertenecer las obras ultramarinas, si bien pueden advertirse provincias y patrias pequeñas de literatura. Por el idioma, la literatura americana es una prolongación de la española; pero puede obtenerse una literatura criolla, pensando por propia cuenta, meditando, viendo, oyendo, aspirando el ambiente diario de las flores de nuestro jardín.

El discurso es enjundioso como todo lo de Crespo e invita a la disertación sobre muchos puntos de literatura, como los

relacionados con la forma, el ritmo, la música del verso y la novedad de las imágenes, para restringir la observación al tema que me ocupa. Para Crespo, el patriotismo engendra el arte nacional. "El amor a nosotros mismos extendido a la naturaleza que nos rodea, al hogar, al nido, a la choza, a la región, a la patria grande, a la raza, a la familia religiosa, a todo lo que se ha incorporado a nosotros por la tradición, por el ideal, por las más altas aspiraciones humanas: eso es el patriotismo". Tenemos que aprovechar de los elementos nuevos que nos dan las tierras de América para hacer algo propio, que será al mismo tiempo acervo cultural. Habría para acotar largamente el magnífico discurso; pero considero suficiente, para el efecto que me he propuesto, enunciar el postulado principal de la enseñanza del maestro cuencano, enseñanza que está dando ya tan brillantes frutos, sobre todo en el género novelístico.

Si esta concepción del arte americano sobrepasa al nativismo pintoresco, otros escritores han dado mayor vuelo a la doctrina, ya procurando llegar con la formulación de un arte nuevo que se incorpore a la manifestación general, como es el caso del Mundonovismo del chileno Contreras, ya sentando las bases para la formación de una conciencia intelectual de positiva y perdurable consistencia, como es el generoso intento del escritor dominicano García Godoy. Si América no ha podido cumplir el sueño de Bolívar con la confederación de sus naciones, es necesario dirigir los impetus de estos pueblos jóvenes a la creación de una alma hispanoamericana, una alma saturada de modernidad, que vea y entienda la vida con nueva interpretación. Todo parece indicar que en América confluye hacia ese fin, sobre todo en la interpretación artística que aparece modificada y transformada con el abandono de principios de un retoricismo estéril y vacío. En América se ambiciona un arte libre, pero de gran amplitud, para que traduzca no solamente afanes novedosos, sino ingentes anhelos de cultura. El arte de América debe ser autónomo, pero de suficiente potencia espiritual para reflejar cosas privativas del pensamiento y la sensibilidad de nuestro tiempo. Esta sería la tendencia continental, de pueblo joven, que aspira a tener un puesto propio en la historia del desenvolvimiento humano. Este sería el ideal que dé a los pueblos de este Continente una orientación común, dentro de un mismo origen y de una misma lengua. Ahora,

como valor relativamente secundario, cabe el nacionalismo que tienda a cultivar lo peculiar de cada una de las naciones americanas: lo histórico, lo regional y lo descriptivo.

Era necesario extenderme en la consideración de tan importante problema, porque entre los más gloriosos mantenedores de una solución feliz se halla el escritor ecuatoriano cuya memoria nos ha reunido hoy en este recinto. Las insinuaciones de los hombres de talento tienen esta virtud, la de ir recorriendo laboriosamente por los más apartados senderos, hasta concurrir al lugar que se buscaba, al descubrimiento que se intentaba oscuramente. (1)

Se me excusará que al hablar del ilustre escritor me haya detenido tan solamente en un aspecto de su abundante labor, y es que a mí, debo confesarlo, me interesa con especialidad el escritor, no el hombre público ni el polemista. Cuando se haga el estudio completo de la rica personalidad de Mera habrá que considerar las innumerables facetas de este poderoso ingenio que llegó hasta donde quiso por la sola fuerza de su autoeducación. Porque, hay que saberlo, Mera no es solamente el literato, aunque a veces, cuando se leen las cartas y los apuntes que de él han quedado, se encuentran frases en las que pudiera transparentarse cierto desdén por aquello que constituyó su mejor triunfo. La madurez del escritor había consagrado a la propaganda y defensa de las ideas y a la difusión de principios sociológicos y morales. Cuando su hijo Trajano le propone hacer una nueva edición de sus obras, el escritor le contesta: ¿para qué? Esta es una tierra de muertos en la que un escritor nada puede hacer. Lo que sí sabe es que si "las letras no dan dinero, dan lo que vale más: una honra pura" y esta honra es la que obtuvo Mera en sumo grado, porque la rectitud de sus intenciones hizo que en todos sus actos la honradez fuera su guía. Hay otras veces en que siente una especie de prevención contra un público que puede dar aplausos a un torero, pero que pretende ignorar, e ignora de hecho, a aquellos que sólo tienen la ejecutoria del talento. "Yo soy un cobarde, escribe alguna vez; si no lo fuera ya habría hecho **auto de fe** no sólo con lo impreso

(1) Esta conferencia se pronunció en la Universidad Central el 28 de junio de 1932, primer centenario del nacimiento de Mera.

sino aun con lo manuscrito. Cuando me acuerdo que la miserable sociedad en que vivo no presta apoyo ninguno a mis publicaciones, tengo despecho". Será necesario hacer un estudio meditado, sereno y comprensivo para saber lo que vale el Mera literato y lo que representa en nuestra literatura: hasta aquí los liberales y los conservadores han venido disputando sus propias glorias, sin comprender que hay glorias que son comunes para la Patria. Mera es uno de estos valores, que no cede el puesto a ninguno de cuantos se le quisieran contraponer.

En cuanto a sus ideas políticas, yo soy de ideas completamente opuestas a las que defendió el escritor y creo que en mi convicción hay sinceridad y hay honradez, por eso comprendo y aplaudo la sinceridad de Mera al defender su verdad.

He dicho que Mera no solamente es literato sino que además fué un hombre público de grandes merecimientos y que con sus luces y virtudes contribuyó en mucho a la buena dirección de los asuntos públicos. Pero sobre todo fué un polemista; su pluma era de acero, por los puntos y por la dureza; muchos tuvieron que ver con él, ya porque se atrevieron a tocar los nombres venerados de Bolívar o el de la Patria, ya por el denuedo que manifestó en sostener sus ideales políticos o en atacar los vicios sociales, ya, por fin, cuando sus enemigos se atrevían a tocar cuestiones atañaderas a la religión católica.

Estos diferentes aspectos no son populares ni creo que hagan falta a la personalidad de Mera, quién siempre será el que enseñó a escribir a gran parte de los literatos ecuatorianos, constituyéndose, por su propia voluntad, en maestro y guía, y será el autor de nuestra Canción Nacional que forma ya parte del sentimiento patriótico y cuyas frases nos harán vibrar de entusiasmo y amor cuando se trate de honrar a la Patria o cuando ella necesite del concurso de los buenos hijos.

Quito, 1932.

"CUMANDA" ES UNA GRAN NOVELA

CESAR E. ARROYO

Cumandá, la obra maestra de Don Juan León Mera, es una de las más grandes creaciones novelescas que se han escrito en América, en española lengua. Es la obra de un gran artista, de un creador, de un animador de la Naturaleza y de los hombres, que las hace chocar, vivir y vibrar en un dramatismo emocionante.

Cumandá tiene todas las excelencias para ser, en su género, una obra cumbre. El escenario en que se desarrolla la acción no puede ser más estupendo: El aborrecido océano de verdura, de selva potente y brava que se extiende desde las últimas estribaciones de los Andes hasta el río-mar de las Amazonas, con sus ríos tormentosos, con sus árboles como catedrales de vegetal arquitectura, con sus plantas inauditas, con sus pájaros fantásticos, con sus mariposas irisadas y cambiantes, con sus reptiles de abracadabra; está evocado y pintado por un paisajista insuperable, firme en el dibujo, poderoso en el modelado, deslumbrador en el colorido.

En este escenario fabuloso, como huracanes arrolladores, surgen y traban espeluznantes luchas todas las grandes pasiones que agitan hasta el paroxismo al alma humana: el amor, motor supremo de la vida universal; el odio, amor negativo y tan formidable como él; los celos, brotes malditos de los grandes amores, la venganza primitiva y salvaje, la superstición grosera, en fin, todos los grandes resortes que pueden hacer saltar el espíritu, están puestos en juego en la novela de Don Juan

León Mera, con una grandeza que no dudariamos en calificarla de épica.

La acción está llevada con un dinamismo cinemático. El insigne autor se anticipó a la técnica cinematográfica, conduciendo la acción de su novela con una rapidez y al mismo tiempo con un sentido plástico, que es muy raro encontrar entre los noveladores de su tiempo.

Pocas novelas de lengua española pueden tener un interés de tan dramática intensidad, y desarrollarse en un devanar de visiones y cuadros emocionantes y artísticos, que se suceden con una rapidez no exenta de ritmos estéticos. Para probar este aserto, intentemos un rápido esbozo de la acción de esta gran novela:

Después de la mágica descripción del sublime escenario de las selvas orientales contempladas desde la cumbre del Abitagua, en donde se traza con la pluma un gran fresco mural que constituye la más deslumbradora de las visiones de las selvas de la América del Sur, el autor nos presenta una cita de amor a orillas del Pastaza, junto a dos palmeras gemelas. Acaba de rayar la aurora cuando Cumandá llega y se detiene a contemplar las palmeras, besando las cifras que hay grabadas en ellas y cantando una dulce canción. Llega el enamorado Carlos en una canoa, cantando a su vez una barcarola. Se entabla un diálogo de amor. Cumandá habla de las fiestas de las canoas que se celebrará en el lago. Cumandá llevará las flores más lindas de los árboles, de los arbustos, de la tierra, de las aguas y las arrojará a los pies del anciano Yaguarmaqui, que será el Jefe de los Jefes de la fiesta, diciéndole, al mismo tiempo unas palabras misteriosas que le enseñara la hechicera Pona. Carlos a pesar de ser extraño a la fiesta, promete concurrir a ella para ver a Cumandá. Esta dice, que cuando hayan terminado los días sagrados cumplirá su promesa, uniéndose con Carlos, quien tiene tristes presentimientos por el odio que el padre de Cumandá profesa a todos los blancos. Empieza a nacer el sol y es fuerza que se separen los enamorados. Carlos salta a su canoa y se aleja. Ella se mete en la espesura cantando. Unas matas se mueven a corta distancia dando paso a un ser humano que se ha agazapado entre ellas. Era el hermano de Cumandá, mortal enemigo de Carlos que había escuchado todo el diálogo.

A orillas del lago Chimano se extiende una playa poblada

de cabañas engalanadas. Gran número de canoas atracadas a la ribera y adornadas de ramos olorosos, flores y plumas, rodean a una balsa de mayores dimensiones que ocupa el centro. En ella se levanta el trono flotante del rey de la fiesta. Este es Yaguarmaqui. A una señal de tamboril comienzan los homenajes. Asoma Cumandá y hace la ofrenda de las flores a los pies del trono del viejo Curaca. Entre tanto, en la ribera, el viejo Tongana, padre de Cumandá, habla a media voz con uno de sus hijos: "El aborrecido blanco está allí, le dice, y no cabe duda de que él es el que ha engañado el corazón de Cumandá". Entre padre e hijo deciden la muerte del extranjero. Siguen las ofrendas y los homenajes a los pies de Yaguarmaqui. Comienza a levantarse la luna en el horizonte. Suena un concierto de voces suaves, dulces y divinamente tristes.

No se apagan todavía las voces del coro cuando se levanta en mitad del campamento una hoguera en la cual se van echando gradualmente las ofrendas, que durante la ceremonia crepuscular, se habían depositado a los pies del anciano Jefe de los Jefes. En torno a la hoguera danzan los salvajes entonando coplas.

Al baile y al canto sigue el festín, regado con el fermentado licor de yuca y de palma que los sume en la embriaguez.

En el interior de una barraca, el viejo Tongana y su hijo hablan con sigilo. Sólo la hechicera Pona los escucha sin ser vista. El viejo desprende de una de sus orejas un canuto de pluma de cóndor de los que a guisa de adorno llevan casi todos los salvajes; lo destapa con cuidado, toma una corta dosis del sutil polvo que contiene y humedeciéndolo con saliva, lo pone bajo la uña del pulgar derecho de su hijo. "Al ofrecer el licor al extranjero blanco, le dice en voz sumamente baja, ten cuidado que esta uña se lave en él. ¡Ah blanco, tu caerás!" El joven indio va a ofrecer un mate de chicha a Carlos que permanece apartado de la fiesta. No poco sorprendido, Carlos se deja llevar a la puerta de la choza del viejo Tongana. El joven indio llena un coco de chicha de yuca hasta que se moje el pulgar en ella y se diluya el terrible veneno escondido en ella. Carlos sin sospechar nada va a apurar el tósigo; pero en ese instante aparece Cumandá y le arrebató el coco de las manos. Algunos curiosos se aproximan al lugar de la escena. El envenenador desaparece. También Carlos se aleja para no com-

prometer a Cumandá, que queda en la cabaña del viejo Tongana. Vuelve a ella el viejo de la cabeza de nieve y estalla en ira contra Cumandá por haber librado de la muerte al extranjero. Al cabo de unos minutos de cavilación, apura una buena porción de licor y dice a todos: "Venid, seguidme". Y asiendo de la mano a Cumandá, se la lleva ante la cabaña del Jefe de la fiesta. Yaguarmaqui, ebrio, yace rodeado de los principales guerreros de las diversas tribus. Tongana es recibido con agasajo. Preséntale el licor de yuca, pero rechazándole suavemente dice a Yaguarmaqui, que la joven, aconsejada por el malvado Mungía ha puesto sus ojos en un extranjero abominable, cuando debe ser la esposa del Jefe de los Jefes, del gran Curaca Yaguarmaqui. Este acepta la oferta, rebosante de gozo. La joven se halla cabizbaja detrás de su padre, escuchando indignada, como se dispone de su futura suerte. Cumandá se resiste. Su padre la obliga. Cumandá ya no replica porque sabe que es inútil replicar.

En el fondo de un claro de bosque, apoyado en el tronco de un árbol, está Carlos en actitud meditativa. Casi arrastrándose, oculto por unas matas asoman armados de flechas los dos hermanos de Cumandá. Su intención es dejar clavado contra el tronco, con una flecha, al extranjero aborrecido. Cumandá que ha alcanzado a descubrir este plan, asoma por el fondo de la escena, cautelosamente, también, y sin ser vista, con singular presteza, tira violentamente de un brazo de su amado y le dobla a tierra, ocultándole entre unas matas que rodean el tronco. Y al punto, Cumandá arrebató un blanco paño que cubre su pecho, lo cuelga del bastón de Carlos, pone su sombrero en un extremo y lo alza todo al mismo lugar que ocupaba su amante. Unos instantes después, silva rasgando el aire una flecha que atravieza el paño y queda vibrando clavada en el tronco.— ¡Ay!— grita la joven y dejando caer el improvisado fantasma, ella misma cae en brazos de Carlos. Los salvajes creyendo haber dado muerte al extranjero, huyen precipitadamente. Cumandá y Carlos exponen su plan de fuga que empiezan a ejecutarlo, cuando aparece un zápato leal que viene en busca de Carlos. Al no encontrarlo indaga con la vista y con el oído en derredor. Pega el oído a la tierra y cree percibir un rumor de multitud que avanza. Son los moronas y logroños, dice, que vienen a sorprender al campamento de los jibaros sus

enemigos. Con ellos vendrá el famoso y terrible Mayariaga. Toca un tundulí que estaba atado a un árbol y lo hace sonar insistentemente con verdadero furor. Acuden los jibaros y záparos capitaneados por Yaguarmaquí y se disponen a recibir en son de guerra a los enemigos que se acercan. Estos no tardan en llegar, tratando de rodearlos por todas partes. Se traba el combate feroz y terrible. La lucha se vuelve espantosa. Es una brega de muerte de cuadrillas de demonios, a la siniestra luz de las hogueras del infierno. Se les ve saltar, chocar y enredarse los desnudos cuerpos que caen acompañados de blasmemias y gemidos. Yaguarmaquí, que en tanto, busca y llama a grandes voces a Mayariaga. Este busca asimismo al viejo Curaca. La furia llama a la furia, la muerte a la muerte. El jefe de los moronas es un hermoso salvaje de atlética y gallarda talla, fornidos miembros y abundante cabellera. La ferocidad de sus instintos compite con la de sus adversarios. Parecen dos tigres que se disponen a despedazarse. Entablan un diálogo de muerte. Luchan ferozmente y al fin Mayariaga, atrevezado el corazón por la pica de Yaguarmaquí, cae a plomo y expira como herido por un rayo. El anciano le pone la planta sobre la herida que mana un arroyo de sangre hirviente; le desata los collares y adornos de huesos; arranca del cinto un ancho cuchillo y se dispone a separar del tronco la cabeza. Aterrados los invasores al verse sin jefe, retroceden y cesan toda pelea. Yaguarmaquí sentado en un tronco y rodeado de sus principales jefes, se hace curar la herida y al mismo tiempo da órdenes para el enterramiento de los difuntos, según la costumbre de cada tribu, y para emprender, inmediatamente después la vuelta a sus moradas, después de la fiesta cuyo remate manifestaba que no había sido aceptada por los genios del lago Chimano. Entonces un mensajero de los moronas con tendema de plumas amarillas, símbolo de paz, y adornos del mismo color en rode-la y pica, viene a presencia de Yaguarmaquí. Dando sus golpes de pica en su rústico escudo, lleva luego la mano abierta al corazón y la frente y dice que trae paz al Curaca del brazo vencedor y pecho generoso. Viene a proponer el canje del cadáver de Mayariaga por dos prisioneros, el joven blanco y la virgen de las flores que habían sido sorprendidos en la fuga y tomados en rehenes por los moronas. Son conducidos los prisioneros a presencia de Yaguarmaquí. El viejo Tongana, im-

placable, pide la muerte de los dos. Cumandá, entre tanto, reúne toda su fuerza moral y explica con franqueza e inocencia al jefe, el motivo de la fuga, abogando con vehemencia por el extranjero. Yaguarmaqui fluctúa en la indecisión: su venganza pide ambas víctimas; pero su corazón excluye la una: Cumandá le encanta. La lucha interior es terrible. Sin embargo, parece al fin decidirse; el anciano alza la cabeza y la sacude; su expresión es la del tigre al lanzarse sobre su presa; llama a dos diestros arqueros a su lado, señala con el dedo a la virgen de las flores y al extranjero y con voz de mar agitado por la tormenta grita: "¡A entrambos, a entrambos!" Los arcos se tienden. Nadie respira. Las mujeres se cubren el rostro con las manos. Todos los ojos se han puesto en los dos jóvenes que semejan estatuas de cera. Pero en este acto el viejo Curaca se pone en pie y desvía las armas exclamando: ¡Deteneos! ¡Deteneos!, repite, no conviene que ambos mueran: He jurado poner a Cumandá en el número de mis mujeres; he jurado protegerla. Muera sólo el blanco que ha procurado manchar el corazón de la virgen. Los arcos se tienden con dirección a Carlos, mas, Cumandá de un rápido salto, se coloca delante de su amado, abriendo los brazos para cubrirle mejor y exclama: "Esas flechas no herirán al blanco sin traspazar primero mis entrañas". Vuelve la maza de Yaguarmaqui a desviar los arcos y las saetas pasan silbando como exhalación, rozando la cabeza de la heroína y llevando algunas hebras de su cabello, enredadas entre las plumas. El anciano tiembla de cólera y ordena separar a los amantes para consumar la ejecución. Dos esforzados jibaros van a cumplir lo mandado por el jefe; pero la joven les dice en tono enérgico y amenazante: "¡No me toquéis, porque invocaré contra vosotros los genios del lago y si ellos no acuden, invocaré al Mungía!". Los dos guerreros retroceden supersticiosos. Desde el principio de esta angustiosa escena, se notaba que un záparo trataba de abrirse paso pugnando con la multitud para llegar a Yaguarmaqui. Al fin se vale del arbitrio de hacer dar con un compañero unos golpes de tunduli, mientras él levanta en la punta de la lanza un penacho de plumas amarillas. Traigo la paz, dice el záparo al Curaca, pero reclamo la vida del extranjero, a la cual me creo acreedor por haber ayudado mi tribu y yo a triunfar sobre vuestros enemigos. Yo fui quien os dí el alerta y en premio quiero me

entreguéis vivo al extranjero. El bárbaro Tongana grita siempre, "¡Entrambos, entrambos!" "Sus almas al Mungía, sus carnes a los peces del lago". En tanto el Curaca de los paloras guarda silencio y medita antes de resolver. Al fin accede a entregar a Carlos, a quien arrebató de brazos de Cumandá, casi a viva fuerza. Ella, poco menos que difunta, es llevada por la familia del jefe de los jefes a quien pertenece por el derecho de la fuerza.

En la "Reducción" cristiana de indios záparos en Andoas, a orillas del Pastaza, en un altar rústico, lleno de plantas olorosas, se ostenta la estatua de la Virgen María. El Padre Domingo Orozco oficia ante el altar. El Padre y los indios convertidos al catolicismo, cantan la Salve. Luego el Padre Domingo se dirige a sus fieles y les dice: "Hijos míos, la larga ausencia de vuestro hermano Carlos, me tiene sumamente inquieto. Rogad todos a Dios por él y por mí." Dos jibaros se presentan trayendo a Cumandá casi exánime. Luego que se repone, cuenta su terrible peregrinación de dos días y tres noches, al través de la selva. Pregunta ansiosamente por Carlos, y al saber que no ha llegado, es grande su desesperación y la del Padre Domingo. Ella sin saberlo, ha tomado la barca de Carlos utilizándola en su fuga e impidiendo el regreso de Carlos, que seguramente ha vuelto a caer en poder de los jibaros. Cumandá pinta al Padre su gran pasión por Carlos. El Padre promete amparar a la joven y consagrar ese amor bajo la fe del cristianismo. Se presenta un grupo de jibaros precedidos por el mensajero que viene con tendema de plumas amarillas, a exigir la entrega de Cumandá, que según la bárbara costumbre jibara tiene que morir ahogada en aguas olorosas, para ir a acompañar en su último sueño al Curaca Yaguarmáqui. El mensajero dice, que de no ser entregada Cumandá, será sacrificado irremediablemente Carlos, que es su prisionero. El Padre Domingo apela a toda suerte de argumentos para impedir la entrega de Cumandá. Pero ésta, que sabe que los jibaros cumplirán su amenaza de sacrificar a Carlos, se entrega voluntariamente en un ímpetu de sacrificio. Los jibaros se apoderan de Cumandá, sin que los záparos hagan nada por impedirlo. El Padre Domingo, impotente, cae exánime ante el altar. Los jibaros se llevan a Cumandá.

En un espeso bosque a uno de cuyos troncos está atado

Carlos, en actitud de suprema desesperación. A otro tronco está atado el viejo Tongana, que agoniza. La hechicera Pona está a su lado tratando de desatarle. Llegan jadeantes el Padre Domingo de Orozco seguido de sus fieles záparos. Desata a su hijo, y por él sabe que Cumandá ha pasado por allí, teniendo con ella una última entrevista en la tierra, y dejándole como prenda de amor inextinguible la bolsita de piel de ardilla, que colgaba de su cuello. Abierta la bolsita, encuentran con indescriptible sorpresa que contenía un relicario de oro con un retrato de mujer, perfectamente conservado. Al verlo exclama Carlos, "¡Cumandá!"— "¡Carmen!", "¡Mi Carmen!", prorrumpe el Padre. Era efectivamente el retrato de la esposa del Padre Domingo y madre de Carlos, que pereció con casi toda su familia en el levantamiento de los indios de Guamote y Columbe, veinte años ha. El indio Tumbón, esclavo de Don Domingo de Orozco, incendió la casa de la hacienda de su amo, después de encerrar en ella a la esposa y a los hijos de Don Domingo. Se salvaron éste y Carlos, por haber ido el padre a visitar a su hijo, que hacía a la sazón sus estudios en Riobamba. La india, mujer de Tumbón, salvó también a la hija menor de los Orozco, a quien profesaba gran cariño. Esta niña se llamaba Julia, y no era otra que Cumandá. Cumandá y Carlos, resultaron ser hermanos. El viejo Tongana, desatado ya y que comienza a morir, rememora los espantosos acontecimientos de veinte años atrás confirmando que Cumandá es Julia. Carlos se desespera por partir, por si aún fuera tiempo de salvar a su hermana. El Padre Domingo, refrenando sus ansias de volar también por Cumandá, se detiene, sin embargo, para oír en confesión al viejo Tongana. El tiempo apremia. Quizá Tumbón le va a ser fatal hasta en su muerte. Al fin expira el viejo y seguidos de Tona, emprenden la marcha para salvar a Cumandá.

En medio de un campo abierto y circular, se alza una gran cabaña rodeada de las funestas reliquias religiosas y otras que han sido devoradas por el fuego. Sólo hay postes ennegrecidos y montones de cenizas de entre los cuales se desprenden todavía algunas breves espirales de humo. Padre e hijo se detienen un momento como si la oculta mano de un genio les sujetase súbitamente. Sus miradas se dirigen con terror a la cabaña solitaria. Está cerrada la puerta de la cabaña; quieren abrirla,

y en su desesperado empeño, hallan torpes y tardos los dedos y tiran las amarras con los dientes. Un záparo de los que les acompañaba, rompe los nudos con un cuchillo. La puerta cede. Entran Fray Domingo y Carlos y lanzan un alarido desgarrador. ¡Allí está Cumandá sin vida! Junto a la horripilante momia de Yaguarmaqui, rodeada de armas y cabezas disecadas, yace la bella y tierna joven como junto a un tronco que ennegrecieron las llamas, la pálida azucena que comienza a marchitarse y se dobla por su tallo. ¡Ay, exclama el Misionero, entre exclamaciones: "¡Ay, mi hija muerta!" "¡Ay mi hermana muerta!" prorrumpe Carlos. ¡Todo ha terminado, hasta la esperanza! Llámanla con voces trémulas y delirantes, púlsanla, la palpan el corazón y hallan rigidez y hielo. Bésanla en la frente y las mejillas, y las lágrimas con que los bañan ruedan por ellas, cual gotas de lluvia por el terso mármol de un sepulcro. Todo ha terminado ¡hasta la esperanza!

*
* *

¿Por qué hemos venido a contar, ¡a estas horas! el argumento de la más popular de las novelas nacionales? No ha sido ingenuidad ni recurso para salir del paso en ocasión como ésta en la que se trataba de enaltecer, con motivo de su centenario, la figura ilustre de Don Juan León Mera. Lo que nos ha movido a recordar el asunto de **Cumandá** es demostrar que se trata de una creación peregrina que si en la novela ha tenido su turquesa definitiva, constituye un magnífico argumento para el Cine, que es el arte formidable de nuestros días; y también para el Teatro, medio supremo y eterno de expresión estética. Se nos ha ocurrido que puede también fundirse los dos medios de expresión, llevando al Teatro la técnica del cine sonoro, y haciendo, con el concurso de compositores y escenógrafos, una pieza teatral sincronizada de **Cumandá**, que resultaría algo insuperable como acción y como sucesión de cuadros plásticos de deslumbradora peolicromía y de incomparable riqueza de ritmos. Esta, que constituiría una obra escénica na-

cional por excelencia, nos atreveríamos a realizar nosotros si encontráramos colaboradores para la partitura y la **misse en escena**.

La teatralidad de la novela ecuatoriana que nos ocupa ha sido ya advertida por la perspicacia artística de nuestro gran compositor Sixto María Durán, inspirado autor de la ópera **Cumandá**, desgraciadamente no representada todavía.

Otra cosa que nos hemos propuesto al rememorar, en sus principales episodios, la novela de Mera es destruir ese lugar común, esa especie de calumnia literaria, tan extendida, y que con tanta frescura afirma que **Cumandá** es una imitación de la **Atala**, de Chateaubriand, como enfáticamente lo aseguran ciertas gentes que a buen seguro, no han leído **Atala** ni ... **Cumandá**. La corta y plástica narración del Vizconde del **Genio del Cristianismo** se limita a describirnos las selvas que baña el Missisipi, bien distintas de las selvas amazónicas; y nos relata la fuga del natche Chactas, prisionero de los muscogulgos, al través de la selva, conducido por su salvadora, la amante **Atala**, hasta la cabaña del Padre Aubry, donde ella se inmoló en supremo holocausto, por cumplir un voto absurdo. El mismo Chateaubriand explica en el epílogo de **Atala** lo que en ésta se propuso cuando dice: "En esta narración se ve el cuadro del pueblo cazador y del pueblo labrador; la Religión, primera legisladora de los hombres; los peligros de la ignorancia y del entusiasmo religioso, tan opuestos a las luces, a la caridad y al verdadero espíritu del Evangelio; los combates de las pasiones y la virtud en un corazón sencillo; y por último, el triunfo del Cristianismo sobre el sentimiento más vehemente, y el temor más terrible: el amor y la muerte".

En cuanto al estilo, "Chateaubriand es reflexivo y triste", según la autoridad de Don Pedro Antonio de Alarcón, al paso que Mera es exuberante, caudaloso, magnificante y polifónico. Sin embargo, los que no han leído a ninguno de los dos autores, seguirán asegurando, tan campantes, que el ecuatoriano copió al francés, cuando los dos no tienen de común sino el telón de selva americana que sirve de fondo a la acción de sus novelas. Siguiendo este curioso criterio, todos los novelistas que pintan la vida de las ciudades se copiarían los unos a los otros hasta lo infinito.

Pero por sobre el juicio del vulgo está la opinión unánime

de la alta crítica literaria que ha puesto la novela de Mera entre las mejores producciones del ingenio hispanoamericano.

Y, como homenaje a Don Juan León Mera en su centenario hemos creído que nada sería más enaltecedor, que descubrir la estatua ideal, blanca y mórbida de su Cumandá, hecha carne y hecha mármol en la perennidad del arte.

Quito, 1932.

**JUAN LEON MERA,
MAESTRO DE CULTURA
NACIONAL**

REMIGIO CRESPO TORAL

En uno de los pensiles de la altiplanicie andina del Ecuador, por gracia del cielo y predilección de la naturaleza, a la ribera de un río que la antigüedad pudo llamarse sagrado, por la fortuna de su destino, en Ambato, en la orilla septentrional del dichoso río, surgieron dos poetas, dos literatos, de los mayores de América, nacidos el mismo año glorioso—1832. En la hoya florida del Ambato, desde La Liria hasta Atocha y Ficoa, fueron las andanzas de contemplación y de meditación de aquellos dos famosos ingenios, dispares por muchos accidentes, pero altamente enamorados de la belleza y encariñados con el estudio, por vocación irresistible: Juan Montalvo y Juan León Mera,

En aquella misma vega, en un rincón de paraíso, habitaba también un patriarca de la cultura, Don Nicolás Martínez, tío de Mera, y daba lustre a la ciudad y a la comarca Don Pedro Fermín Cevallos, que más tarde debía historiar parte de la vida de nuestra nación. Llegó a ser este oasis sede y asiento de la mentalidad de la patria, como corolario de un antecedente decisivo en los orígenes de la cultura nacional —el antecedente de que en Ambato, por mano de los civilizadores jesuitas— se fundó la primera imprenta del Reino de Quito. Del suelo donde se asentó la imprenta, brotó el genio, por generación de cultivo intelectual.

Desde Olmedo, astro central en la primera edad republicana, en que figuraron secundariamente pocos ingenios, oradores,

polemistas —Mejía, Rocafuerte, Solano— se hizo un largo y denso crepúsculo como de veinte años, ingratos sobre todo a la poesía, flor temprana de la inteligencia, que se anticipa a la granazón de la mies, en casi todas las civilizaciones.

Perduró la campaña de pluma del Padre Solano, al principio casi solitario, hasta que aparecieron en el estadio de la prensa los periodistas de Cuenca, Cueva, Malo, los Borrero, Bravo, Parra, y en Quito, Pedro Moncayo, Herrera, José Modesto Espinosa, Julio Zaldumbide....

De la Nueva Granada nos vino después una colonia intelectual, la de Belisario Peña, Ortiz Barrera, B. Pereira, Gamba.... Antes adoctrinaba, polemizaba e historiaba Irizarri, autor de una de las más célebres monografías históricas sobre el asesinato del Mariscal de Ayacucho.

En esta penumbra que no coincidía con las ya brillantes muestras de literatura de la Nueva Granada, de Venezuela, aparecieron Montalvo y Mera.

Hijos de su propio esfuerzo, estos talentos significaban también caracteres de perseverancia y fortaleza, hoy casi desconocidos, en la laxitud y molicie a que han llegado las costumbres literarias y aun las de otros sectores de la vida.

En aquel mismo tiempo, tronaba ya y relampagueaba, en el hospitalario Perú, el potente lírico Numa Pompilio Llona, restaurador del soneto en el siglo XIX, espíritu de elevación superior al ambiente coetáneo, que hoy mismo no es comprendido por las escuelas que no distinguen lo permanente del clasicismo y romanticismo —dos corrientes que empujaron la nave del arrogante poeta del Guayas— otro río de aguas de milagro para engendro de artistas y genios.

*
* *

La vida de Mera, sencilla, sin accidentes ni curvas, se reduce a la del manantial en el imperceptible declive de una pradera.

No conoció a su padre sino en algo como visión —lo propio que González Suárez. La orfandad así todavía más desvalida. La madre —viuda de un vivo— sustituyó valientemente

al padre. Ella modeló la índole del hijo único, con ayuda de la abuela: una y otra, mujeres de temple castellano, diestras en las diligencias todas de vivir, sacerdotisas de la casa, maestras en la escuela doméstica, directoras de la labranza campesina, tanto como en las faenas de la inteligencia, y sobre todo, expertas en la ciencia y la economía de la conducta.

Mera se formó, por ministerio de aquellas buenas e inimitables mujeres, aprovechando además el consejo y las insinuaciones de cultos personajes de su familia: Martínez, Váscones...

El caso de Mera, más que el de Montalvo, fue de auto-educación. El niño, entrañado con los espectáculos de la naturaleza y el amor del paisaje, tuvo por escuela el campo, por lienzo para las primeras imaginaciones la celeste llanura, por música acariciadora, la del río natal y el viento, prisionero de amor en el edén suyo, mundo único y refugio del alma.

Portento de formación la de un travieso niño que a poco había de aprender, en la escuela de la soledad, todo lo que entonces solía darse en colegios y universidades: el latín para fundamentar el conocimiento de la lengua materna y de las hermanas romances, que más tarde le serían familiares; la doctrina cristiana desde la encantadora superficie del Catecismo, hasta el fondo teológico y la profundidad mística; la historia y la geografía universal y en especial la de Patria, las ciencias del cálculo, de la especulación para las realidades de la vida y la adivinación del misterio del mundo. Al repasar parte siquiera de la obra de Juan León Mera, asombra comprobar la elasticidad con que su talento alcanzó casi todos los conocimientos, con el guión al frente de un criterio de rectitud sencillo e impecable: nunca se aventuró por los atajos de la hipótesis y vara exploración, ni arrancó el hilo de oro que le retenía adherido al árbol de la fe—que es la razón suprema que explica lo que ésta no acierta a definir.

Apologista, escoliasta, publicista y economista, tanto como esteta, historiador, novelista, geógrafo, hombre múltiple, enciclopedia de asuntos nacionales, casi completo—Mera representa—, como una de las grandes montañas ecuatoriales, a una de las cumbres geográficas, que fijan el relieve intelectual de la nación.



Este ingenio de tan honda raíz en el terruño debió ser y fue nacionalista literario antes que todos y sobre todos. Bien que disponiendo del escaso material literario de la época y dentro de la cerrazón del horizonte contemporáneo, no pudo dar plenitud vital al nacionalismo literario, tímido aún para aplicarse a lo diario, a lo visto y sentido, sin que se acuda a situaciones de ficción e inverosimilitud, a los recursos de la arqueología literaria, ni a la saturación libresca.

En lo que triunfó magníficamente fue en el cuadro, en tratar el paisaje en letras, en trasladar el alma a los objetos, para sentirlos, acariciarlos y llorarlos: **lacrimae rerum**.

Mera diseña con maestría los espectáculos naturales: las vistas de la gigante cordillera y de los colosos de nieve, el cielo que extiende sobre el manto de nubes estriado por la tempestad en llamas, el abra de las montañas desgajadas para dar paso a las rabiosas aguas que se desprenden de las cordilleras, se precipitan en la cascada y se hunden en el abismo; la maraña de la selva primitiva, los ríos que en angulosas vueltas de serpiente de plata, ondulan en el bosque tropical, las lagunas donde la luna se mira para temblar sobre las linfas, la quietud majestuosa de los parajes desolados, la lejanía de las nieves eternas, contempladas desde los miradores de la tierra baja. Cuando otros escritores desdeñaban el cuadro de la tierra propia, solazábase él en prosas y versos, copiando, para delectación suya y para emocionar a los conterráneos rebeldes, las imágenes de la belleza natal, con escrúpulo nimio de pintar mediante observación personal, para creación del arte doméstico y de la literatura única, por la cual podemos distinguimos los descendientes americanos de Europa y los nativos incorporados a la cultura europea, que no por ello han de renunciar al elemento local y específico de la autonomía.

En la América Hispana de ese tiempo, nadie excede a Mera en el empeño americanista, desde luego, en el paisaje a que le inclinaba su vocación y práctica de pintor. El discípulo de sí mismo, realizó en parte la formación del poeta y del artista

integral, que debe conocer la técnica de todas las artes bellas, para el detalle pintoresco del estilo, su relieve y musicalidad.

Comenzó nuestro humanista de América por **La Virgen del Sol**. La seducción de **Atala** y **Los Natches**, quizás la del novelista del **Último Mohicano**, determinaron en Mera la inclinación por el tema indígena, de índole histórica más o menos auténtica. Se trataba de un esfuerzo, o ficción sentimental, que más tarde no resistiría ni aun a las muy relativas comprobaciones de la realidad. Pudo quizás ensayarse la novela en prosa acomodada mejor a la traslación de edades muertas y de hechos en parte adivinados, tal como las narraciones de literatos arqueólogos como Flaubert, Marius, Ary, Leblond y tantos otros. La leyenda en verso hubo de escollar por la dificultad de no caber en poesía castellana aquel tema de reconstrucción, de suyo escabroso y difícil.

Completó **La Virgen del Sol** un ramillete de **Melodías Indígenas** que casi no trasciende a antigüedad. El indianismo se denuncia moderno, y ojalá hubiese sido totalmente, para que resultase leal y sincero. Los ejemplares femeninos de la raza aborigen que conviven en nuestra comunidad dan asidero a la explosión sentimental y hasta a la ternura pasional de blancos y mestizos, mejor que las reconstrucciones de artificio de la arqueología literaria. De amores de blancos e indios, ejemplares quedan en las historias auténticas y documentadas desde el Marqués del Valle, Almagro y Pizarro, hasta Menéndez de Avilés y el alemán Lisperguer, de los colonizadores del reino de Chile.

Complemento de ésta empresa de restauración incaica o quitu, que talvez habría sido más oportuno ensayar en quichua, a la manera de **Ollantay**, apareció **Cumandá**, la obra máxima de Mera, que llegó a tiempo, cuando el idilio de **Pablo y Virginia** se había americanizado en **Atala** y la **María del Cauca**, trasplantaría al corazón mismo de América la tragedia de amor, cuyas últimas ondulaciones desde **Amalia del Plata**, se cristalizarían en las ingenuas estrofas de **Tabaré**, hermano menor de **Cumandá**.

Esta novela, a no pecar de inverosímil en la trama, utiliza la dispersión de la familia de Don Domingo de Orozco, en el levantamiento de indígenas de Guamote-Columbe. Don Domingo, después de la ruina de su hogar y la muerte de los su-

yos, se acoge a sagrado y sube a los altares. De los amores de la tierra quédale solo Carlos, su hijo. Ignora el fin de su última hija, Julia, que la cree muerta como su madre.

Ella había huido a la selva, en brazos de su nodriza y al amparo de uno de los jefes del levantamiento.

Era **Cumandá**. . . .

Sobre esta trama se diseña el hermoso tapiz de paisajes, cuadros, escenas de amor, combates y fugas — a terminar en tragedia, cuyo secreto, como el de Edipo, se descubre sobre el cadáver de la hermosa blanca— **Cumandá**, hija de la cultura hispánica y sacrificada a la barbarie no domada todavía.

*
* *

Múltiple y al parecer contradictoria la empresa del infatigable literato, que fue uno de los primeros novelistas americanos, también de los primeros críticos del movimiento literario de su patria y de los pocos poetas nuestros de principios de la República.

Mera, desde los trece años rindióse a la técnica de la versificación, para hacer poesía. Su obra, a partir de la **Virgen del Sol** y las **Melodías** se desarrolla, caudal y varia, desde esa leyenda y **Mazorra**, hasta el madrigal y la copla. Del canto grandilocuente a los héroes se resbala a la sátira social, de los rimados del hogar salta a la arenga métrica. Casi siempre en forma brillante y animada, sin el movimiento y primor que ilustraban la prosa del paisaje y del sentimental de la novela orientalista, su obra preferida. Poeta de vocación, la crítica severa dirá talvez que no lo fue por la fuerza de la concepción, ni la influencia y espontaneidad de los medios de expresión. Pero, en la galería de poetas nacionales, ocupa talvez sitio de preferencia por la limpieza del estilo, la técnica del verso, la nobleza del pensamiento y el calor y abundancia que desarrolló en casi todas sus efusiones líricas. La nota erótica muy rara, y casi siempre reducida a lo legendario, su preferencia iba al tema religioso, al cívico y heroico, a la disquisición semi-pedagógica, a la didáctica de moral y arte. Fácil, popular, al alcan-

ce de los sencillos y los menos doctos, sobre todo en los cantares y en las trovas romances e himnos. Todos los años, en los templos del Ecuador, en las aldeas, los cortijos, las capillas y los rincones de piedad del hogar, resuenan las armonías del poeta de María, en antifonarios, letrillas y cantares. ¿A quién no conmueve los ingenuos versos de su miserere en romance castellano?:

“Pequé, Señor, desde el fondo—de mi alma, una voz me grita....”

En esta vasta recopilación poética, la piedad, el patriotismo y sana alegría encontrarán simiente para nuevas siembras y recolecciones, y la selección recogerá muchas estrofas de antología.

Completa la suya nuestro Himno Nacional: algunas de sus estrofas poseen el movimiento y el ritmo de pasión de la alta poesía.

*
* *

Y entró, a paso de marcha, en el campo de espinas de la crítica, después que en América la había ensayado Bello y en el Sur hacían las primeras armas J. M. Gutiérrez y los hermanos Amunáteguis.

Mera, a riesgo de que los poetas traídos por él al banquillo del acusado, se vengaran, entregó valerosamente al viento nacional las cuartillas de la **Ojeada Crítica de la Poesía Ecuatoriana**.

El libro hizo luz de relámpago en el horizonte, impuso el criterio del buen gusto y predicó la buena nueva del arte. Con rara excepción, la mies de entonces apenas daba tema a la labor crítica: tan poca y pobre asomaba la gavilla amontonada en la éra. La patria de Olmedo parecía indemnizar con el silencio, a los números ibéricos irritados por la gran invectiva lírica del cantor del Guayas.— García Goyena, muerto en Guatemala, no se incorporaba aún a la nacionalidad originaria, y Llonca que por sí solo, aún en los ensayos, podía encumbrarse sobre todos los conterráneos, no daba a luz el secreto de su nacimiento...

La *Ojeada*, por ello, carece de amenidad e interés, por tratarse de crítica y clínica de casos generalmente infelices de patología poética. La vara, además, se aplica con aspereza y la censura sigue en parte el cauce conocido —el de Gómez Hermosilla— atenuado por discreción y alguna cortesanía.

Lo que sobresale en aquella ardua empresa es el evangelio de la nacionalización literaria, ampliado después en hermosas cartas a Valera y a otros literatos. Fue la preocupación de Mera hasta morir. Que nuestro continente importe material enorme para las letras, a partir del paisaje y de la prehistoria, hasta los sucesos de actualidad, las costumbres, la vida doméstica, las perspectivas del porvenir, del esperado grandioso destino de la Raza y de América, sus encumbramientos y caídas, los héroes, los mártires, la masa aborigen y su redención... tantos problemas, aspectos y sorpresas, para utilizarlos en el arte, en la sociología, en la historia...

El esteta, el crítico, el humanista entonces laboraba casi solo en defensa de la originalidad. Su voz perdióse en la algarabía de los imitadores y de literaturas de trasplante, para ser oída después, y rotundamente, ahora.

*

* *

Poeta, novelista, crítico, apologista... ¿No es bastante a la actividad de un autor solitario, maestro y émulo de sí mismo, en época de casi silencio y vacuidad infecunda?

Más aún, pontificó de pensador y filósofo, dándose cuenta de los motivos de su creencia y su saber, según el sentir tradicional, más ajustado a la novedad del momento y al imperativo de la propia observación. Ejemplar de sanidad de pensamiento y de normalidad cordial, para radicar en la misión de Cristo la clave de la Ciencia y de la Historia, culminando en la síntesis inquebrantable, como la túnica del Justo de Israel, sin costura ni doblez.

En folletos, ensayos, correspondencias, en inmensa faena periodística y epistolar, en las luchas parlamentarias, en la charla diaria, se hizo la propaganda más densa, casi apostólica

de este sacerdote laico, que tradujo a la República el Evangelio, con tal nitidez de comprensión y fervor de conquista, que pocos, de entre los defensores de la doctrina, podrán igualarse con aquel creyente ilustrado y sincero que echaba en el surco de la polémica los argumentos al alcance de los menos doctos, en estilo límpido, sin sutileza ni disfraz literario.

Con esta su campaña doctrinaria traba la política, más extensa aún, con bandera al frente y credo en los labios, sin mudanza ni flaqueza, la fe como antorcha en las tinieblas y la conciencia como regulador de la marcha.

Su filiación —la entonces llamada conservadora— la de García Moreno que avizó con mirada águila los conflictos del futuro. Después, en los contrastes de nuevo teatro político, en el memorable año 1883, se ideó la concentración católica republicana, con el famoso programa que escribió Mera y se proclamó y prometió el mismo año, en frente de las escuelas liberales, que empezaban a definirse ya en el matiz anticatólico, que al cabo diferenció en definitiva a los dos partidos históricos.

Mera, dentro de la comunidad partidista, no por lealtad a ella, renunció, en varios detalles, al criterio privado, adherido por la corteza al tronco, al ideal republicano. Así se podrán advertir en él divergencias sobre puntos históricos, penalidad y caridad ciudadana, en oposición a ciertas afirmaciones de escritores y banderizos, rehacios a atenuaciones, prácticas y benevolencias en el contacto social.

La política de Mera no se ligó a las alturas del Poder, sino operó en la masa popular, en campaña de paz, de modificación de las costumbres, por la educación colectiva, desde la **Escuela Doméstica** hasta el Programa, y declaración de principios. Las violencias revolucionarias no entraban en el método del sociólogo cristiano. Acertadamente pensó que aún el sacrificio como parte de la impaciencia rebelde no da eficacia, ni pasa al porvenir. Recuérdese su admirable sentencia: "Los Curcios desaparecen, y los abismos quedan".



Entró con paso firme en la investigación histórica, y en la más espinosa y ardiente —la del tema contemporáneo; en la biografía, en la crónica reciente del hermoso movimiento cívico— la Restauración de 1883-1884, y por fin en la crítica histórica, para vindicar a García Moreno y dilucidar casos y circunstancias de las múltiples propuestas por el doctor Antonio Borrero Cortázar en su **Refutación** del libro memorable del Padre Berthe, "García Moreno, vindicador y mártir del Derecho Cristiano".

Mera franqueó, de esta suerte, todas las puertas de la ilustración, en empuje y empresa de escritor y publicista, que supera a casi todos los de su tiempo en América, tanto como José Joaquín Ortiz en la Nueva Granada, sin exceptuar a Sarmiento y cediendo sólo al maestro Andrés Bello, aunque con más valentía marcial que este eminente y reposado polígrafo.

Para llegar al alma popular, no empleó el primor literario, ni la erudición no asimilable, sino fluyendo en oraciones, discursos, cuadernos y folletos, abrióse camino en todas las sendas nacionales.

No tocó los límites del genio ni se encumbró a las estrellas de la celebridad, limpiando y fijando el primor estilístico, ni entregándose a la volubilidad del pensamiento, para estallar en fatuidad de luz y fuego, que deslumbran y se apagan. En el sitio firme de su temperamento, orientóse en todas las disciplinas del espíritu, en ética y estética, de suerte que su conducta respondiese a un móvil único: el de la ruta de la inmortalidad. Pudo hacer concesiones a la vanidad del siglo, para venderse a una fama mentirosa. Mas, rescató su alma de todas las tentaciones de la vanagloria. Nunca volvió atrás la mirada, para advertir el bullicio del séquito y del aplauso, sino siguió adelante, hacia el término señalado por raya de lumbre—la senda estrecha de la virtud, cuyo negocio no se liquida aquí, sino en la verdadera existencia, cuyo breve proceso comienza en el tiempo para completarse en el que no se cuenta ni se divide, porque es uno y eterno.

Añadid a tantas ejecutorias la belleza de la acción, por la que este hombre modesto e intachable prevaleció. Envidiable destino del que hizo de la vida obra maestra. Patriarca de su región, padre y esposo según tipo castellano de creyente y caballero, enalteció el trabajo manual con las mismas nobilísimas fuerzas con que se adiestró en la pluma. Educó a su familia, y dejó la mies copiosa de honrada descendencia, en que se prolongó su espíritu cristiano, su numen poético, sus virtudes domésticas y ciudadanas.

Montalvo dijo de sí: toda la vida se me ha refugiado en el cerebro. Del alma de Mera se puede decir que arraigó en su corazón.... Hombre bueno, enamorado de la verdad, celoso de las sanas costumbres, humilde y por ello grande: sus obras las recopilará el ingrato Ecuador cuando se eduque en la gratitud y se estremezca a la seducción de la gloria.

Entre tanto, los que conocimos al egregio varón y recibimos su consejo en la intimidad y en la efusión epistolar, los que le debemos la enseñanza del ejemplo y la seducción de la pluma y de la palabra; sinceramente, con rendición de culto a la probidad y al talento, nos inclinamos reverentes ante los cien años pasados ya sobre la cuna de uno de los patriotas más eminentes del Ecuador, propagandista del americanismo en los años de más densa sombra, y obrero del alto progreso intelectual y moral en todo su extensión, desde el jardín interior hasta la tribuna, con la pica de descubridor y la órfica lira, en el sillón del magisterio y en el escaño del santuario; hombre cabal, que todo se lo debió al prodigio de la voluntad y al auxilio del Cielo, en el que siempre encontró la estrella conductora de su peregrinación.

El Ecuador, en su primera centuria de vida libre, le señalará el sitio de Maestro-maestro de cultura de la Nación.

Cuenca, Junio de 1932.

JUAN LEON MERA

JULIO II

A propósito de su centenario.

Celebra hoy día el Ecuador el primer centenario del nacimiento de Juan León Mera, varón a quien, más que a cualquier otro, cuadra exactamente el calificativo de bueno en toda la extensión de la palabra. Sus talentos, de primer orden; su vida, inmaculada; su actuación en los cargos públicos, limpia y correctísima.

Ese hombre es digno de figurar no sólo entre los ambateños ilustres, sino entre los ecuatorianos célebres. Constituye una gloria nacional. A ese título le reclaman la literatura, la historia, la política, la administración, las bellas artes. Y, por otro lado, Ambato, donde se meció su cuna, y el Ecuador sobre el que se refleja la nombradía que con sus obras adquirió en extrañas tierras.

*
* *

Mera es digno de un extenso trabajo biográfico, porque, en las diferentes etapas de su vida, se encuentran hechos que invitan al análisis, al estudio profundo y al juicio revelador y exacto.

En su niñez y en su primera juventud descuellan el esfuerzo propio y el autodidactismo, con sus felices resultados, pal-

pables en el cambio de tendencias individuales y en la formación cultural, cualidades aquellas cuyo valor debería hacerse resaltar, no tanto para que sirvieran de ejemplo, cuanto para que se compruebe que nuestra raza se extraña a esas virtudes que parecen propias de pueblos europeos.

En su labor literaria, hay temas abundantísimos para que la pluma del biógrafo corra con soltura y sin miedo a la exageración en el elogio: comprendió a su modo y practicó la nacionalización de la literatura, buscando el calor local en el arte y situando sus narraciones en el ambiente regional de estas tierras.

En política, estuvo cerca de aquel que puede ser considerado como el único genio que ha producido el Ecuador: García Moreno, y colaboró con él en la administración pública.

En la vista, abarcadora del conjunto de una vida, que es el fin principal de la biografía, se pudiera, como acaba de decirlo Ortega y Gasset a propósito del centenario de Goethe, preguntar: ¿cuál fue la misión humana de Juan León Mera? y ¿en qué grado supo comprenderla y cumplirla? Y la respuesta, después de fino estudio, honraría al hombre, al escritor y al ciudadano.

En la imposibilidad de escribir —ya que nuestra labor periodística va "au jouer le jour", desde hace algunos años— una biografía de Mera, vamos a tomar uno solo de los rasgos que en ella deberían incluirse y hablar de la complejidad de talentos de ese hombre, producto y consecuencia de la portentosa facultad de asimilación de que estuvo dotado desde la cuna.



Tomando la palabra literatura en el más vasto sentido, se puede afirmar que Mera fue el literato por excelencia y que, en ese terreno y por ese aspecto, no hay, en todo lo que lleva el Ecuador de vida cultural, otro compatriota que le iguale, que sea digno de ponerse a su lado, mucho menos de ser superior a él.

Ha habido poetas de más alta y fuerte inspiración, pero han sido de una sola cuerda; ha habido prosistas de mayor soltura

y genio de la lengua, pero han cultivado sólo su reducido huerto; sólo Mera luce en todos los campos, sólo a él se le puede encontrar, y ocupando puesto nada inferior, donde quiera que penetre la vista avizora del crítico.

Ya se ha observado que cultivó todos los géneros literarios, en prosa y en verso, menos el dramático. Pasemos una rápida revista a sus obras en este ligero estudio.

Escribió poesías líricas en los diferentes metros conocidos por la preceptiva literaria, y no dejó ninguna de las diferentes clases en que se subdivide aquella poesía sin haberla cultivado, más o menos felizmente. Cantos patrióticos, entre los que descuella el Himno Nacional adoptado oficialmente por el Estado; epístolas, sátiras, letrillas, canciones, fábulas, epigramas, madrigales, elegías, y un acervo de poesías místicas o sagradas, tal es su copiosa labor en verso.

Mención separada merece su leyenda **La Virgen del Sol**, canto sobre motivos incásicos, que fue una de las maneras cómo Mera entendió la nota nacional de la literatura.

Ultimamente, en la noticia biográfica que precede a su **Historia de la Dictadura y de la Restauración**, obra que desde ayer está en circulación, pues se conservaba inédita, el prologuista, doctor Julio Tobar Donoso, nos avisa que Mera se ejercitó también en el canto épico y que dejó manuscrito su poema **Huaynacapac**, si bien añade que nada pierden la literatura ni el nombre de Mera con que permanezca inédito ese ensayo.

En prosa, produjo la mejor novela descriptiva, **Cumandá**, con que contará el Ecuador por muchas generaciones; publicó, además, novelas cortas preciosas, como la muy celebrada **Entre dos tías y una tía**, de sabroso color local, con acentos de tragedia al fin; cuentos, narraciones poéticas, artículos de costumbres, estudios de crítica, en que culmina su voluminosa **Ojeada**; ensayos biográficos; artículos de polémica; artículos de rígida enseñanza moral; cartas y novelas piadosas.

En el género histórico dejó inéditas dos obras, que, al fin, se han publicado: **García Moreno** la una, incompleta, mesurada, imparcial, serena; y **La Dictadura y la Restauración**, que anda actualmente en manos de muchos compatriotas, recientemente salida de las prensas, sobre hechos importantes de la vida nacional, nada menos que el período veintimillano.

Añádanse las crónicas para periódicos extranjeros, esa es-

pecie de correspondencias, diferentes de las que se escriben ahora, pero todas de ese espíritu familiar, a veces casero, siempre sereno de Mera.

Por último, ese a modo de diario, que podría también titularse **Mis cuadernos**, que actualmente está publicando **El Día** como folletín donde está el hombre retratado más a lo vivo, como que él mismo verifica a veces su examen de conciencia y se exhibe con defectos innatos, con matices de su temperamento que ha de tener en cuenta el biógrafo, y con los felices resultados de su autoeducación moral. Hay allí, como en los escritos de ese género, el bello desorden de los acontecimientos tales como se presentan, y el atractivo de todo escrito íntimo.

No olvidemos el **Catecismo de la Geografía del Ecuador**, escrito para las escuelas y que sirvió de texto en ellas durante mucho tiempo; así como **El Catecismo de la Constitución**, especie de tratado de educación cívica, para que los jóvenes, de la época en que regía la Carta Fundamental del año 1883, aprendieran a conocer sus deberes como ciudadanos.

*
* *

¿Puede algún otro ingenio ecuatoriano ostentar igual variedad de conocimientos y parecida complejidad de talentos?

Mera es, lo repetimos, el literato por excelencia, es el magno literato del Ecuador. Colocado entre los más grandes, podría en sus conversaciones de ultratumba, si aceptáramos por un momento las creencias paganas de la antigüedad clásica, creadoras de los Campos Eliseos, alternar con todos, hablando con esas sombras sobre lo que fue la especialidad de ellas en este mundo.

De "El Día".

COLOMBIA

REMIGIO ROMERO Y CORDERO

Poetas de la América — de la nuestra — tenemos
yo no sé qué de sol, de volcán y de río;
yo no sé qué de cóndor, cuyo vigor de remos
huracana la luz y el aire en el vacío.

El trópico nos prende la sangre. La manigua,
el puma, la culebra, la erupción y los sismos,
en virtud de una fuerza, totémica y antigua,
nos dan médula de Andes y músculo de abismos.

La estirpe, de ese modo — nativamente brava,
sacerdotal, a un tiempo que regia, que guerrera—,
es confusión de acero, de mármol y de lava,
de tempestad, de viento, de mar y cordillera.

Y hay símbolos raciales. Amazónicamente,
el galopar — instinto de flecha — de algún potro,
en homenaje al río que parte el Continente,
con un mar al principio y, al término, con otro.

O montañas titánicas, sin nombre en ningún léxico,
basadas en las cuencas rotundas de Amazonia,
con ventanas al Norte, sobre el Golfo de México,
y ventanas al Sur, sobre la Patagonia.

Colombia, lo recuerdas . . . Fué voluntad del sino
que las étnicas fuentes confundieran sus aguas,
que en las ilimitudes del piélago latino
desembocaran sangres de quéchuas y de náhuas.

Lo recuerdas, Colombia, la de los inmortales.
Y, mientras se disuelve mi música en escalas,
vas a ver cómo cuajan su fíer los laureales
y a ver cómo, sobre ellos, hacen sombra mis alas:

El paso de las alas irá de zona en zona,
soplando en la epopeya, como aire en la bandera:
del Valle de Dupar a la Isla de Gorgona,
del Golfo de Urabá, lejano, a La Pedrera.

Yo sé del horizonte, del torbellino ingrato,
del milenio en las selvas, del yacer los canales:
del Cauca, del Tolima, del Dagua, del Atrato,
porque fatigo, siempre, los puntos cardinales.

Dónde concluya el vuelo se ignora . . . Mas, recibe,
por imperios cordiales, este vuelo que hoy suena,
me páre en el peñasco — gritando al Mar Caribe,
o me páre en la espuma — gritando al Magdalena.

II

Colombia, la pretérita, la autóctona. Que frunza
la prehistoria el ceño, resonando sus quipas:
voy, sobre la Cascada magnífica del Funza,
para resucitar a Bóchica y los zipas.

En mi columpio de alas, por sobre la cascada,
voy al magno silencio donde la ruina medra,
donde tienen los ritos eternidad de nada
y duerme el petroglifo sus éxtasis de piedra.

América remota, que en lo remoto bramas,
está bien que las sendas de tu pasado en ranches:
salvajes y desnudos, ya llegan los tundamas,
desnudos y salvajes, los chibchas y los panches.

No sientes el tropel de las tribus? No sientes
la impavidez hirsuta del primitivo hirsuto,
en cuyos ojos ásperos anidan las serpientes,
un tanto congeladas de ver la puna en bruto?

Ya viene la barbarie, ya viene en caravana.
Y, en tanto que la muerte se aferra en sus tentáculos,

caba'ga el huracán sabor a sangre humana,
porque es la antropofagia de los dioses vernáculos.

El Cacique Dorado ya abandonó las haldas
que, en Guatavita, al lago mantienen en reposo;
algodón, oro y cobre, robustez y esmeraldas,
camino va del templo de allá, de Sogamoso.

Hay voces de trompetas, aullando hacia la guerra,
y fugan, asustadas, en tropas clandestinas,
la neblina que ciñe la frente de la sierra
y la bruma que venda las pupilas marinas.

Es hora de tragedia ritual y de desangre,
en la piedra que azotan las lluvias y los vientos.
Hora para los dioses, que están bebiendo sangre
en la hipótesis vacua de estos indios sangrientos.

Los ojos de las víctimas ya se lanzan al trote;
ya van, por el espacio, desbocados los ojos.
Magnífico el cuchillo del Sumo Sacerdote
ante el vaho que sale de los glóbulos rojos.

De pronto, el horizonte se recoge en lo vasto
Y, porque sangre humana sus hoscas frentes unja,
van los dioses canibales sobre el Nudo de Pasto,
el Valle de Pubén y los Llanos de Tunja.

Se aturden los sonidos, se suicidan las hojas,
remolinos de nubes el espacio huracana,
y las sombras divinas se están copiando, rojas,
en todos los cristales del agua colombiana.

Gran árbol genealógico, sacude tu ramaje,
al paso de estos bárbaros de contextura ruda.
Que América desnuda y América salvaje
es grande, bajo el sol, por bárbara y desnuda.

III

De repente, en el mar hay insomnio gigante.
Los cóndores ululan sobre ondas y barrancos.
Que vienen, que ya vienen, de allá, de lo distante,
las naves extranjeras y los guerreros blancos.

Despiértate, Colombia, dentro el bosque de seda.
Despiértate, Colombia, que te ponen la proa,
en nombre de su rey — tras Alonso de Ojeda —,
Rodrigo de Bastidas y Núñez de Balboa.

Vasco Núñez que, un día de la epopeya brava,
bajando del Darién, se mojó las pupilas
en el agua lejana de un mar que le esperaba,
por órdenes de Dios, con las ondas tranquilas.

Despiértate, Colombia, despiértate en tu alcázar.
Despierta en las moradas donde tu genio habita.
De Guataquí te llama Sebastián Belalcázar
y Gonzalo Jiménez del Cerro de la Grita.

Colombia, tu Gonzalo Jiménez de Quesada,
guerrero entre guerreros, bizarro entre bizarros;
y nuestro Belalcázar, que está viendo, en la espada,
todo el sol del Perú rendido a los Pizarros.

Francisco de Orellana ya llega de otras zonas,
el pánico cervical poniendo en la piragua;
ya, al verse descubierto, se irrita el Amazonas,
sintiendo cómo España le humilla el lomo de agua.

Despiértate, Colombia. Despéjate la vista,
y surca de miradas tus ámbitos de luces.
La voz de lo Infinito prescribe la conquista
con un puñado de hombres, caballos y arcabuces.

No ves, en el estuario, cómo la quilla angosta
de la Mar de Sargazos trae el lejano brote?
Despiértate, Colombia . . . Que ha llegado a la costa
la España carlesquintica, la España del Quijote.

IV

Y alégrate, Colombia. Ya has nacido en tus playas,
delante de los mares espléndidos que surcas,
toda pujante en savia de las indias quimbayas,
de las indias sinúes, las chimilas y murcas.

El sol americano te han puesto en la pupila —
humanizando el sol de la India, por más señas —,
las ebepas del Cauca, las pácces de Huila,
las kunas urabáes, las pijaos ruiceñas.

Mayas, quichés, caribes, quéchuas y guaraníes,
con el recio entrevero de sus sangres ariscas,
en un vasto derroche de sangrientos rubíes,
te hicieron el prodigio de las curacas muiscas.

Y ahora las curacas, debajo los umbúes,
ante el vigor lumínico de los nativos soles,
desciñendo tisúes de plata, sus tisúes,
han sentido, en los labios, los besos españoles.

Ahora las cacicas y las sacerdotisas,
en ilusión de amores que la esperanza inunda,
deceos mujeriles diluyen en las risas,
esperando el milagro de la carne fecunda.

Ahora es la fusión: la tarea sativa
de ver cómo a lo indígena le extranjero se agarra,
cuando cae en el vientre de la mujer nativa
la simiente española de Aragón y Navarra.

Ahora es la amalgama, robusta en maravillas.
Que en el claustro materno yacen de la India pura
Asturias, Cataluña, Vasconia, las Castillas,
Galicia, Andalucía, León y Extremadura.

Gran árbol genealógico, sacude tu ramaje.
Lanza, de la raíz, la savia hacia la copa.
Que América desnuda y América salvaje
concebe Españas nuevas, para salvar a Europa.

V

Vorágines de ideas me aturden el sentido.
Amplitudes mayores cada vez me da el cielo.
Colombia, me fatiga lo inmenso y no medido;
Colombia, ya me duelen las alas con el vuelo.

El vuelo es rectilíneo y el huracán reacio.
Plego, después las alas y caigo, de hito en hito,
ebrio de sol distante y empolvado de espacio,
espléndido de Dios y muerto de infinito.

Alégrate, Colombia, la de la raza homérica,
la de los gestos épicos en son de maravillas.
Alégrate, Colombia, que, en el Mapa de América,
honras al Mar del Sur y al Mar de las Antillas .

La estirpe, en tí, de orgullo se pone palpitante.
Latina, americana, griega de rama dórica,
Colombia, alma de acero, corazón de diamante,
magnífica, magnífica, leónica, condórica.

Latacunga, Ecuador.

GOETHE O LA PROGRESION

AUGUSTO ARIAS

EL WERTHER

El que de niño había quemado un grano de mirra en ofertorio a Pantheos, el espíritu pánico y de fervores terrenos, el que se modelara al delicado influjo de su madre, (parecía una hermana, por lo juvenil y fresca, junto a Goethe adolescente) y al de la severa vigilancia del Consejero Goethe, sentirá que en su vida de juventud luchan las pasiones y los recuerdos, la zozobranante elección del camino, las formas concretas de la existencia y las puras abstracciones del arte. En la alegre mesa de Wetzlar el mismo es un caballero del medioevo, Goetz de Berlinchingen. Para la despreocupada comparsa de juristas es menos importante el traje que la imitación del gesto y para el flamante doctor el apodo de Goetz un consagrado reconocimiento de sus páginas. El Goetz ha sido su obra de la primicia, aparte de las odas en las cuales está patente la influencia, de simpatía y de cariñosas lecturas, de Klopstock. Ha formado un drama nacional, colorido, sin que se exajeran los tonos brillantes y si más bien de acuerdo con la múltiple conformación de lealtad y audacia, de valor y escándalo, de verdad y quimera que distinguió a los caballeros medioevales. No han podido escaparse entonces, de la fisonomía de Maria, las líneas puras de la Federica de Sesenheim. Comienza a reflejar sus propios re-



GOETHE

cuerdos y no ha de dejarlos solo en estampas móviles, sino que buscará, para la gloria de su pervivencia, para que se prolonguen en la vida de nuevas concepciones, una suerte de continuidad que ilumine el rostro de las imágenes, que las vuelva reconocibles por los ademanes y las palabras (1). La Federica de pasividades campestres y de calmadas esperanzas ha de volver, más que en el nombre, en la conciencia de otras de las mujeres de sus libros y, para que no dudemos de su verdad, Goethe ha de saber rodearla de tal ambiente que nos recuerde el de sus visitas jubilosas y graves, guiadas casi por la traviesa determinación del niño. Así ocurrirá, más tarde, con sus Carlotas. A veces han de mezclarse sus atributos como si en el grave juego del arte llegasen a intercambiar sus gracias y sus presentimientos. Y, en definitiva, el campo de aspiración del Eterno Femenino estará ocupado por la mujer única y varia que tuviera algo de la primitiva Federica, de Bettina y de Augusta Stolberg, de Carlota y de Lili.

Bien pronto Goethe desparrama su ingenio y sus admirables decires. Se reparte, entre la existencia de los estudios, la de los amigos que gustan de pulir el contorno multifásico de la alegría y la de las llamadas profundas o superficiales de los salones. La próxima impresión de su agradable continente y de sus maneras finas y distinguidas, le ha llevado por la hondura de la confianza, por la iluminada discusión literaria o por el brillo de sus concepciones, al pavés desde el cual muestran su perfil, como predestinado para no desaparecer, los hombres geniales. La onda concéntrica de la curiosidad que busca, y la que ha de quedarse estática, la de la admiración que interroga y se baña, al fin, de la propia luz del hombre admirado, volviéndose a repartir una miriada de fulgores, le rodean entonces con más poderosa solicitud...

Para el alcance de su aventura trunca, surge la signada con infértil riego que se habría de evocar más tarde, en memoria de la añeja seducción del romanticismo. Goethe visita a Carlota Buff, la prometida de Kestner y el imán de iguales afectos emparenta más bien las almas de los dos amigos, de divergente inquietud, y sin embargo, para la hora, de igual transparen-

(1) La vida de Goethe es un comentario perpetuo de sus obras.—
Bossert: *GOETHE, SUS PRECURSORES Y SUS CONTEMPORANEOS*.

cia. Ambos han de llevar su imagen como la de una primorosa virtud femenina. Pero si Kestner la contempla y la desea con el designio de una grata prolongación, la de la esposa casera y ennoblecida por la maternidad, Goethe no puede pensarla jamás rodeada de pequeñuelos, seria y ensanchada. Carlota tiene una viva y preciosa "comprensión de las realidades", pero todo en ella es áureo, cristalino, de finura. Goethe acaba por enamorarse de Lota y ejercerá en el alma del novio una influencia que se dijera de amores compartidos. El la llevará, con frecuencia, los recuerdos de Goethe y cuando el poeta se marche, dolido de imposible, Kestner sentirá como suya propia la tristeza de su amigo. En esencia no se ha frustrado el amor. Elevaráse, mas bien, en virtud de su ingravidez, de su carencia de realidad y el sollozo sofocado ha de soplar vida perdurable en el Werther: 1.774. ¿Quién aparece en la figura del amador de Carlota, con tal exceso de sensibilidad y pasiones afinadas, casi olvidado de la seguridad de la inteligencia que sabe conducirnos por la vida que afirmará nuestros pasos? Se mueve como un sonámbulo, divaga y cultiva, con tenacidad afiebrada, su obsesión. Está disgustado de todo y quisiera, muy pronto, cumplir con el viaje, morir, revivir. El romanticismo, se dirá mas tarde buscando para el Werther el gusto de las clasificaciones. Igual empleo de la leyenda o de los temas tradicionales, idéntica preferencia por el sentimiento y la imaginación que se destacan, triunfando de las otras facultades. Idealización extraordinaria de los personajes y de las pasiones.

Se ha dicho, y con todo fundamento, que en el Werther demora, como un fantasma, el recuerdo de Jerusalén. Goethe conocía, con detalles, la historia de sus amores y de su invencible desesperación. El recuerdo de la Señora del Secretario del Palacio no dejaría en reposo a Jerusalén y de su inconformidad ha de nacer el designio de partir para nunca. Su hipocondría, su misantrópico vagar, desparramados en las Memorias, ahondados en el estudio de la filosofía, de la libertad, de la ética, han de vaciarse al fin en el lago profundo del suicidio. Una fugaz lumbrarada y en los ojos de Jerusalén se iniciará el principio de la sombra. Como el ahogado se arrastrará hacia la ventana para pedir, por última vez, para su angustia de moribundo, el respiro de la tierra.

Goethe ha tomado la patética vida de Jerusalén para su **Werther**. Pero allí existe, con fuerza permanente, el auto recuerdo. Carlota es su Carlota Buff. Alfredo es Kestner. El desesperado amador es él. Raro camino el de la novela. En breve tiempo ha recorrido Europa, ha penetrado en las alcobas núbiles y ha removido, en la frágil biología de los hombres, el amor del suicidio. El plomo destroza las frentes de los nuevos Jerusalenes y las Carlotas rubias han de ceder ahora, pues que más allá de su beso negado presienten el trágico hierro de las pistolas, el filo espejeante de la daga, la gota incendiaria.

En la Carlota de **Werther** todos reconocen a la señora de Kestner. El mismo Goethe no podrá negar la fidelidad del retrato y ha de buscar explicaciones cordiales para la inquietud de su amigo. El rostro moral de Alberto, por lo demás, de la bondadosa fidelidad y de la inteligencia tranquila, no desagrada a Kestner y después expresará de la dulce figuración del **Werther**, con frase que se parece a la de la gratitud: "Los rasgos amables e irreprochables de Lota son los de mi mujer. Ya pueden ustedes comprender que no podía menos de amarla".

Sabia Goethe que "el estremecimiento es la mejor parte de la humanidad" y por eso hubo de perseguir la curva de los temblores mas profundos y modeladores. En su vida de veinte y cinco años. (El **Werther**), también se sintió tentado por la onda de oscuridad y de misterio de la cisterna sorda. Sombras del Hamlet le asaltaron entonces, y quiso dar a la calma sapiencia de seguir el gesto brusco y liberador de desatarse. El también no supo, en días vacíos e indeterminados, si quería escaparse, vencedor y vencido, y, sin palabra igual, interpretará el estado de Jerusalén cuando su confesión se rompía, extraña, a los pies de Anita Brand: "¡Ay, si me hubiera muerto!"

Pero así dará desahogo a sus vacilaciones interiores. Y elevando a la vida del arte la desesperación y el total ofertorio de **Werther**, ha de marcharse a nuevas excursiones de poesía y de verdad. (1)

Goethe mantiene recta continuidad en sus concepciones. Más tarde el doctor Fausto detendráse en el instantáneo paso

(1) "Goethe y Carlota volviéronse a ver cuarenta y cuatro años después de la aventura de Wetzlar. Vino a Weimar a visitar a una de sus her-

de la Muerte al escuchar la música de las campanas de la resurrección y dirá, como en afirmación del pensamiento de su ética o en voluntad bien lograda de su designio de forjarse y ascender: "No sondees el sin igual destino. La existencia es un deber aunque no sea mas que un instante".

EN LA LUZ CLASICA

Los años de viaje y los años de aprendizaje de Wilhelm Meister. En esos dos libros escritos en forma novelada y que presentan cuadros de la sociedad de la época, ha de marcarse la trayectoria de Goethe. Quiere viajar y aprender. Busca renovación y parecen durar, en su errátil memoria de los paisajes, en sus huidas y en sus regresos, las voces de la alborada de su Fausto: "Vas a quedar curado de tus males. Confía en la mirada del nuevo día".

Así en la vida magnífica de la corte de Weimar como en sus paseos por Italia. Ha de apaciguarse, en la cordura meridiana, su persecución de la forma indeterminada y el secreto de los libros ayudará, en su revelación de principio y de fuerza, a la calmada gravedad del arte perdurable. Sin embargo, de su Werther conmovido a su Fausto desigual y complejo, en el reposo de sus meditaciones y en el tacto seguro y modelador de la diestra, a veces helénica, no ha dejado perder su visión astral y terrena, su encanto de creaciones y su sensible amor de las realidades. El Werther, iluminado de imposibles, poseído de angustias, se condena y se mata. El Fausto, en cambio, sabe que el Diablo es viejo y hay que envejecer para comprenderlo y si se alumbra de locura o tambalea de vértigo, no desconoce la vereda que ha de llevarle a estancias quietas; se atormenta y se rejuvenece, se afirma y se contradice, pero de la misma mutación de su tránsito aparece diferente en cada día.

El Goethe de treinta años encuentra, por atracción de per-

manas, cuando la encontró Goethe. Lota contaba más de sesenta años y había tenido doce hijos".— Alfonso Seché y Julio Bertaut: *Goethe, la vida anecdótica*.

fectibilidades, más que las fuentes de la belleza antigua, las figuras perennes, animadas de tal suerte que no en vano fueron llamados humanistas aquellos que las buscaron en los libros para seguirlas en su firme virtud de acciones y de sentimientos, como si el arte, al volverlas longevas, hubiera, al fin, triunfado de la muerte.

En el rostro de Goethe las facciones aniñadas y hermosas de los veinte y cuatro años se han marcado con los golpes de los vientos diversos de la treintena y la reja del pensamiento ha impreso en su frente surco rectilíneo. Ya no han de temblar sus ojos, aun cuando la fronda de sus presentimientos se conmueva, invisible, al paso de Lili, espigada y triunfante. Ha vencido el límite de la vida primaria y por eso ha de comprender y amar la del arte que no tiene la célula novísima. Gusta de pasar desconocido por la vieja Italia y, penetrando en el dominio de los clásicos, escribe su *Ifigenia en Táuride*. Ella, en verdad, viene, por actitud, desde la entanca sofoclea, aun cuando la más viva curiosidad de Eurípides fulja en sus pupilas y en ocasiones deje adivinar, en sus palabras de sereno timbre griego, cierto distante acento shakeaspeareano. Pero es hombre de otro siglo y la quieta y limpia desnudez del paganismo no le conquistará por completo. El mismo ha confesado que se prendó de la expresiva pureza de un lienzo de Rafael y que cuando perseguía la vida de su Ifigenia le buscaban los ojos de Agueda, por lo que quiso que su griega dijera las palabras que no hubiera desdeñado la Santa. También Margarita tocará con la vara de su voz persuasiva en la roqueña impiedad de Fausto, por encontrar la vena del agua religiosa.

EQUILIBRIO

Goethe dejará un libro único que se acerca al idilio: *Hermán y Dorotea*. Cuadros de costumbres, sencillos afectos, simplicidad de caracteres, fisonomías que se delinean con rasgos atrayentes y simpáticos. En esa novela poética penetra Goethe con acierto casi virginal en los simples amores que se forman de burguesa placidez, para la vida horizontal, sin com-

plicada descompostura. Su *Hermán* y su *Dorotea* son clásicos y del suave contorno de aquellas dos figuras se desprende la fácil aureola de los sentimientos. Idílica por la seguridad y la dulzura del cuadro, —un inocente amor de pastores—, es también la égloga germánica, consagrada casi como un romance nacional, releída por las novias y los amantes, ejemplo admirable de un tipo alemán de rusticidad fiel y transparencia de sentimientos, de tradición y continuidad. Lectores de la centuria se han descubierto en varias de aquellas escenas.

Mas, para que sea perfecta la evolución, de aquel remanso de visiones, ha de viajar al encuentro de nuevas y nuevas arquitecturas mentales. Y, volviéndose a cada paso un confidente de las transformaciones de su espíritu, amará el idealismo triunfante de Schiller, el torso de la tragedia, de fatum y resistencia, los jardines del romántico el modelo del clásico. (1)

No le estará vedada la incursión en el alma de los otros y si quiere dejarnos estudios de los poetas y literatos de la época, también ha de exprimir, en las *Memorias*, la historia de su vida a la vez sinuosa y de recto avance. Para la burlona inquietud de algunos y para la premeditada impaciencia de los otros, brotarán los *Xenies*, y si conoce, en más de una vez, a la mujer que exalta, también ha de sentir las impresiones de "la que apacigua", Carlota de Stein, cuyo retrato admiró en *Estrasburgo* (2) y cuya serenidad amorosa no dejó de recordar en algunas de las páginas del *Egmont* o en señalados detalles de la *Ifigenia*.

ESCOLIOS AL FAUSTO

Nuestro geómetra moral, D. Juan Montalvo ya buscó para el perfil anímico de aquel grande D. Juan de Francfort,

(1) "Vos conocéis tan solo los fantasmas románticos; el verdadero fantasma debe ser también clásico".— (Palabras del Homúnculo a Mefistófeles). *Fausto*, Segunda parte de la tragedia.

(2) Goethe había escrito bajo el retrato de la Señora de Stein: "Sería un hermoso espectáculo el ver como se refleja el mundo en tal alma; si juzgo por la dulzura de la fisonomía debe ver el mundo tal como es, pero a través del amor".



Mefistófeles visita a Fausto.

(De un grabado de la época)

la figura de la espiral sin regreso. De parecido modo quiso admirarle Rodó, estimando a Goethe como al espíritu, más que de la ascensión, del camino, de la evolución, de la marcha de avance vehemencia, y, a veces, de sabia curva, de buscado zigzag. No tenía, como los hombres cotidianos, un amor paciente de continuación, ni una fijeza nitida de límite. Era el Goethe remozado y naciente en cada día. Sus obras mismas son una confesión de su camino vario y nunca sofocado por el alto de las poderosas inquietudes ni detenido por la necesidad de volver atrás. La violenta, y de pronto petrificada actitud de la mujer de Lot, no pudo caber en su viaje. Retornaría con ojos espirituales a sus horas viejas, buscaría recuerdos añejos, más hasta en su pasión de fijarlos en el libro, sería de extraordinario movimiento. No dio a sus creaciones el carácter de película tersa de lo disecado. En sus figuras, aún en las alegóricas, siempre hay como sangre fluente y cordaje de nervios prontos a vibrar.

La imagen espiritual de Goethe aparece, como en muy pocos de los libros eternos que conozcamos, en el **Fausto**, y aun cuando su motivo sea el de una leyenda medioeval de la Germania (1) y de su viejo y ordenado rezago de lecturas quede el mundo difícilmente olvidado de la Mitología, y arranque, asimismo, de las creencias alemanas de los siglos medios y de la preocupación de la alquimia y de la hechicería pronta a desvanecerse ante la exorcista señal, insinuadas, eso sí, sonriente, en las escenas que se alumbran con las luces mefistofélicas, la curiosidad de Enrique y la inocencia amorosa de Margarita, jamás ha de separarse, para el examen vital, de los capítulos de la tragedia, como llamó Goethe a su poema, la presencia permanentemente advertida del viejo Juan Wolfgang que buscaba eternizar allí la historia de una vida en continuo reclamo de las cisternas de la sabiduría, de los filtros de la magia, de la seducción de los amores. Empero no extiende en el Fausto una sola vida su lineal marca o su múltiple variación. Es un libro de muchas vidas y precisamente el pensa-

(1) Leyenda extendida en múltiples obras, entre ellas, aparte de la de Calderón, el *Fausto* de Maximiliano Klinger, con recuerdos del Siglo XVIII alemán, de Francia, Inglaterra y España, de Torquemada y las víctimas del Santo Oficio, y el *Fausto* del poeta francés Gerardo de Nerval.

miento de Goethe expresado en sus **Conversaciones con Eckermann** fué el de que no se lo pudiera penetrar por completo. Poseemos un ejemplar del **Fausto** sembrado de anotaciones. En él se quiso aminorar la frase goethiana y buscar la forma de reducirla a deseo casi deshecho. Para el concepto oscuro ha surgido la explicación, para la alegoría el rayo penetrativo de la linterna, para la frase alusiva la cita histórica. Pero algo quedará en la esencia de la palabra más recóndita, como en la copa del Rey de Thule, vedada para otros labios y destinada, al fin, para el sorbo interminable del mar. (1) Por eso, a pesar de la fantasía de mil figuraciones entre las cuales resbala la existencia de Fausto, sobre todo en los actos de la segunda parte, la tesitura de su destino es humana, profundamente humana, como lo es también el ápice de su albedrío. Así pensaríamos, aunque con remota prueba, en las vidas de la tragedia griega, moldeadas, en desigual pero al fin contorneador dilema, entre la fuerza desconcertante del destino y la fiera conciencia de su voluntad. Del mismo **Libro de Job**, muestra primitiva en el tiempo y compleja en la sabiduría, se ha dicho que es el **Fausto oriental invertido**. (2) De verdad, y si en trabajo de abstracción hemos de conceder por hoy importancia única a la **dirección humana**, el Doctor de Goethe ha revertido la quieta sapiencia de Job. En este, la espera es la perpetua búsqueda de la verdad en el alma. —¿Para que indagar por ella en los caminos?—Y de la felicidad en el diario desvestirse de los deseos. Casi le absorve la llaga creciente como una ola de ahogo en singular naufragio estático. Y de la explicación de estos padecimientos brota el diálogo, matizado de reflexiones y de consuelos, raíz múltiple de varias de las flores de la poesía que se llamó didáctica. Fausto,

(1) "Leyendo con detenimiento el amplio y minucioso estudio de Emil Ludwig sobre Goethe, lo que él ha llamado "historia de un hombre", me convenzo de que para penetrar en el íntimo sentido de una obra, sobre todo de una obra maestra, hay que ver, muy de cerca, la vida de su autor. Con ningún otro de los alemanes me creía tan familiarizado como con este; había leído varias veces el Fausto y ahora descubro que mi conocimiento de esta gran obra era puramente exóterico. No había pasado de la superficie". — Enrique José Varona. — *Repertorio Americano*.

(2) Ditzler.

al contrario, quiere gritar su angustia, trocar su conocimiento ponderable por el desliz curioso o por el satánico arrebató. No sabe lo que desea a punto fijo y pudiera, en otro tiempo, dejarse caer en la sima del suicidio, como Werther. Tiene "a medias conciencia de su locura y el corazón insatisfecho y agitado". Busca lo terreno, quiere arder aquí, y al paso de su violenta fiebre y de su cuerdo desconcierto, el fuerte taconeó nos lo representa firme para buscar a la mejor de las Margaritas por los jardines simples de virginidad o por las vecindades de la Iglesia, y el ala de su capa, en vuelo como de huida, nos lo muestra a veces casi en desprendimiento. No sabemos si Fausto abandonará, de repente, a Mefistófeles, para contemplarlo de más lejos, de más alto, como a un escorzo de fuego o a una etcétera de ceniza. Y no es propiamente su espíritu una cubeta de alquimista. Le ha tocado el ambiente de la magia, pero sin saturarlo. Internamente se ríe del mismo diablo. Los libros han puesto en su visión conjunta del mundo un severo disgusto. Mas hay algo de niño y mucho de poeta en sus divagaciones a lo largo del camino. Para él se ha dicho que "el hombre yerra mientras tiene aspiraciones" y al adivinar la frase despectiva de Mefisto, "no me vengan a mi con cadáveres", comprende que de la movilidad, del no darse reposo, ha de nacer el dominio sobre la vida. Tiembla sobre su frente paradójicamente aridecida por el largo y constante penetrar en las fuentes del saber, la voz del Señor: "Presto le guiaré a la claridad". Confía, por eso, en las nuevas luces, dándonos, a cada momento, la dubitativa inquietud de pasar, deteniéndose: el fuerte contorno del brazo que se aferra para aprisionar el talle de Margarita y la pluma flotante del cabello que quisiera ser la cola de un cometa, el fuego fatuo, el imán de la vía láctea. Y es así como la mitad del Fausto, por la voluntad del sarmiento, ha de quemarse en la brasa y la otra temblará en aspiración de fugar, aunque solo sea en el humo de la hoguera que se apaga.

No está en el **Fausto** el conocimiento universitario ni solo la disciplina de los viajes mentales seguros. (1) Hay algo

(1) "Si Goethe no ha podido aceptar la ciencia universitaria de Leipzig, a lo menos ha sacado indirectamente partido de ella".— M. Bossert: *GOETHE, SUS PRECURSORES Y SUS CONTEMPORANEOS*.

más, en desigual armonía que ha parecido desorden, arrancando de los guardianes del precepto, el juicio de que carece de unidad ese poema "inconexo y fragmentario". Es un libro proteico, de confesiones y de símbolos, en el cual se extienden, con sinuoso avance y capricho de alegoría, la poesía y la verdad. El mismo Goethë no quiso dar otro subtítulo al folio de sus Memorias. Fausto ha buscado, con absorta mirada, en todos los libros, el secreto de la jurisprudencia, de la medicina, y también, "para su mal", de la Teología. "Se dice" maestro y doctor y bien pronto la ronda de sus discípulos crece y crece como una marejada. ¿Querrá conducirlos "de los cabezones", a la memoria de la teoría, a la vida insegura de la hipótesis, al dominio de la astrología, a la explicación de las proposiciones de Tales y Anaxágoras, al peripato o a la intuición? "Veo que nada podemos saber" exclama el doctor Fausto, añadiendo en tono de propia condolencia, "y esto llega casi a consumirme el corazón". Igual la expresión socrática e idéntica la vertiente que trae aguas de lejanos orígenes y se precipita a su término en cascada que se ignora a sí misma, aunque reviente en espuma millonésima. Ese "pobre loco, tan sabio como antes" al buscar, inquietamente, al profesor Nostradamus, gritaría con la voz apagada y consumida por las mil imágenes que salen de sus libros para danzar extrañamente por su estancia gótica: ¡La magia!, ¡el macrocosmo! Abandonará los volúmenes para darse a Mefisto y cuando retorne, en la segunda vida de la tragedia, a la residencia de su antigua sumersión de buzo de las ideas, le saludarán burlonamente los gusanos y ante el gesto asombrado del fámulo, el Bachiller que confunde a Mefistófeles con Fausto, ha de dudar de la ciencia del antiguo huésped de la cátedra. Duda que levanta, con la gracia de los soplos moceriles, el polvo que recubre los muebles por largo tiempo abandonados, que ha encanecido a los murciélagos, pero que no ha cegado el ojo de las luciérnagas. Duda de jovenzuelo que no podía herir la delicadeza o el entero dominio de Fausto, pues su misma visión, la de avanzar, la de renovarse, solía imprimir en sus nervios la suerte de la continua escapada. Borraba los caracteres de ayer, quería fijar los del presente, haciase de memoria y olvido. La imagen de este sabio, aparente o absolutamente frustrado, es parecida a la de Mefistófeles, el cual

"buscaba un tesoro escondido y en vez de oro sacó solamente horribles carbones".

Mezcla de esperanza y de escepticismo, de campo frío entibiado a trechos por rápidas lumbraradas de fe. A lo largo de las escenas del **Fausto** se plantea la vida unilateral del sabio y su inanidad para sentir y gozar, en plena posesión de los seres y de las cosas, aun cuando no se sepan o se desdeñen las leyes reguladoras del universo, los principios biológicos. ¿Qué se le da, en definitiva, al gustador sibarita, de la profunda elaboración de la tierra y que al dueño de la tarde plácidamente recalentada o al poseedor de los tesoros, del parentesco de los dioses y los metales? El cobre: Venus; el hierro: Marte; el estaño: Júpiter; el plomo: Saturno; el oro: el sol; la plata: la luna. Esos términos habían fatigado a Fausto y el aprecio goethiano del saber inactivo y copioso se concreta en la figura del homúnculo, cerca de cuya vida exáltase el descubrimiento de la procreación rebelada. Wagner lo contempla adquirir movilidad en la redoma mágica y el será quien en breve interprete un sueño de milenio del Doctor Fausto. Los viejos libros nos han dado una idea del homúnculo: transparencia que se dijera incorpórea, endebles, existencia biológica artificial e inteligencia extraordinariamente lúcida... Al subrayar, con sonrisa, esta nota, pensamos en el moroso afinamiento de la mentalidad que destruye la forma amada de los gimnastas, la vida olímpica de Píndaro. Dolíase el doctor Fausto de llegar, en la redoma de su vigilia, a la expresión del homúnculo, y a cambio del conocimiento tangible y del reflorcer de la juventud, enajenó su espíritu, decapitó su terror, y si de ascender y expandirse se trataba, no vaciló en aceptar, para subir, el aire ignífero que le ofrecía Mefistófeles. También en otra vez el diablo homúnculo y cojuelo, llevó por el espacio madrileño al travieso estudiante Cleofás... (1)

...Ese Mefistófeles "que se daría al diablo si diablo no fuera él mismo", designará la marcha de Fausto. Otra vez, sobre la infinitud del universo, el albedrío y la tentación, los frutos de la vida y en la inquietud sin frutecer, como sedño

(1) Luis Vélez de Guevara: *El Diablo Cojuelo* (1641) Novela de la picaresca que participa de la leyenda medioeval de aduquimistas y demonios, como la posterior del francés Lesage. *Le Diable boiteux*.

retoño de olivo, la rama del árbol de la filosofía. El diablo interno se corporiza y adquiere ya no la vieja advocación del Satán bélico de Milton ni la del vencido de Klopstock, sino esa figura nueva del diablo consejero que gusta de sembrar su estela quemante por los arenosos océanos del mundo.

Y aparecen la complicidad de la vecina que se llama Marta, (contraste con la otra, la del servicio puro), la capciosa conquistista, el tributo de las joyas, la noche de Walpurgis, los lancec caballerescos de Fausto, la desgraciada caída y la condena-ción de Margarita, en medio de las exclamaciones en las cuales revienta el drama: "Mefistófeles: Está juzgada.— Voz de lo alto: Está salvada.— Margarita a Fausto: Ven, ven a mí, Enrique!"

El grito desaparecido de Margarita se volverá de realidad. Fausto envejece y ha de buscarla mas tarde. A través de visiones angélicas y diabólicas, su viaje es el del conocimiento. No tiene, como los héroes clásicos, un guía de tranquilo dominio, ni menos el báculo virgiliano como el afortunado Dante. Apoyaráse en sustentáculos de fuego, pero su tránsito ha de marcarse por la rapidez y la simultaneidad de las visitas y de los sueños. "Nada te turbe —le dice Mefistófeles— suene como sonare, tu que desde hace tanto tiempo estás habituado a las cosas más estupendas", y si el plácido vuelo de Ariel (ideal shakeaspereano), la ronda armoniosa de los elfos y la rotación de las esferas: movimiento que no sentimos, según Aristóteles, y que forma la música universal, pueden mantenerlo en victoriosa carrera o en estabilidad de dicha, le inquietarán las esfinges, las sirenas, los grifos y los seismos, las hormigas y los dáctilos, las oreadas y las lamias. (1) El doctor Fausto es a la vez levedad y ponderación. Podría seguir la ruta de Ulises, le ha tentado el agua de Leteo, y sin depravada proposición ha deshojado a su Margarita en el horror del patíbulo. Viaja para dejar de arrepentirse, pero en los caminos extraños que recorre le asaltan diversas visiones, y en el sueño de su regreso, la divina belleza de Helena, que volvía mudos a los ancianos de Troya y cuya aparición, solo de imagen, removi6 la inolvidable palabra fáustica: "Apenas respiro; mi voz tiem-

(1) El paseo de Mefistófeles, Fausto y Homúnculo a través de inmenso campo alegórico.

bla y se me corta. Esto es un sueño; han desaparecido los días y el sitio"...

...Al término, Inquietud, la de cabellos de escarcha, apagará sus ojos con el soplo de gracia. ¡Ciego el doctor Fausto! Ya no podrá buscar entonces pupila de alquimia deshaciendo en retorta magnética los topacios y los berilos, los diamantes y las esmeraldas. No resistirá al dolor de no ver el ansioso observante. El sabio Enrique ha caído de espaldas para que lo recojan los lémures, y ya en el cielo contemplará a Margarita. (Luz, más luz...). La primera visión abigarrada y a la vez limpia, ha de mostrarle la gracia de los ángeles novales; la diestra de la Samaritana, servicial para la sed; el perfil ya quieto de la egipciaca Maria, asiduo eslabón de la penitencia...

El prólogo del **Fausto** se desarrolla breve y puro en el cielo. Goethe debió escribirlo cuando premeditaba el soplo de la inquietud sobre los ojos de su sabio próximo a cegar. Por eso las últimas palabras del poema entrañan una grande esperanza que solo puede ser advertida por los ojos interiores: "Todo lo percedero no es más que figura. Aquí lo inaccesible se convierte en hecho. Aquí se realiza lo inefable. Lo Eterno Femenino nos atrae a lo alto".

La exégesis pudiera penetrar con un millar de páginas en el sentido de estas veintiocho palabras.

BETTINA

Del primero al segundo **Fausto** en la vida de Goethe han de trazarse una curva de elevación y una línea horizontal de reposo. Ha merecido, al cabo, la quietud. No se agitará en nuevos llamamientos al goce o a las seducciones del amor y el encuentro de sus postrimerías con una niña dulce y asombrosa, con Bettina, ha de dictarle quizá las últimas escenas del proceso fáustico, calmado ante el logro de todo, con nuevas esperanzas que se doran de cierta celsitud y que hasta nos subyugan con la entrevista piedad de una morada más luenga. Cuando ella

se duerme cerca de aquel corazón bisabuelo, no tiene, ciertamente, ninguno de los rasgos que hubieran de buscarse en la Carlota más leve por su complaciente cariño que no es, sin embargo, el de las ataduras más irrompibles. Más bien en su rostro clarea cierta simpatía en algo parecida a la de la Margarita transfigurada, aunque el de Bettina estuviera exento de la palidez en la cual suele bañar el dolor a quienes dejaron que ardiera su pasión, inocente talvez, en el crisol de las purificaciones, para elevarse después, en gracia del arrepentimiento, ya sin color, pero con el alma salvada.

Goethe ha perdido, por absorción intelectual de sus valores más altos, su poderosa marcha hacia el corazón de las mujeres. Y ha querido perderla tan conscientemente como la esencia que buscara su máxima concentración y como la forma que, escultora de sí misma, quisiera elevarse y lucir en la línea pura, en el firme contorno. Su diálogo con Bettina es de apaciguado cariño. Se cruzan breves frases de las que parece ausente el recuerdo, pero que traen, como en tácito gusto, la razón de aquella marcha hacia su retiro de Weimar, de su admiración infantil, paso que arranca de inclinaciones devotas para él y que se creyeran ignoradas... Es el fervoroso culto a su recuerdo en casa de Bettina la mayor, es la misma madre de Goethe quien se la envía y es el ingenuo Wieland, dudoso, quien cede a su pedido de presentarla, otra vez, por medio de una esquila. Todos los detalles de la entrevista trémula ha de conocer, en epistolario de abierta confianza, la comprensiva esposa del Consejero Goethe, la cual casi en vida núbil, ya supo acunar a Juan Wolfgang, a su hijo que se le parecía extraordinariamente en la gracia de la balada. Ese regreso de limpia trayectoria es ya un anticipo de la eternidad, si bien limitado y furtivo. Ya no lloraría como en el contagioso lirismo de Werther y más bien, el gesto ya muchas veces modificado y reprimido, casi cercano a la estabilidad de la vida petrificada, que es, al fin, la única que desafiará al nervosismo menesteroso y fugaz de los hombres que pasan, acentuábase en sus labios que se contrajeron en mueca de felicidad, cuando Napoleón, al verle y escucharle, le dijo, consagrándole: "Sois todo un hombre".

Al atraer a Bettina sobre su corazón, al sentirla inocentemente dormida, al adivinar, en su verdad de los epílogos, el sentido de ese nuevo sueño angélico, la grata pesadez de aquella

cabecita gobierna, quizá, con más fuerte reclamo, al latido que buscaría evadirse. Así le seguiremos después como ya no se manifiesta ardoroso en su correspondencia con la Condesa Stolberg. Es ella quien le busca con exageradas solicitudes. Pero ha llegado para su Margarita el día de la plegaria definitiva. Después iránse de su lado, por la distancia o la muerte, tanto los seres de su concierto verdaderamente fausto, como los que quisieron acompañarle en la estancia más honda de sus cariños o sus pensamientos. Caerá hasta su hijo, Augusto (octubre de 1830), como para que el viejo constructor de figuras tan conmovidas o tan serenas, no se prolongue en una sola de las ramas precederas. Y entonces, en el cenit de sus ochenta años ha de entregarse a la formación de la que diríamos la primera escultura. (1)

Su presencia infunde admiración y asombro. Su cabeza se levanta como en la busca de nuevos horizontes. Su perfil se ha endurecido. Comienza a ser la figura en tránsito secular, el símbolo de la que ha de forjarse en las fundiciones seculares. La confesión de quienes le vieron en los últimos tiempos es igual de temblor y respeto. La sobria medida se acentúa en la distribución de su tiempo. El pan le vigoriza y el vino le tonifica y en el rectángulo de su estancia libre y desprovista, lee las páginas de su **Fausto**. En los últimos meses de 1831 ha escrito los capítulos finales y en el paso marzal del 22, para entregarse a un sueño que pidiera más luz, no ha buscado, con la vista angustiosa de los moribundos, la ruta desconocida para la riba eterna. He aquí, a la distancia matizada de rectificaciones y de avances, su pobre Jerusalén destrozado y abatido, la ceniza de su alquimia, sus Carlotas desfallecientes y lejanas, su diablo tentador, su rumbosa vida cortesana, la conversión del sabio que encalvece y almacena ideas y teorías por la del rejuvenecido para seducir y gozar, el primigenio dramatismo de sus baladas... Pero ha dicho a los libros confidentes, y con eternal palabra, la persecución de la verdad, el anhelo de penetrar en los secretos de la vida. Y la una se le ha revelado y los otros se han abierto, dóciles, ante los golpes de

(1) "La obra maestra del hombre es durar, ha dicho el mismo Goethe que tenía como nadie la visión de las cosas duraderas".—Leonardo Peña.—*El Rep. Americano*.

su pedido, ante los encuentros de su afortunado azar, ante los violentos y dominadores revuelos de su talante de conquistador y de poeta. No ha vivido en reposo y no ha de ofrecernos, por lo mismo, el ascético contorno que puede elevarse como dechado, voto de salud defendida y aspiración que gusta de pasar con los ojos vendados y el corazón claveteado por los puñales del dolor y del amor que se adivina y se teme. Se ha entregado a su diablo y ha vencido a su Margarita. Pero de tal fuego de alquimia ha de brotar un oro de maduro pensamiento y cuando se le aquiete, por la cesación de la primera vida, el temblor de la primera confianza, buscará para el segundo libro otra suerte de revelaciones y hasta querrá pedir, para la martirizada, un reposo en donde ha de visitarla el sabio con cierta virtud dantesca.

REPOSO

La morena Cristina Vulpus, huérfana y fiel, formó para Juan Wolfgang Goethe, el definitivo reposo hogareño. Hubo de hallarla cuando ya, de acuerdo con el destino fáustico, "descendió el reposo" sobre su alma. El poeta, para dar máxima vibración a su ánimo, había contemplado desde la frontera el bélico relámpago de la revolución francesa. Grandeza de figuras violentamente esculpidas en llama, laberintico desfile de imágenes, entre las cuales, el doctor Fausto, olvidado del jardín de Margarita, comprendía en ritmo bravo, la nueva alquimia de la balística. (1)

Pero al final de sus días el dispersado desearía contenerse. Todos los valores del Proteo se volverían a la figura que fuera resumen y esencia de las antiguas fuerzas poligonales, en

(1) "Parece como si se estuviera en un sitio muy caluroso y se siente uno enteramente penetrado por este calor y como en perfecta armonía con el elemento que le rodea. La mirada nada pierde de su fuerza ni de su claridad; pero el mundo toma, por decirlo así, un tinte rojizo y parece absorbido en esta hoguera. He aquí en que sentido se ha podido hablar de la fiebre del cañón"— Goethe: *Memorias*.

continuo crearse y rehacerse. Pondriase de grave actualismo la discusión del astrólogo y el arquitecto, mantenida en una de las escenas de su poema innumerable. Y al final, la ascendente oración se afirmaría como un símbolo: "El cenit oji-val eleva el espíritu".

Así la descompuesta progresión de la Muerte ha de reinar, con avance certero, en el cuerpo quieto y como modelado del Goethe que no se desespera. Luz. Y, acaso, como en un grabado de Durero, el Diablo fijo y sin su parábola de fuego; Fausto sapiente de sencillez y valor; la Samaritana dueña del agua aternal; transfigurada la Egipciaca y el poeta, vuelto a la pureza del comienzo, descubriendo el cielo de la balada en los maravillados ojos de Isabel Textor...

Quito, Marzo de 1932.

POEMAS

GONZALO ESCUDERO

PARA NADA

Para nada.
La sombra ha perseguido a la sombra,
en esta casa deshabitada.
¿Qué?
Estos espejos cómplices
de los racimos de desundez en el lecho,
hoy tiemblan como espadas de diamante.
Este reloj sonámbulo
que midió la centella de las caricias
y el pleamar de los vientres,
es una araña de doce patas de ónix.
Para nada.
Este sillón del sueño de oro
que sollozó con sus resortes musicales,
oyendo el violoncelo de tus caderas,
se encabrita
sobre sus cuatro cascos de madera.
Para nada.
¿Quién sabe si esta casa es un barco borracho,
donde los muertos son grumetes?
Soy el ahorcado, sí, soy el ahorcado
en el palo mayor.
¿Capitán! ¿Capitán!
El único océano está en nosotros.
Para nada.

NACI GALEOTE

Nací galeote
para la tempestad mía en mi océano.

Sin mas remos que mis brazos
y mas grillete que tu recuerdo.

Arcoiris con golondrinas viajeras,
cuerda de oro para que salte
el corazón malandrín.
Granuja, al fin . . .

Este mar es mi mar.
Cerveza gris que sacia toda sed de infinito.
Un boj de estaño líquido para los náufragos
en el bar de pizarra de los acantilados.

Yo sé disparar a los peces sonámbulos,
como torpedos flechados
a que muerdan el casco de ébano de los barcos.

Son los luceros mis monedas blancas
y mis luses, los meteoros.

Galeote sin galera.
Yo perdí mi galera,
que era tu cuerpo de álamo en el viento.

Paris, Febrero de 1932.

POEMAS

ANTONIO MONTALVO

(De "Camino")

VIGILIA ARMONIOSA

Cae en el jardín sensual del ritmo
la escarcha de la nieve del silencio
y de las frondas de la noche brotan
perfumadas anémonas de sombra.

Y pasa por mi cielo subconsciente
el lírico meteoro de un recuerdo:
luz rembrandesca de un amor gozado
que a hundirse va en el éter del olvido.

Sereno está mi espíritu en su vuelo.
Y los locos centauros del instinto
dormidos están ya dentro mis venas.

En mi insomne vigilia luisleonina
una abeja cordial de luz de luna
zumba sus alas blancas de armonía.

YO, PIRATA

Espiga de luz de oro, niña zarca
de las dulces miradas pensativas
por donde va, blanca de velas vivas,
de un ensueño de amor la linda barca.

El cisne de un suspiro, triste, enarca
su vuelo, de nostalgias sensitivas,
al hontanar azul, de aguas estivas,
que platean las lunas de Petrarca.

Si el buzo de tus mares litorales
te halló en tu gruta, perla añil, dormida
entre rosas de nácar y oros fríos,

yo, pirata, en mi nave envejecida
voy a robar tus gracias celestiales
para llenar de amor los mares míos.

ADIOS, EN EL ALBA

Ya la nave del alba, malva y oro,
al mar del horizonte, mar marino,
sus velas entregaba, entre el divino
y agreste matinal, sonoro coro.
Rocío sensitivo fué su lloro
en mi flor de dolor, ya cristalino,
que dió una gracia pía al porte fino
y un virginal sufrir al rostro moro.

Volaban las neblinas por la huerta,
cuando, húmeda de besos y de llanto,
quedóse, ya por siempre abandonada.

Yo la miré, de mi vitral maganto,
al lado de las rosas, desmayada,
como una linda rosa abierta, muerta.

DEFINICION DE LA PALABRA "VANGUARDIA"

HUMBERTO MATA

Inmensamente ridícula es la discusión que se ha formado al rededor de la **significación** de la palabra **vanguardia** y todos sus derivados; diversas opiniones salen a la contienda con aparatosos ademanes polémicos, la mayor parte de ellas vacías de todo contenido fundamental.

Seguramente, la confusión tiene origen en que se averigua la **significaión** y no el **sentido** y **valor** propios de esta palabra.

*
* *

Siempre se ha dado este espectáculo: la palabra desvitalizada y luego lanzada sobre las almas como instrumento de tortura.

Pero cabe reafirmar que esa miopía intelectual que hace preocuparse de la palabra como **signo** solamente, sin fijarse en que ella es **símbolo** de una realidad determinada, es el punto de partida de la confusión mil veces lamentable.

A las palabras hay que apreciarlas como formas de aprehensión de un determinado aspecto de la vida y no como esquemas fríos e inmóviles: la palabra como signo es muerta; la palabra como símbolo y como función es plena de dinamismo creador.



Los diccionarios, las academias, los títulos y demás piezas honoríficas, son entre otras cosas un patíbulo de las palabras.

Cada uno con su horizonte mental, con su manera de ver la realidad ceñida a una perspectiva estrecha o amplia, superficial o profunda, estrangulan la médula de las palabras: el aspecto de realidad palpitante que ellas abrigan.

Así por ejemplo, imparcialmente meditamos en las opiniones que en enconada lucha se debaten acerca de las palabras cultura, civilización, alma, espíritu, ciencia, filosofía, educación, moral, política, sociedad, etc., y lo que nos causa es verdaderamente pena e indignación de la escandalosa incompreensión general.

Me propongo aclarar, en lo más posible, el valor vital de la palabra "vanguardia" que, a pesar de haber sido empleada desde inconmensurable tiempo, nunca, como ahora, ha atravesado por una etapa verdaderamente álgida. Y es porque, permaneciendo su forma puramente extrínseca, fonética, ha cambiado su sentido de acuerdo con el tiempo.

Como que es ella la expresión de una realidad actual, palpitante y fresca, merece la atención de todos los que tengan una visión generosa y amable de la vida.

Hacia ellos especialmente me dirijo para invitarlos a una labor honda, de provechosa trascendencia, encaminada a realizar una recia defensa de esa palabra que reclama nuestro cariño y nuestro amor purísimos.

Mi intención no es la de **explicar**, en última instancia, el alcance de la palabra "vanguardia", adoptando para ello una posición de alta dialéctica; no, simplemente me propongo realizar una íntima y alegremente sincera confidencia.

La palabra, el lenguaje, como objetivación del pensamiento, viene a constituir un modo, un procedimiento, una actividad, por la cual el **ser** integralmente se expresa, se dá; la palabra tiene por eso un valor eminentemente **social**, aparte de su valor psicológico, gramatical, etcétera.

Por esa razón es que su presencia ante las almas es enérgica, terminante.

Por una parte, la palabra, según el sentido, el contenido real, el valor que ella evoca como signo, tiene una función especial en el devenir social; y, por otra parte, según esa misma función o misión que le toca desempeñar, es comprendida con amplitud y honradez, o es tergiversada, o es combatida y rechazada, o pasa desapercibida, si llega a almas (individuales o colectivas) de tal o cual ámbito social.

Claramente se verá que el efecto trágico que algunas palabras causan a ciertas conciencias es por la condición social o modo de ser social de las mismas.

(Cuántas veces hemos oído decir, por ejemplo: **Tal persona es de una inmensa y exquisita cultura**, y se trata sencillamente de un imbécil, de paso peligroso para el vivir social, pero que sabe vestir un elegante e impecable frac y hace reverencias a todo el mundo, aun cuando no sepa ni siquiera pronunciar bien su nombre. Esto se justifica porque quienes así piensan, creen, sinceramente, que **cultura** consiste en una rigurosa etiqueta y un meloso y chillón ceremonial. No importa ser un imbécil, o un perverso, o un parásito social, etcétera. Pero es que no están en disposición de comprender que **cultura** es el perfeccionamiento creciente e integral de la vida, de la vida en todos sus aspectos. Y si a ellos llega esta afirmación protestan violenta y desafortunadamente).

*

* *

Bien, veamos qué pasa con la palabra **vanguardia** que tanta importancia tiene como la palabra **cultura**.

En otros tiempos ella simbolizaba entidad humana que va **adelante** en una empresa cualquiera; muy especialmente se la empleaba para indicar la primera agrupación de soldados que dadas sus cualidades de mayor ferocidad y más agudo instinto sanguinario (antropofágico) va al frente de un ejército a destruir tal o cual sector de la humanidad, incluso todas las conquistas culturales que en él se hubieren alcanzado; venía a ser, pues, la agrupación humana que más ciegamente había asimilado las normas impuestas por una disciplina de hierro, encaminada a la más cruel y desgraciada obra: la guerra.

Actualmente la palabra **vanguardia** también se hace acree-

dora a diversas valoraciones. Así, por ejemplo, unos limitan su radio de significación al **arte**; los que así opinan, afirman que "vanguardista" es aquel que va "adelante" en el arte (pintura, literatura, escultura, música, etc.); los partidarios de ese vanguardismo, creen que el sentimiento vanguardista consiste en no aceptar nada de las creaciones del pasado —por desconocimiento—, y luego emplear una forma y una técnica expresionales enteramente subjetivas, individualistas, desvinculadas de la vida, y cuya comprensión sea patrimonio de su autor exclusivamente.—Esta es una opinión **positiva**.

Una opinión **negativa** de lo que es vanguardia o vanguardismo: Vanguardismo es en el concepto de muchos hombres viejos, de esos que erróneamente se llaman de "experiencia", como si la experiencia fuera obra de la degeneración y la decrepitud, cuando precisamente élla es sólo patrimonio de espíritu en plena formación, es, dicen un vicio de la **juventud** actual, consistente en la ninguna respetuosidad para el pasado y además en cierta negligencia para afrontar los problemas serios de la vida, concretándose sólo a un malabarismo irritante que se lo debe castigar; el remedio consiste en hacerles leer autores clásicos, en hacerles visitar los templos, en darles buenos consejos, etcétera. (Por lo regular los adversarios también creen que vanguardia sólo hay en arte).

Peró ambas opiniones anteriores son parciales y por tanto erróneas. Lo interesante de la penúltima es que ésa es la norma que orienta el criterio de algunos muchachos bastante incultos que no teniendo otra cosa a que dedicar sus energías han creído que el oficio más productivo es en cierto sentido hacer versos, pintar cuadros, etc., pero lo más "originales" posible, aun cuando no tengan ningún valor cultural. Estos falsos vanguardistas (que en la actualidad están representados por verdaderas caricaturas de lo que fueron esos movimientos intelectuales de transición, que nacieron, crecieron y murieron, en el período de post-guerra, y cuya misión fué dar la voz de alarma, realizar una labor de agitación en pro de una campaña al pasado, aun cuando ellos estuvieron desposeídos de toda **vitalidad**; esos movimientos que se llamaron cubismo, ultraísmo, dadaísmo, etcétera) son los que inconcientemente e inocentemente desacreditan el robusto valor que para la cultura encierra el vanguardismo genuino (actual).

Lo más irritante, lo más torpe, es el gesto de burla y de frivolidad irónica que no sólo ante el término vanguardia, sino, para con la tendencia espiritual que él evoca, tienen cierta abundante categoría de individuos, casi todos ellos pertenecientes a la denominada "clase media" en donde se aglomeran en amorfa porción una pléyade de parásitos sociales, (ciertos empleados de oficina, educacionistas, estudiantes, etcétera), que se caracterizan por no tener una capacidad de penetración de la vida y sus problemas, que carecen de una disposición espiritual específica para poder interpretar y criticar los problemas de la cultura, y que, como una manera de reaccionar frente a cualquier hecho o asunto, por ejemplo, contra el espíritu de vanguardia, presentan una actitud de verdaderos payasos: muy conocido es el gesto burlón ante lo que significa socialismo, vanguardia, perfeccionamiento cultural, etcétera. Así, por ejemplo, al referirse a "vanguardia" o a alguna cosa que se relacione con aquello, siempre envuelven su manera de opinar en una expresión verdaderamente prostituida. "Fulano camina a lo vanguardista"; "Zutano se ha mandado a confeccionar un traje a lo vanguardia"; "Voy a comprar una cajetilla de cigarrillos vanguardistas", etcétera; ésas y otras más son las expresiones que a diario se oyen de estos sujetos, que irritan y a la vez causan pena, porque no es que lo hacen con una mala intención, pues, precisamente no son capaces de tener intenciones; más bien, esas expresiones tan descabelladas tienen un valor sintomático: revelan la impotencia para penetrar en el hecho mismo, su ninguna preocupación para mirar con seria reflexión los diversos aspectos de la vida y la cultura; y, desgraciadamente, su personalidad no la enfrentan enérgicamente como los viejos retrógrados, que, si bien hacen oposición a todo indicio de renovación, lo hacen con conciencia y con sinceridad; los otros, indiferentes o superficiales, no presentan ningún frente.

Pero la palabra "vanguardia" en su aceptación verdadera tiene un sentido muy diferente de los que ya se han expuesto: ella es símbolo de una realidad enteramente nueva en la historia de la humanidad, pues expresa una actitud de la juventud que lucha por el afianzamiento de una nueva cultura humana, de amplitud universal y de vigorosa estructura, cuya vida se oriente por un sendero de justicia cristalizada en el amor,

la belleza y la verdad más puros, y cuyos fundamentos sean el más fuerte sentimiento de solidaridad y el más profundo y claro sentido de la cooperación.

*
* *

El sentimiento de la vida, centro de origen, punto inicial de distribución de la energía humana, ha cambiado de posición y de actitud.

Y es inevitable que la generación de los nuevos hombres sea consecuente con la situación en que se halla colocada. Debe hacerse responsable de su sentido y ulteriores direcciones.

Lejanamente, en un pasado del cual nos separa considerable distancia ya, el hombre frente a la vida, se le mostraba indiferente, a lo más, padecía la tragedia de la vida, que se desenvolvía por sí sola.

Pero el hombre que hasta ayer figuró, y blandió su silueta egregia y trepidante, y que aún trata de subsistir, quiso ser, con profunda diferencia substancial del hombre de la remota antigüedad, un imperante cruel, un irrisistible dominador de la vida.

Dos actitudes fracasadas, pero dos actitudes perniciosas, que corresponden a dos ciclos culturales de injusta existencia. Con todas sus creaciones artísticas, científicas, morales, políticas, económicas, etc., no han significado sino la tolerancia pasiva de los unos, y la intolerancia ciega y brutal de los otros.

El **Yo**, que no podía menos que subrir y padecer, aceptar, las variantes de la vida; y el **Yo** que quería imponerse ante la vida, torcerla y dominarla a su antojo.

A cada uno de estos ciclos de la historia corresponde una especial clase de esclavitud al primero, la esclavitud de los que tuvieron de la vida la sensación de lo irreparable; al segundo, una esclavitud resultante de aquel desequilibrio trágico que se habría de producir cuando los más fuertes **impusieran** su individualidad, y los débiles les reforzaran su poderío con su ninguna reacción y con su total amoldamiento.

A este segundo ciclo corresponde la llamada cultura **occidental**, cultura fáustica (cultura, tomada en el sentido de cristalización de carácter colectivo —social— de la cultura en ge-

neral), cultura europea, correspondiendo al primer ciclo, la específicamente nombrada "antigua", aparte de las culturas "pre-antiguas" de alcances y valores propios (Egipto, China, India, etcétera).

Europa, individuo macrocósmico central, educa a toda una humanidad en la escuela de un horroroso individualismo. Para eso se constituye una ciencia, un arte, una política, una moral, una religión, una técnica, una educación, un derecho, etc., que van sembrando por todas partes la conciencia de una jerarquía monstruosa y asfixiante, cuya esencia impregna la atmósfera de todas sus colonias, América, Asia, Africa y Oceanía, que respiran un tóxico agente del más rudo servilismo (Estados Unidos está situado en el Continente Europeo) base de sustentación del imperialismo triunfal.

*
* *

Repetimos: esto que aquí se dice, no quiere ser una explicación ni filosófica ni científica; es apenas un miraje del panorama histórico que resaltantemente, presenta el espectáculo de opresores y oprimidos, llevando a la sobresaturación.

*
* *

Antes, la razón fuera de la vida; después, la razón contra la vida.

*
* *

Felizmente, la tal cultura occidental, ha pasado ya de su estadio de cultura propiamente dicha y, más bien, se encuentra ya en los postreros momentos de **civilización**, es decir, de fuerza intensa pero improductiva. Sólo se concreta a difundir e imponer lo imperfeccionable, lo acabable, lo que, por la misma causa, va a morir. Pero también es cierto que este período, distinto del de cultura (asimilación, aprovisionamiento) este período de civilización es de expansión tiránica; lo único que

si contenta es que vendrá la inevitable consecuencia: un relajamiento, un aflojamiento de sus resortes vitales.

*
* *

La característica individualista y opresora de las creaciones de la cultura occidental están manifiestas: en sí constituyen un problema de justicia (en el más amplio sentido de la palabra).

Los opresores, han hecho la construcción de sus instrumentos de acción en forma adecuada a sus individuales intereses de clase.

Por cualquier lado que se mire, se encuentra que las formas de cultura y de vida que ellos han impuesto, reflejan su naturaleza primordial; tanto en su valor como en su aplicación.

La **religión**, con su idea de Dios, **dueño y señor único** del Universo; y la práctica y enseñanza de la religión, como medio de obscurecimiento y plasticidad servil de las conciencias.

La **moral**, como conjunto de normas **impuestas**, para conformar a su antojo las acciones humanas, con la destrucción de todo indicio de voluntad libre.

La **política**, como el encubramiento de una clase social determinada, para el manejo hostil y despiadado de las demás; con el empleo de un ridículo sufragio y de una representación **numérica**, que ni es sufragio ni es representación; con la implantación de un depósito principio de **autoridad**; con el distanciamiento definitivo de "gobernantes" y "gobernados".

El **derecho**, representado por una **ley**, que nunca puede ser expresión y medio de justicia, ya que, ese derecho es de **unos contra otros**, así dentro de cada pueblo, como también entre pueblos; porque ¿qué significan los postulados del vigente derecho internacional?; todos responden a la misma tendencia: el imperialismo de los estados fuertes (equilibrio político), es decir, la expansión del poderío y afán de opresión que la clase dominante en un estado coordina con las dominantes en otros por medio de sus respectivos Gobiernos que les sirven de agentes.

En materia **educacional**, no es sino la preparación deliberada que se hace de las almas apenas nacen a la vida, para conducir las hacia la servidumbre a unas, hacia la opresión a otras.

En lo **económico**, la explotación del hombre por el hombre, llevada a su máxima intensidad.

Y así todo, desde cualquier punto de vista que se le aprecie.

*
* *

Pero ante esta desgracia social, se levanta en todo el mundo una nueva generación de hombres; el descontento e insatisfacción de lo actual, y la esperanza de un futuro mejor, han prendido la hoguera que ilumina millones de almas.

Es la generación revolucionaria.

Los "oprimidos", los que sufren el dolor que roe y mata sus entrañas, se han compactado en un solo ser.

Los que se dan cuenta y alcanzan a valorizar la tragedia humana del presente, se vinculan fuertemente para la reivindicación total.

Si antes se crearon culturas que tenían asiento en determinado sector del planeta humano, su misión fué hostil para con el resto de la humanidad, ahora, por primera vez en la historia, se afirman ya las bases de una **cultura universal**.

Pero es porque aquel centro de origen de la energía humana, que antes fué el yo individualista, indiferente ante la vida, y después, cruel para con la vida, es ahora la colectividad, como un todo viviente, funcional, que lucha **en nombre de la vida**.

Es que la trasmutación del **Yo** en nosotros, no podrá menos que crear una **cultura universal en nombre de la vida universal**.

¿Qué papel le corresponde a América, en esta fecunda época humana?

A América le cabe la suerte de contribuir, para la formación de la nueva cultura, a diferencia de otras épocas, en que los pueblos no hacían sino luchar entre sí, a pretexto de diferencias de raza, de tradición, de cultura, etcétera.

Y en verdad, en toda América está surgiendo un grupo de claros y robustos espíritus, que cada vez más se agranda, para aportar así su contingente a la obra de redención humana.

Por encima del vergonzoso y tonto sentimiento patriotero, los hombres nuevos, de todos los puntos cardinales, se abrazan en un fuerte vínculo de confianza, y del propio dolor común arrancan un impulso de trascendente e incontenible alcance reivindicador.

En resumen: oprimidos y opresores, se definen así: proletarios y burgueses.

El mero aspecto económico, menos aún el valor dinero, no es lo único que distingue así a los hombres; **burgés**, es aquel que se conforma con el presente y trata de perpetuarlo en cualquier forma; **proletario**, es aquel que sabiendo de la injusticia del presente, sea porque la sufre en la forma que la sufre, lucha por llevar la humanidad hacia otra vida mejor.

Al rededor de la cuestión social gira todo el presente: **retrógrados y revolucionarios**.

Se siente ya el crujir de la insatisfacción y la rebeldía creadoras.

Todos unánimemente debemos marchar hacia la conquista de esa justicia; borremos la división de trabajadores manuales e intelectuales; llamémosnos proletarios del mundo, y en nombre de este sagrado título luchemos contra los opresores.

En definitiva, este nuevo espíritu, que informa y orienta a la juventud de hoy, no se concreta en fórmulas rígidas; está en marcha, en continuo **producirse**; no es todavía un **producto**. Este espíritu en estado naciente, en perpetua forjación, que va hacia la redención de la humanidad, que está infiltrado de un carácter de integralidad y cooperación, es lo que se llama espíritu de vanguardia. Por ahora son pocas sus obras, pero está presente en todos los aspectos de la cultura y de la vida nuevas; así, claramente se lo puede vislumbrar en la rebeldía de juventudes que naciendo aún dentro de ambientes retrógrados imprimen un impulso renovador al vivir social: revolución, violenta lucha por el perfeccionamiento y reivindicación universal de la humanidad, es lo que se llama vanguardia. Las manifestaciones de este espíritu se pueden observar en las creaciones de la nueva ciencia, del nuevo arte, de la nueva moral, de la nueva política, enteramente **humanos**, que representan un triunfo ante la **deshumanización** de la ciencia, arte, política, etcétera, del pasado, y específicamente de todos los movimientos

de transición y de agitación que surgieron en el período denominado de "post-guerra", y que ya concluyeron para no aparecer jamás.



Unificación de la juventud actual, en pro de la reivindicación humana, para ascender a un plano de justicia universal, en el cual se asiente las bases de una nueva cultura integral; he allí el sentido y el valor de la palabra vanguardia.

Para lograr su ideal esta juventud emplea todas sus energías revolucionarias en el arte, en la ciencia, en la filosofía, en la metafísica, en la técnica, etc., haciendo que cada vez más estos aspectos de la cultura respondan a la función social que les corresponde en la vida.

Vanguardia es sinónimo de alma robusta plena de anhelos por un porvenir de felicidad y de justicia humanas, creciente y universal.

Quayaquil, Ecuador.

POEMAS

NICANOR A. DE LA FUENTE

El señor don R. Martínez de la Torre, Director de Frente — valioso exponente del pensamiento americano — nos escribe y nos presenta al poeta Nicanor A. de la Fuente, quien, en breve, dará a la estampa un libro prologado por Antenor Orrego, que hoy sufre, con otros trabajadores de la idea, las violencias selváticas del gobierno espúreo sánchez-cerrista. Los poetas y escritores peruanos también tienen en América la morada del hermano cordial.

LA COSTURERA

con lágrimas aceitó su máquina
y le dio aliento al manubrio
donde también giraba la noche.

hacia plizados de sombra
y muchas veces la pobre costurera
cosió la seda verde de sus miradas

el hilo de sus horas se acababa
como las ilusiones
del carretel del corazón.

el pedal de miseria se impulsaba solo
y corría velocidades infinitas
la gastada bobina de su silencio

su risa apenas puso un vivo delgadito
en la fiesta de un traje

su aliento lucía los remiendos de la fatiga

el vacío se llenaba de retazos de tos

sus palabras deshiladas por los dedos del viento
muchas veces fueron
el adorno de un vestido ajeno

y la acerada aguja de la tisis
con un respunte fino en color vivo
cosió el último suspiro de la costurera

antes había cantado el sol en los tejados!

POEMA

y en todos mis silencios íntimos
cae el paracaídas de la interrogación

un charco de duda
pone su ojera líquida de plata
sobre el cristal rodante de esta realidad

sus vahos tibios
llenan copas de sombra
dentro las islas góticas
de la voz.

para nosotros no hay nada
ni la misma razón que es nuestra siempre

ya sabemos que no debía ser así
ni el dolor ni las culpas
pero se arrastran silencios tan inauditos

aquí estamos con el alma
iluminando sarcasmos bajo las estrellas
llameantes de las caricias
mientras que una ilusión de celuloide
pinta el apuro chillón de su fastidio
a media luz

ya ves?
y todos los días traigo mi cariño
para que en la pista nocturna de tus besos
corran románticos vehículos de orfandad.

Chiclayo, Perú.

UN ESQUEMA DE LA HISTORIA ECUATORIANA

ABEL ROMEO CASTILLO

HISTORIA DE LA REPUBLICA,
por Oscar Efrén Reyes.— Imprenta
Nacional. Quito.

Es un simple esquema, preciso, conciso y esquelético, cuya perfecta vertebración puede comprobarse en el índice.

El autor se ha sobresaturado del tema hasta lograr dominarlo. Lo suficiente para no tratar, al trasladarlo al papel, más que lo más importante: lo trascendental, lo que influye máximamente en la vida republicana de nuestro país.

No parece ser este libro —por la manera en que está concebido y escrito— la primera historia de la República. (Tan necesaria, tan deseada por nacionales y extranjeros desde hace mucho tiempo.) Todo lo contrario. Parece un resumen, una síntesis de una gran colección de historias.

El estilo es como la obra misma: sintético, preciso, definido. No hay preámbulos demasiado explicativos. No hay indicación de fuentes documentales y bibliográficas en esa cantidad abrumadora y con esa precisión, a veces fatigosa, de volúmenes, capítulos, páginas y líneas de que hacen alarde otros historiadores que quieren agotar el asunto y exprimir la referencia.

El autor da su opinión sincera sobre los asuntos que narra. Es un personaje más de su historia. Por su boca ha-

bla la juventud ecuatoriana de hoy que va y ve más allá de todos los liberalismos y conservadorismos de antaño. No es el "cicerone" que nos lleva simplemente de la mano para hacernos conocer los hechos, sino el buen amigo que nos dá su opinión y nos trata de orientar sobre ellos con la mayor honradez. Puede equivocarse algunas veces. Pero procede siempre sin malicia, sin partidarismo alguno, con la mayor sinceridad posible.

No sólo trata el autor de la historia externa, sino también de la interna—la que podríamos llamar impalpable pero no invisible o inefable— para escribir la cual es necesario abandonar la anécdota, los nombres y las fechas y sacar conclusiones de hechos, modalidades, actitudes e inquietudes de generaciones, épocas y periodos enteros y diferentes unos de otros. Esto que resulta ser lo más difícil de la histografía viene a ser lo más fácil para el autor, que casi no hace otra cosa durante todo el transcurso de su obra. Como que su Historia es "pura" historia interna.

La presentación del libro es bastante buena para ser nacional. Hemos visto un ejemplar encuadernado y otro en rústica y ambos honran a los talleres ecuatorianos en que se han impreso y terminado. El papel es fuerte y de buena calidad. La impresión del texto, perfecta. Las láminas impresas en papel de dos caras (satinado a una sola), están bien seleccionadas y son abundantes. Su impresión, en cambio, y la calidad del grabado deja bastante que desear. (Por cierto que echamos de menos un índice de láminas o cuando menos una pauta de colocación.)

Para terminar: Oscar Efrén Reyes se nos revela en este libro como un gran historiador al estilo de hoy, como un magnífico ensayista y un perfecto constructor de cuadros sinópticos.

Recomendamos a los poderes públicos se preocupen porque este buen libro llegue a las bibliotecas más importantes del mundo.

Madrid

NOTAS EDITORIALES

Con este número cerramos el VII volúmen de **América** y en antecedente recuerdo queremos hacer memoria del séptimo aniversario de nuestra Revista. Fundada en agosto de 1925, ha cumplido entusiastamente con sus deseos y a la presente puede declararse satisfecha de las valiosas amistades con que cuenta en el Continente y de la simpatía que promueve en cada nuevo paso. Valga la oportunidad para que los Directores de **América** y los miembros de este **Grupo** manifiesten su reconocimiento para lectores y amigos y sus especiales gracias para el Ministerio de Educación, que nunca se ha negado a prestarnos su decidido apoyo.

* *

En este año se celebró el centenario del nacimiento de Numa Pompilio Llona. Queremos dejar nota de la admiración que sentimos para el gran poeta guayaquileño y del interés con el cual nos proponemos hacer, para uno de los números sucesivos un extracto de su producción lírica en homenaje a los valores del autor de **La Odisea del Alma**, esa epopeya interior, de los viajes espirituales que tanto sirvió para difundir el nombre y la fama de Llona. Nuestro compatriota vivió, por muchos años, en la capital del Perú y fué a la tierra de los virreyes, como en una continuación de cierta costumbre tradicional de poetas y literatos ecuatorianos que vivieron en la ciudad colonial. Allí editó sus libros y fué tan intensa la obra poética realizada por Llona en Lima que aún hay muchos que le hacen figurar en las antologías peruanas.

* *

En marzo del presente año el mundo de la cultura solemnizó el primer centenario del fallecimiento del gran poeta alemán Juan Wolfgang Goethe. Millares de estudios se han publicado en todas las naciones y en el Ecuador, la Universidad y la prensa han contribuido con notable aporte a tal celebración, aclarando el conocimiento de la obra del poeta. Señalamos la conferencia de D. Isaac J. Barrera, profesor de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras y nuestro compañero del **Grupo América**, que corre inserta en los Anales de la Universidad Central. Consecuentes con nuestro afán de seguir el ritmo de la cultura universal, damos a conocer en este número un estudio acerca de Goethe de uno de los directores de la Revista, Augusto Arias.

* *

Hemos nombrado para miembros correspondientes del **Grupo América** y representantes nuestros a Jorge Carrera Andrade, con sede en Barcelona; a Luis F. Torres, en Suiza. El conocimiento que se tiene de la labor literaria de estos escritores nos releva de todo comentario que no sea el de expresar el contento de saberlos al lado de nosotros.

* *

Quedamos satisfechos del éxito obtenido por el número especial de la revista dedicado al primer centenario del nacimiento de Don Juan Montalvo, con estudios especiales e inéditos de redactores y amigos de **América**.

El Grupo envió sus representantes para la conmemoración montalvina en Ambato a la señora doña Hipatia Cárdenas de Bustamante y a los señores Alfredo Martínez y Antonio Montalvo.

Para el primer centenario del nacimiento de Juan León Mera —28 de junio— designó al señor don César E. Arroyo.

* *

La Sociedad Jurídico Literaria ha entrado en un nuevo período de actividades, ya sea con las ediciones de su Revista, como conferencias, conversaciones semanales, acerca de temas de arte y de literatura, recitación de poesías, etc. Aparte de los socios, concurren al Salón de la Jurídico Literaria damas y señoritas de la sociedad quiteña y elementos de los diversos círculos artísticos de la capital.

* *

Nuestro estimado amigo y compañero César E. Arroyo, nombrado por el Gobierno Cónsul General del Ecuador en el Perú, llevó para los escritores peruanos la expresión de los sentimientos fraternos del **Grupo América**.

* *

Por ausencia de César E. Arroyo ha entrado a formar parte de la Dirección de esta Revista el poeta Antonio Montalvo, quien, con Alfredo Martínez, fue uno de sus fundadores.

EL CORREO DE ULTRAMAR

HUGO MONCAYO

IMAGEN — Poemas — por Fernando Diez de Medina.— Edt. América. La Paz.

"Y este dolor
que todos los minutos madura
tiene un sabor
de fruta
que no se diera nunca".

Así, inconforme y levemente resignado, el poeta va por el "valle de lágrimas" en donde una mujer supo hacer eterno el camino. Una mujer: La síntesis trivial y sagrada del mundo. Una mujer.

Esta constancia en el recuerdo ha creado e inspira el libro, como ninguno de sus otros, limpio y fértil. Sin aparato tropical, ni selva virgen ni torrente impetuoso. Sedeño y cansino como la siesta en el verano de las vicuñas amadas por viejos aimaraes, en los declives de las cordilleras de plata, cuando el cielo se aleja sensiblemente en un azul palpable y es muy grato entornar los ojos y abrir los brazos al espacio que los ahoga.

Es en un tono menor de convencimiento como se dicen las

grandes cosas: "la seda más fina de su verso" interpreta esa tenue urdimbre de futuro que vive del recuerdo, del recuerdo,

"temblor de luna
y suavidad de ola..."

Teníamos deseo de leer nuevamente un libro de Diez de Medina. Como se acostumbre decir familiarmente, prometía. Y comienza ahora a pagar su promesa. Se despoja de influencias demasiado ostensibles hasta hacia poco, se personalisa, se vuelve leal consigo mismo.

Apenas si en este libro, "Estudio en blanco y rojo" y "Ansiedad", muestran la mano de Darío o del formidable y altísimo Neruda. En el organismo fundamental de su **Imagen** mana constante su propia vena, su dolor, su esperanza, su inquietud. Podríamos decir que perdiendo las escamas que involuntariamente recubren al que versificó un día, se ofrece ya el poeta formado, dominador de su estro, aeda en fin. ¿Es ya su ruta definitiva? Aún no, seguramente. Ella llegará pronto o muy tarde, que es camino de perfección el que lleva este poeta que sabe domar la impulsiva sierpe de su lirismo y al recubrirla, crea obra bella.

El arte es un velo. La paradoja de Wilde como un aforismo sin réplica, se presenta actual. La desnudez estética no es sino el juego de los contrastes sabiamente organizado. Aparacer simple es lo más difícil. Lo que yo llamaría, domesticar la pasión, para entregarse a ella luego de vencida.

En **Imagen** hay mucho de esto: dolor contenido, diáfana contextura retórica, simplicidad de idilio, luz de remanso de sol a la sombra del haya del recuerdo. Como decía Virgilio: *Sug tegmine fagis...*

GAJO DE CREPUSCULOS—Poesmas— por Vicente Moreno Mora.—
Cuenca 1932.

El título corresponde a la obra. Hay unanimidad de sentimiento en todos los poemas de este cuaderno. Es la misma

tragedia del hombre inconforme con su ambiente y atado a él, sin fuerzas para romperlo, pero con alientos para vislumbrar una vida mejor. Desea el poeta marchar a otros países, vivir otros paisajes. Pero no quisiera que le olvide la primera mujer que le amó en la callejuela estrecha del pueblo nativo. ¿Cómo alimentar tan radical liberación, cultivando en la penumbra de los ensueños, el recuerdo de un solo amor? He aquí que este hombre, fuerte para su queja, está voluntariamente vencido, con un haz de horizontes anudado al cuello.

Por eso, los poemas son idénticos y de insistencia capital en su presentación. Más bien dicho: por eso, el cuaderno es un solo poema, la vía láctea de una misma queja.

SENCILLA CANCION, por José María Luelmo.— Valladolid, España.

Cuando estábamos ya hastiados de tanta literatura safardi y de esos juegos de minúsculas y de anarquía tipográfica con que tratan de disimular su escaso numen o su esbirrismo retórico los poetas de tres al cuatro que en los parnasos tropicales abundan como cotorras irresponsables, nos llega este pequeño libro que, sin marcar el triunfo de un espíritu dilecto, significa por lo menos, el hilo de agua de una canción apasible.

Preferimos este brote espontáneo de corazón que sale a tomar el sol en las azoteas del recuerdo, bien resguardado de corrientes de aire malsano, previsorio del buen tiempo, a esos arranques sin base anímica alguna de literatura vacía, de un dinamismo efectista, que sino deposita su fuerza en las moles broncíneas de los Andes, en los torrentes que no ha cruzado o en los osos polares y máquinas fabulosas que no conoce, no se cree a tono con el mundo.

Porque si la imitación es un factor de sociabilidad, lo es también de impersonalidad. Y esto es precisamente lo que les pasa a nuestros líricos criollos: se impersonalizan por distinguirse.

Naturalmente, en España ocurre mucho de lo mismo. Las provincias son como las nuestras en afanes estéticos y como

no en vano sus hombres hicieron nuestra cultura ancestral, así como las piedras de los muros barrigones de nuestras ciudades, se ha quedado su sensibilidad en nuestros aldeanos, que conquistan la urbe como allá se toman una bota de Rioja. Y el arte, "que es cosa leve" se ve maltratado por Calibán, "que tiene las manos toscas y duras" y deformándose, se presenta contrahecho y turiferario, bravío y lastimero.

Siquiera las canciones de Luelmo tienen la virtud de evocar un paisaje, una situación estable, un culto de arte expresivo y lleno de luz. Las hemos leído con atención y no parecía sino que la mano del padre Machado seguía trazando sus cuadros sorianos, sus guijarros castizos de la vieja tierra de los conquistadores, enteca y bravia, cerrada al paso del agua y de las lágrimas que saben abrir surcos en las más rugosas mejillas y las cuales, a veces, presentan como hongos tiernos,

"tejiditos de esmeralda
para las citas del viento..."

Así, el libro minúsculo persigue "...Esa última fruta de la rama más alta". —¿Rimbaud?— y por ella va a vender su alma en la fuente de piedra de la plaza cercana, cuando la luna sale con sus ochavos de plata a comprar almas tristes para sus lechos de gasa...

**ABANICO, CADUCEO Y OTROS
POEMAS DE ESPERANZA—** por
José Manuel Camacho Padilla.—
Reus.— Tip. Rabassa

"El alma de las cosas está enmascarada; por eso, cuando las cosas lloran, nadie puede enjugar sus lágrimas", dice el lema del libro, que está dedicado "a su corazón, porque es infatigable y porque vivirá eternamente cuando se purifique"... El poeta, en su primer poema, extraña su "guarida de soledad".

Así pues, tres elementos diversos y congruentes informan su obra: el fatalismo ante la desgracia, la esperanza en una purificación cercana, y la rebeldía ante su abandono que le hace

sentir los barrotes de su cárcel como oscuros presentes de la primavera que alza sus limpias enaguas de colores en su feérico fandango.

Este es uno de esos libros que no se pueden medir con las usuales mensuras de la retórica ni pueden apreciarse por la sonoridad y cadencia de los versos: desecha el autor la lima de los preceptos y quiere hacer vivisección de su oculta sensibilidad, con todo lo de material que pudiera representar. Buenos versos en el sentido de profundidad emocional: malos poemas ritualmente tratados.

Nos atrae sobre todo ese empeño de singularización que los pringa inesperadamente, cuando la imagen sugerida cambia de aspecto desconectándose de las premisas ineludibles. Es un golpe de escena variado y luminoso que parte siempre de los postulados anotados.

Se salva el libro por los claro-oscuros que destaca: el fatalista, confía; el desengañado, canta; el vidente, llora.

ARCHIVO DEL GENERAL MIRANDA— Tomos IX y X. Edit. Parra León Hnos.— Caracas.

Continúa el director del Archivo Nacional de Caracas Don Vicente Dávila publicando los célebres papeles de Miranda, el Precursor Americano. Hemos tenido el agrado de recibir los Tomos IX y X y para inteligencia de nuestros lectores y mejor propaganda de la magnífica obra que realiza el historiógrafo venezolano nos vamos a permitir enumerar los documentos que, a nuestro juicio, son los más importantes de los publicados en los tomos que comentamos.

**TOMO IX.— COMUNICACIONES OFICIALES.—
1792 a 1793 (458 PAGINAS)**

Este tomo segundo de los documentos denominados "Revolución Francesa" se indica en la sección **Ordenes del Día** con las del 11 de setiembre de 1792, cuando se realizan los primeros encuentros de Miranda con las fuerzas prusianas, para el desalojamiento de Morthomme, bajo la dirección del General en Jefe Dumouriez. En esa ocasión, sólo el coraje y la elocuen-

cia del General venezolano impidió el que se contagiasen del pánico de Valmy, los 8.500 soldados de su mando, en la desastrosa jornada del 15 del mismo mes y año. En mayo de 1930 se conmemoró esta hazaña como es sabido, con la erección de un monumento en el mismo lugar de la acción heroica y que representa al General Miranda en la característica actitud del conductor de hombres.

En la sección **Asuntos Militares** se reproduce su correspondencia con los Jefes Generales y Oficiales de los ejércitos de Bélgica, del Norte y de las Ardenas y por la que se comprende que a excepción de Dumouriez y Valence, todos los restantes generales de la época estuvieron a órdenes del caraqueño, investido desde el 3 de octubre de 1792 con el título de Lugarteniente General de los dos Generales citados y en noviembre del mismo año, ascendido a General en Jefe del Ejército del Norte, oportunidad en la que recibe homenaje de adhesión de personalidades como el General Omorán y otros veteranos.

TOMO X.— COMUNICACIONES OFICIALES.— SITIO
Y TOMA DE AMBERES.— BOMBARDEO DE
MESTRICHT.— REVISTA DE COMISARIO.—
1792 A 1793 (474 PAGINAS)

Se continúa la sección **Asuntos Militares** con varias notas del Lugarteniente General Beurhonville, Canolle, Marescot y otros. El Capitán de Ingenieros Senermont, comisionado por Miranda para conducir los trofeos conquistados a la ciudadela de Amberes, le participa que el Ministro de Guerra los envió a la Convención Nacional, en donde contemporáneamente a los honores que se otorgaba a Miranda, se sacrificaba tachándole de despilfarrador al mismo Dumouriez.

Es la época del triunfo cívico para el vencedor de Valmy, luego de sus victorias bélicas. El Coronel Verrieres, que ha logrado someter a la indisciplinada Gendarmería de París, le solicita el envío de su trabajo sobre disciplina militar, para que sea lectura obligada de los cuerpos de la guarnición confiada a su mando, en nota de 1º de enero de 1793. Es ya por entonces, el eje céntrico de la administración militar revolucionaria. Otorga con su influencia ascensos a Mariscal de Campo (caso Ferrand), como se entiende con los austriacos para el cange de

prisioneros o accede a la solicitud de varios Jefes que desean servir a sus órdenes antes que bajo otras.

En los documentos de la Serie **Sitio y Toma de Amberes** se consignan todos los documentos pertinentes a esta célebre Jornada, desde el aprovisionamiento de vituallas y pertrechos guerreros hasta la diplomática intervención cerca de los belgas; y siempre leal a su filosofía y a la transparencia que proclama su rectitud actuante, se niega a entregar a los austriacos tres detenidos que ha encontrado en la fortaleza y que son reos políticos ya que eso contraviene a los Derechos del Hombre promulgados y sostenidos por Francia.

En su proclama a los vencedores de Amberes, les dice que los hombres de la tiranía inscritos sobre sus bastiones serán reemplazados por los de la Revolución: Dumuoriez, Petión, Mirabeau, Rousseau y Helvetius. Años más tarde, el suyo también figuraría, para honra de América, en el grandioso monumento que las ideas imperiales levantaron en París en honor de la Revolución.

Miranda es un innovador social. Cuando en Amberes, el 10 de diciembre del mismo año, presenta un memorial ante el Gobernador Marassé el Clero Secular y Regular, con el fin de obtener disminución en el empréstito de guerra que sobre él ha recaído, Miranda expone claramente su juicio: "dejar al clero secular para atender a los oficios de los creyentes y eliminar, por inútiles y peligrosas, todas las congregaciones de frailes y monjas". Es el mismo girondino de siempre, incansable defensor de los postulados revolucionarios del 89 con el ejemplo, la palabra o la espada invicta.

Naturalmente, la rivalidad no se hace esperar y surge poderosa, en mengua de la tranquilidad del caraqueño y mejor relieve de su valía. Constan los documentos de la lucha de autoridades que se disputan el mando del Ejército del Norte y que lleva a La Bourdonnaye a deponer en juicio contra Miranda, en las barras del Tribunal Revolucionario "que le arrebató, en buena lid, los laureles que el francés hubiese cegado en los muros de la Ciudadela".

Como se ve, es de importancia esencial para el mejor estudio, no sólo de esta magnífica personalidad americana que, como Bolívar y Rocafuerte logró influencia en Europa, sino también para una más perfecta documentación de la vida de Fran-

cia en tan agitado periodo de su historia, la obra que está publicando Venezuela.

Con razón, el pensamiento básico de Miranda— soldado ornamenta el frontispicio de su obra: "No las piedras duras, robustos leños, ni artificios muros forman las **ciudades**:— mas donde quiera que hay "hombres" que sepan defenderse por sí mismos, —allí están las fortificaciones, allí las inclitas **ciudades!**"

DON JUAN MONTALVO— por el doctor don Carlos A. Rolando.— Guayaquil.— Imp. Municipal.

Hace poco manifestábamos, a propósito del admirable libro bibliográfico que en Montevideo publicó el doctor Scarone sobre Rodó, que hacia falta un escritor paciente y erudito que reuniese en un volumen los dispersos datos que necesitaría el investigador de mañana cuando trate de componer el libro montalvino fundamental que merece y espera el maestro ambateño. Esos datos de orden biográfico y cronológico, tanto de la vida como publicaciones de don Juan padeció y ha merecido, acaban de publicarse en parte, en laudable celo, por el doctor don Carlos A. Rolando, historiógrafo ecuatoriano de valía, investigador formidable de la literatura ecuatoriana y digno presidente del Centro de Investigaciones Históricas de Guayaquil.

El Centenario del Cosmopolita ha sido fecundo en discursos de exaltada patriotera, en estudios ligeros de críticos improvisados y hasta ha servido de motivo para que pasiones menaguadas encontrasen sacrilegamente asidero a su manifestación con tan solemne festejo. El maestro también en esta vez, habría de poderlo, expulsado a muchos de sus apologistas, del templo en que nació, supo conservarse y descansará: la austeridad de una vida rectilínea consagrada "al bien de sus semejantes", no hubiera podido sufrir impasible tantas invitaciones a la discordia de la familia nacional, disimuladas por un mal entendido espíritu de rebeldía o de independencia.

Afortunadamente, también se dieron a la estampa en esa fecha hermosos ensayos o alentadores comentarios a la variada

obra del benedictino de Ficoa. Junto a éstos, el folleto del doctor Rolando tendrá su puesto de honor. Que es bastante el divulgar noticias en mengua de la fatuidad de los académicos a la violeta que creen inventarlas, y beneficio del público lector que nunca se ha engañado sobre sus auténticos valores, que como el que ahora nos ocupa, saben otorgar el bien de sus conocimientos con la sencillez propia de una profunda sinceridad.

Para terminar este breve comentario, nos permitirá el autor que por él, añadamos una fe de erratas a su trabajo. Indudablemente, por error muy explicable, constan algunas faltas de ortografía en la leyenda de la placa que la colonia colocó en la casa que en París habitó Montalvo: errores que nos parece increíble hubieran podido deslizarse a quienes dirigieron ese homenaje, conocedores como se sabe son de ambos idiomas.

| Dice | Debe decir |
|----------|--------------------------------------|
| ne | né |
| Pensuer | Penseur |
| Maitre | Maintre (con circunplejo en la i) |
| Choissit | Choisit |
| days | pays |

Desde luego en la edición oficial que el Grupo **Amigos de Montalvo** hizo de este homenaje en 1926, también constaron dos de las anteriores faltas, lo que nos ha hecho dudar si no figurarán también en la placa de la **Rue** de Cardinet.

El último párrafo de este cuaderno, por estar suscrito por un Académico de la talla de Rolando merece alguna detención. "Las cumbres más excelsas del Ecuador, en el Siglo XIX son: Olmedo, Rocafuerte y Juan Montalvo", dice. De acuerdo podemos declaramos, según el significado respectivo que sepa darse a esa afirmación. ¿En literatura, así lo cree el señor Rolando? Ciertamente que el cantor de Junín y mejor todavía, el de Miñarica, tiene la egida de las letras ecuatorianas. Ciertamente que Montalvo supo arrancar al idioma sonoridades extraordinarias y como estilista es una auténtica gloria americana. Ciertamente que Rocafuerte, en sus panfletos, al-

canzó una virulencia, en nuestro modesto concepto, mayor que la montalvina en iguales asuntos. Pero si sólo literariamente ha querido clasificarlos el doctor Rolando, este último podría ceder el sitio a otros valores de más ponderada obra.

Si ha querido abarcar el aspecto político, de pureza cívica, con perdón podríamos decirle que el dulce Olmedo cede ante el Viejo Chiguagua, patriarca de puritanismo y desinterés y fundador del partido que el 95 impuso su ideología, casi sin variación alguna desde 1832.

Esta digresión no va en nuestro sentir, sino a probar al culto Director del Centro de Investigaciones de Guayaquil que su opinión, como la de nuestros hombres serios, merece siempre el comentario de los lectores a quienes interesan estas cosas de nuestra historia.

PLUMA DE FUEGO — por don Juan Montalvo.— Edición en homenaje al Centenario de Montalvo.— La Paz. Edit. "América".

Ofrecida a los intelectuales y obreros bolivianos, esta **Pluma de Fuego**, por milagro del patriotismo silencioso de un ecuatoriano residente en La Paz, ha escrito, con motivo de su centenario, su enseñanza admirable también en el país hermano.

Hay que aplaudir principalmente la filantropía de este ignorado mecenas de las letras, que con ambición purísima de solitario encanto, ha contribuido prácticamente a la divulgación de la obra del excelente prosador.

Con verdadero conocimiento de toda su obra literaria, se han escogido el mejor ensayo de los Siete Tratados el de Los Héroes de la Emancipación Americana; la hermosa descripción de Córdova y su mezquita; el viaje por México; uno de los capítulos de los que se le olvidaron a Cervantes; los inéditos De la Risa y fragmentos del Diario.

En este Diario, sobre todo, Montalvo se nos presenta con el halo de la muerte sobre su cabeza, adivinando su próximo fin y haciendo el recuento fatal de sus acciones. No sabe cuándo va a cruzar la rivera de los tiempos, pero lo presiente,

como todos los que sufren y esperan algo de la posteridad, ya que sus contemporáneos sólo han exprimido la cicuta que les brindaron munificentes. Se observa clara la influencia de Pascal y de Amiel en el espíritu de Montalvo de 1870. "El corazón suspira por el cielo y vive pegado a la tierra" dice. Así como el otro escribiría: "La claridad del espíritu causa la claridad de la pasión"... Ya los dardos contra Veintimilla sólo revelan un dolor profundo, desengañado y altivo en su soledad. Por fin, es adorable su prosa, cuando se alienta de sencillez, y se torna ingenua, en fuerza de natural.

LINEA DEL ALBA— poemas de Juvenal Ortiz Saralegui.— Montevideo.— Biblioteca "Alfar".

La *Línea del Alba* se perfila para este poeta en su brillante inexperiencia. El aturdimiento juvenil de su amanecer le hace al oído lo que la caracola del mar: una embriaguez monocorde y multifona. Se diría que luego de esta agitación concéntrica de sus emociones, va a clarificarse el iceberg impoluto del poema aún no encontrado. Por el momento, este libro es una anunciación balbuceante, repetida, coloidal, si se nos permite el concepto. Juegan en él pocas ideas primarias que representan directas sensaciones, psíquicamente puras. Como las temas que acosan a los infantes, la esperanza, la costa, el mástil de los recuerdos, las arenas del destino, la canción, son sus constantes motivos. Esto le lleva a un panteísmo sincero que hace bien al lector, porque le prepara a la alegría.

Pronto en el libro aparecen los gastados recursos de la nueva lírica: los conceptos geométricos, —hermanos de las minúsculas, loablemente no empleadas en este caso—, determinan las evocaciones. Y el crítico se encuentra ante este bifurcamiento de su juicio: ¿es transparente en su introspección, o es simple en su ingenuidad?

El egotismo, virtud de los neopoetas, fundamenta el hermoso volumen, y zonas purísimas dan fe de su buen fondo. Como cuando escribe, ante la mujer que divaga cerca de él:

Te vas de tí por tus pupilas...

O como cuando, en "El Niño del Puente" dice:
"Yo lo miraba así, en la misma posición talvez en que se nos quedan los recuerdos..."

INICIAL— por José María Luelmo.— Valladolid.— Colección "Me-seta".

Como en su otro libro, el poeta canta a la mujer a través de un prisma en el que las facetas principales son: el recuerdo y la apoteosis. Siempre el amor, djimos alguna vez. Siempre el amor, decimos nuevamente.

La crítica literaria en estos casos, cuando no quiere detenerse en la averiguación ritual de las normas estéticas presentes u omitidas en la obra, se vuelve una labor introspectiva. Hay mucho de autobiografía en ella. Este proceso se realiza para declarar la emoción personal ante el poema, más que producto consciente de valorizamiento, directa expresión del parecer individual. Así pues, no cabe hablar de crítica independiente en el aspecto de no influenciada. En todos los casos el juicio actúa de acuerdo con la marca que sobre él deja la emoción, que se colora, como el sorbo de agua toma la apariencia del vaso.

Los versos de Luelmo son exteriormente intelectivos. En razón de justicia, el poeta no es sino el sufridor experimentado que hace alquimia con sus lágrimas y las rotula con misteriosos motivos.

LA ESTETICA DEL BARROCO.
por Augusto Arias.— Talleres Nacionales.— Quito.

El cantor de Mariana de Jesús ensaya ahora una nueva compenetración de sensaciones. Nos explicaremos con clari-

dad; propósito éste tanto más laudable, en nuestro entender, cuanto es más frecuente el olvido de la sencillez, madre del arte.

Antes, el poeta Arias hacía versos. En él se repetía la endecha de Romeo. La inconsciencia del ruiñeñor aleteaba en su cárcel con espontaneidad: en ocasiones, el plumaje adquiría admirables contornos y daba fe de su estirpe de lirida, borrando toda otra contemplación que no fuese la admirativa.

Después, buscó nuevas directrices a su dinámica creciente. El fecundo poeta entró por los caminos de la mística, pórico colonial y dulce que atraviesan todos los contemplativos: hasta los contemplativos terroristas. La autosugestión lo vistió de archivero copto de nuestras latitudes. Sus veinticinco años le pesaban como setenta. Este muchacho tenía las continuidades de un abuelo en su lentitud y en sus ensayos, tras la Beata de Quito, el elogio de su tierra, el Virgilio desempolvado en sus milenios y vertido al castellano... Indudablemente, Arias envejecía, aun cuando con premura abriñeña, dosificando su esfuerzo, trataba de presentar obra de estudio y de vigilia.

Ahora, en este su nuevo ensayo, auna dos conceptos al parecer extraños: el barroco y la poesía modernista ecuatoriana. (Lo interpretamos así, porque menos propio habría sido copiar la vaguedad del concepto "estética" que él emplea): "La arquitectura y la poesía son modalidades hermanas, dice. Mejor habríamos leído: "y la retórica", advirtiendo la amplitud evanescente que Bécquer concedía al corazón que rima, antes que a la palabra rimada.

La forma, el andamiaje arquitectural, la trama orgánica, así como en escultura se recubren al conquistar el ambiente que rodea la obra y originan con este doble aspecto, lo que los griegos llamaron euritmia; y así como el pensamiento llega a ser la enteleguía presentida por los filósofos como lengua de fuego vivo, así la métrica sirve de elemento al numen para originar la estética, que vierte sus postulados en la retórica.

*

* *

La paciente contribución del señor Arias representa un esfuerzo loable y alentador pero, por carencia de unidad, contraviene el concepto puro de lo que académicamente es un en-

sayo. Cuando degüelle para siempre ese tropicalismo admirativo que pervierte su obra de crítico, nos dará un estudio integral de la lira ecuatoriana perfectamente noble y acabado. Hay derecho a exigir este nuevo esfuerzo de su pluma generosa, del conocimiento que tiene de estas cuestiones y del buen gusto a que está aclimatado su espíritu con extraordinaria facilidad.

Arias es uno de nuestros escritores más fecundos. Espíritu impecable, hace de su arte la natural escala de evacuación de sus sentimientos: por eso su obra merece la acogida cordial y atenta de sus numerosos y justicieros amigos.

**EL TUNCO— Novela— por Arturo
Mejía Nieto. Edit. Tor.— Buenos
Aires.**

Qué magnífico aliento circula en esta novela de realismo y viva emoción! Rara vez un relato se apodera tan férreamente el lector, lo conmueve y lo lleva consigo, como el que el hondureño Mejía Nieto ha logrado. Hay en él madera para un gran impresionista, para un narrador de fama. Ojalá pronto leamos nuevas obras de este escritor hasta ayer desconocido para nosotros.

Muy pocas veces el entusiasmo hace correr la pluma severa y anima nuestro criterio. Hay algo de la pesadez de la sierra en este espíritu nuestro desengañado ancestralmente y por lo mismo, lleno de anticipada desconfianza. Pero en esta ocasión se abre fecundo para el aplauso. **El Tunco** centroamericano nos ha hecho sentar plaza en sus mesnadas: que es grato reconocer una obra ponderada y plausible entre la zarabanda monocorde de la lloriqueante y dislocada literatura hispanoamericana.

La silueta central de la novela es **El Tunco**, el guerrillero sin pulgar en la diestra, que sabe herir certeramente, flor de espino en estas tierras bravas y ubérrimas descubiertas por el Genovés. **El Tunco** es el caudillo de nuestras montoneras, con un tanto de Quijote, otro poco de Cyrano y un mucho de Campea-

dor. Ante él los eriales son la manta desilusionada de las derrotas para la boca roja de las guerrillas. Señor de la montaña, su pistola no teme los jaguares ni las huestes oficiales. Todo rancho se abre a su paso: toda mujer humedece sus labios. El Tunco que sabe blasfemar, sabe también orar. Su oración tiene la simplicidad de las pocas palabras dichas ante la noche, con la cabeza apoyada en la piedra del desvelo y la mano pronta a la defensa.

Vida agitada de aventura, sino perenne de erranza a días vista, la carrera del revolucionario americano empeñada ya por Quesada, por Pizarro y por Ojeda, sigue en su torbellino a través de los sombríos silencios de la historia. Siempre la fe en el triunfo inebriando la derrota; siempre la confianza en el caudillo, poniendo esperanza en los desmayos. La mujer envenenada de verismo avizorando los fracasos y el hombre a quien sólo falta santidad para ser héroe, ingenuo ante el sentimiento y terrible en la pelea.

Negra veta esta que ofrece la vida de nuestros países en formación biológica reciente, en constante desequilibrio político. Tantos elementos de progreso sacrificados en su megalomanía; tantos esfuerzos fecundos desperdigados en mengua de lo que trataban de salvar. Este relato, sobrio, viril, profundamente humano, hace meditar, obliga la atención más allá de sus propios límites. Pluma armónica al servicio de un cerebro que sabe neutralizar la fantasía conservándola en esencia, ésta es ya una pluma notable.

Quito.

EL LIBRO DE LA RAZA

Pocos hispanoamericanistas hispanos que sepan realizar sus ideales de acercamiento y de cultura entre los países americanos y la península ibérica, como el infatigable y laborioso don José Brissa, el de los *Almanaques Hispanoamericanos*, que, año tras año, y desde luengo tiempo atrás, viene dándonos, editados por la Casa Maucci de Barcelona.

Encomiable y admirable la labor de este escritor español que, venciendo toda clase de obstáculos y prejuicios, y con la conciencia de su misión culturizante, se multiplica fecundamente en los diversos caminos de su acción hispanoamericanista.

Fruto de este su ideal de acercamiento y conocimiento racial, es el nuevo libro cuyo título encabeza estas líneas, editado en colaboración con Enrique de Laguina, y que constituye un óbolo más, importante y valioso, para la evocación, y conocimiento aun, siquiera sea panorámico, de las letras hispánicas.

El voluminoso libro antológico que "no es una antología en su verdadero sentido", y en el cual, "ni la selección de autores y textos está realizada con una finalidad de crítica y depuración", como francamente se declara en su página inicial, abarca, en su mayor parte, sintéticamente, la iniciación y desarrollo de la literatura española, desde la "formación del lenguaje", hasta la época contemporánea. Todos los grandes poetas y prosistas clásicos de todos los siglos, —desde el anónimo poema del Cid Campeador— tienen su sitio de recuerdo en este **Libro de la Raza**, llamado, sin duda, a llenar un vacío —el gran vacío

que el desconocimiento o el falso erudito desdén de nuestra cultura actual hace para todo lo antiguo— de notoria significación abierto constantemente en las modernas intelectualidades de América. Y he aquí dónde vemos radicado el valor esencial de este libro: en el interés que puede —que debe— despertar, en las presentes generaciones intelectuales, el conocimiento y la evocación de la cultura antigua. No creemos un pecado de leso vanguardismo el recuerdo de lo pasado, la mirada retrospectiva —de estudio o de recuerdo simplemente— a los viejos horizontes de la antigüedad clásica, que sabe darnos, como en el caso de Góngora, (que se vuelve presente) la resurrección de una escuela literaria, rediviva en el movimiento vanguardista de una contemporánea generación intelectual de España. Porque, creemos, además, a este respecto, que las viejas culturas —muertas, vivas?— pretéritas son los naturales estratos sobre los cuales debe levantarse necesariamente, las nuevas orientaciones estéticas y artísticas de hoy día.

Consecuentes, pues, con este criterio de divulgación y recuerdo del pasado clasicismo literario, los inteligentes editores de *El Libro de la Raza*, han querido, como bien lo manifiestan ellos mismo, "dar una mayor extensión a la literatura clásica, puesto que lo moderno y contemporáneo es más conocido y divulgado por los poderosos y eficaces medios de propaganda de que disponen, tanto las revistas y diarios, como las grandes casas editoriales". Por esto que nos parece reducida la parte dedicada a América, en cuya selección, aunque un poco desordenada, encontramos los más consagrados nombres de escritores y poetas americanos.

Señalamos la importancia que tiene *El Libro de la Raza* en nuestras innovadoras actualidades literarias, y felicitamos al ilustre don José Brissa y su colaborador, quienes en forma tan patética saben realizar sus bien sentidos sentimientos de confraternidad y conocimiento hispanoamericanos.

MIS VACACIONES EN ESPAÑA

Esta es una de las innumerables obras del escritor francés del siglo XIX, Edgar Quinet, que en admirable versión hecha

por don Manuel Núñez de Arenas, y editada por la Editorial LA NAVE, ha visto la luz pública.

Acaso los modernos espíritu e intelectualidad hispanos e hispanoamericanos háyanse interrogado, ante la resurrección de este libro, escrito hace más o menos unos tres cuartos de siglo, sobre la emoción o enseñanzas que él entraña, y los efectos que, de existir aquellos, pueden causar en el pensamiento y sensibilidad contemporáneos, tan abstraídos en la elaboración de su propia cultura, de su arte, de su filosofía, y tan preocupados con la transformación social humana de hoy día.

En realidad, quizás, la evocación sólo del autor de **Mis Vacaciones en España**, Edgar Quinet, provoque un espejismo de coloraciones esporádicas en el sentimiento moderno. Pero he allí, justamente, en ese esporadismo —romántico u histórico— es donde nosotros hallamos el encanto de este libro, en el que su autor, "historiador al modo de Agustín Thierry y Michilet", según definición de Faguet, con sutilísimo sentido crítico y amplio espíritu de observación, nos da en cuadros de emocionada viveza, enmarcados en los horizontes eternos que cierran la península ibérica por el Cántabro, el Atlántico y el mar latino episodios de la vida política, literaria, artística, de la España de los días de la Restauración y de la Reina Isabel II.

Pintoresco itinerario de emoción y de valentía el de este **tour d' Espagne**, emprendido por Quinet incansable **globe-trotter**, cuyo bagabundismo intelectual, ya anteriormente a este viaje, hubo de solazarse por las viejas ciudades de la civilización helénica y romana, en interminables éxodos de admiración y de estudio. —Bajo los cielos de la Provenza mistrahana, en Vaucluse, "Tebaida del amor caballeresco, ermita de la que Laura fue la madona", y en la que, probablemente, lloró Petrarca su apasionado llanto lírico, Edgar Quinet, terciado al pecho sus armas de combate (esta era la heroica modalidad caballeresca de viajar entonces) se embarca en la clásica "rápida" de "tiros" mulares, camino de las Viejas Castillas.

Con él vamos nosotros —en viaje de impresiones retrospectivas, naturalmente— y con él vivimos sus emociones y simpatizamos con la serenidad crítica de sus observaciones hechas en las realidades españolas de 1843.

Y es simpático este viaje —el nuestro a través del libro de Quinet— que nos permite, deleitándonos deliciosamente, mien-

tras apartamos por un momento nuestros ojos —que se empeñan con avidez en sondear el porvenir— del minuto actual, mirar, de cara al pasado, el panorama, vivo en la historia y en la leyenda, escritas o monumentales, de la vida de un pueblo tan ligado a nuestra sangre y nuestro espíritu, en la cual, a cada paso, nos encontramos con nosotros mismos.

Con cuánta emoción halagadora, vamos descubriendo, en el curso de nuestro camino, la vieja tradición épica, noble y caballeresca de España, palpitante siempre en su naturaleza eterna y en su eterno espíritu idealista y activo; en sus ciudades maravillosas y en sus civilizaciones legendarias.

*
* *

Radica, pues, el valor de esta importante obra de Quinet, no sólo en la descripción de la trayectoria del viaje, por sí sólo lleno de las más osadas y emocionantes aventuras, mas aún, por lo que hay en él de verdad histórica, de análisis crítico, de observación artística y cultural, todo esto visto y vivido por una clara inteligencia y una fina sensibilidad del pasado siglo.

Sobre todo, es íntimamente placentero, desde nuestros horizontes espectadores, mirar (cuando hay espíritus inteligentes como el de D. Humanes, que tan oportuna y sagazmente ha sabido extraer del rico arsenal de la literatura ochocentista, una obra literaria llena de interés y amenidad como ésta) en el diorama del tiempo —el pasado, que vive en la historia, en la literatura, en el arte; y el presente que son nuestras realidades— con los ojos del espíritu, lo que no podrán ya los nuestros corporales. Son saludables estas incursiones en el pasado. Ellas saben fecundar y depurar nuestros gustos estéticos, nuestras ideas políticas. Ellas saben fortalecer nuestro espíritu para el viaje, nunca terminado, del futuro.

RIO DE JANEIRO, CIUDAD DE HECHICERIA

El pintoresco y emotivo trotamundos que es Gastón Figueira, abandonando sus azules aguas rioplatenses, fue a dar en su navío de ensueños con el magnífico sueño hecho flor de

ciudades, la americana —de ancestro lusitano— Río de Janeiro. Espíritu ávido siempre de emociones estéticas y artísticas, Figueira, con la misma devota religiosidad —de su religión de belleza— que gastó en admirar el viejo exotismo de las lejanas ciudades de Oriente, adivino encantado con el raro encanto de la linda ciudad brasileira.

Fruto de sus íntimas delectaciones este pomo diminuto —su libro— del que se desprende, apenas abierto, el fragante olor de los cafetales, mezclado con el capitoso del trópico, que se lo presiente huyendo en los vientos playeros del Atlántico. En él ha vertido, pues, toda la lírica emoción panteísta inspirada en su errabundear incansable por la ciudad maravillosa. Así, sorprendiéronle sus primeros pasos corriendo, con una atlética alegría, entre bananos, cedros rojos y jaqueiras, para descubrir después, en una mañana alucinada de luz y de júbilos vanales, a la bahía de Guanabara que ha de arrancarle esta su exclamación de introspectiva emoción íntima:

“Sólo se que en mis ojos y en mi alma tu sonríes,
mientras el sol, con labios de oro joven, te besa.
Con sólo contemplar tu inmenso rostro azul,
se que la vida, toda la vida es belleza”.

De admiración en admiración que él —Figueira— sabe bien trasponer en la sencilla armonía natural de sus versos, va el sensitivo artista —y con él, nosotros— descubriendo, como en una mina de emoción y belleza, los innúmeros tesoros estéticos y naturales que guarda Río de Janeiro, para el arrobamiento de todos los espíritus que, como el del autor de **El Templo de la Noche**, se acercan a su vida con sed de armonías y hambre sentida de arte y de ensueño. Así fue cómo, con sincera avidez sentimental, —o antropológica— llevado por su innato nomadismo artístico, pudo confirmar, mientras demorábanse sus pasos en la Rúa Paysandú, camino a la playa Flamengo, que el legendario Pao d'Assucar —lírico dios de la mitología riojaneirana— era, en verdad, “el signo de admiración que Dios puso —El mismo admirado de su obra— después de haber creado a la linda ciudad”.

Y no es difícil adivinar el enorme optimismo jocundo que el espíritu, frecuentemente arrebatado por la melancolía, del

poeta, siente ante un espectáculo de esplendor y encantamiento como el ponderado de Río de Janeiro. Todo le sonríe y le canta alegremente. En el embrujamiento primaveral de otra mañana de oro, que sueña toda una armoniosa sinfonia de colores, ya en las aguas azules de la bahía, o ya en el verde cantárida de la campiña tropical, cuando al beso de los vientos marinos cimbrean sus torsos de mujeres las esbeltas palmeras, y el zafiro alado de un lindo beija-flor coruzca en el espacio, oye el poeta, cómo aquel conjunto de luz y de música, le grita, en una sola voz: "La vida es hermosa!", exclamación que encuentra también su ritmo comprensivo e íntimo en su alma joven, que lo mismo capta las más secretas ondas emocionales de la naturaleza, como se extasia o atormenta ante el eterno devenir de la vida humana.

Con el hondo placer de los descubrimientos, —porque, no otra cosa son estos que el poeta nos va presentando, vestidos ya con la luz de su propia sensibilidad— seguimosle por los accidentados e inesperados senderos de su correría sentimental y artística. Así nos sorprende, de pronto, el cuadro vernáculo de la feria libre de Copacabana, donde desfloran su perfume, de americana estirpe, las sandías, bananos y naranjas tropicales. Luego en Nitcheroy:

"Canciones de niños, canciones de pájaros
escuela de niños, escuela de pájaros

Niñas mariposas
leen sus lecciones
en libros de flores..."

hallámonos con la dulzura de esta visión, (es ya conocida esta modalidad tagoresca del alma de Figueira) tan clara y tan bien vertida en la sencillez de esos versos.

Un diorama magnífico en el que se sucedieran armónicamente, los más diversos panoramas de una naturaleza privilegiada es este pequeño librito del poeta uruguayo, en el que a veces, por asociación de imágenes, o por idénticos estados de alma, el recuerdo del Oriente misterioso toma emotiva corporeidad en las percepciones psico-artísticas de las realidades americanas, como cuando en la hora ya vencida de un atardecer, es-

cucha con introvertida delectación, al alado muecín de un sabiá que encaramado en el verde alminar de una palmera, invita con su cantar armonioso a la cotidiana oración de los crepúsculos; o cuando también, tumbado en decúbito ensoñativo, de cara al cielo azul y limpio, piensa en la belleza de Bagdad, sus bazares, sus palmeras, sus odaliscas jóvenes.

*
* *

En la ya fecunda y copiosa labor lírica de este poeta de alma de surtidor o arroyo, por la naturalidad sin énfasis, con que de ella le brota su "poesía pura", al decir de Romain Rolland, un aspecto hay que más se afina con el palpitante ritmo de nuestras esperanzas culturales: el de su devoción —como que ello está en su sangre misma de americano— innata por la vida de América. Hay en la conciencia lírica de Figueira el sentido de la cultura, de la personalidad de América, sentido que, muy secretamente, sin exagerar, prepondera en la vida de sus versos. Sabe muy bien él, con su intuición de filósofo, que para la eficacia de nuestros esfuerzos constructivos, necesario es conocer nuestras realidades absolutas, para luego amarlas y apreciarlas en toda su significación, con la sincera exaltación de nuestro pensamiento y de nuestros sentimientos. Y esto, y no otra cosa es lo que hace el simpático poeta —paisano, quiáralo o no, del tenebroso Conde de Lautreamont— al difundir, por los ámbitos inmensos del continente, estimulando su afección y su conocimiento, las bellezas de América, trasplantada en la dádiva de su poesía.

Muchos libros más, todos referentes a su éxodo artístico por los países de América —hasta de aquella que se volvió sajona por obra del dólar y del tiempo— nos anuncia la generosa fecundidad lírica de Gastón Figueira. Aquí, pues, en medio de nuestras equinociales soledades, esperamos su arribo, mientras al coro de aplausos que en su loor levantaron de Miomandre, Beltran Masses, Menéndez Pidal, Concha Espina, Alfonsina Storni, etc. se una el nuestro, que sólo significa estimación y comprensión artística.

MONDE

Cuando hace, poco más o menos, un lustro, circuló por aquí, por los círculos de la prensa americana el anuncio de la fundación y aparición de **Monde**, la sedienta y auscultadora intelectualidad de nuestro continente, pudo ya, entonces, conociendo el nombre prestigioso del ilustre francés —Henry Barbusse— que iba a crearlo, prever lo que sería, andando los tiempos, el periódico renovador de París.

En el decurso, pues, de sus cinco años de vida, **Monde**, cuyo comité directivo cuenta con las consagradas figuras de Albert Einstein, P. Fireman, M. Gorki, M. Karoly, M. Morhard, Upton Sinclair, Manuel Ugarte y don Miguel de Unamuno, consecuente con la amplia y moderna orientación de su racionalizante ideología socialista —de un verdadero socialismo postulador de los más vastos principios de libertad, de igualdad y dignidad humanas— ha venido, no sólo confirmando la realización de su programa cultural, sino también, llenando formalmente, el esperanzado optimismo de los trabajadores del músculo y del pensamiento, que en las dilatadas latitudes del mundo, sueñan y se esfuerzan, en una lucha titánica, por su mejoramiento social.

Clavado en el centro mismo de la vicilización, el valiente hebdomadario, ha sabido erguirse, gracias a su pujante brío constructivo, en el vigía y defensor de las aspiraciones y derechos humanos, en cualesquiera parte del mundo, donde la voz del proletario intelectual o manual, ha dejádose oír, clamando, ya por la barbarie, o llena de protesta, contra las opresiones capitalistas, o ya también contra las autocracias de la tiranía.

Así, las masas populares, intelectuales y obreras, del mundo, han visto y ven en **Monde** el refugio natural de sus aspiraciones, de donde se esparsa —semilla para la tierra espiritual de las nuevas generaciones humanas— la luz de las nuevas ideas de superación social, para echar raíces y crecer en la conciencia, ávida de claridad de los pueblos.

Todo atentado contra la libertad o los derechos sociales de cualesquiera nación, cuando éste ha llegado a conocimiento de **Monde**, ha encontrado en él, su más decidido impugnador y defensor, cuya voz, franca y valerosa, ha resonado, con notoria

eficacia, en los ámbitos de la civilización universal.

De cómo ejerce su valiente apostolado de construcción social, nos dan idea, primero su afán de universalización, hoy ampliamente correspondido por el justo anhelo de mejoramiento de los pueblos, que se hacen eco del valor de su existencia; y, luego, por la forma asombrosa y alhagadora de llevar a cabo sus desinteresadas realizaciones socializantes.

Una poderosa compactación de "amis de Monde" que comulga íntimamente —y aun más: ayuda e intensifica su vida— con sus civilizadoras doctrinas, cuya sede principal, como es natural, tiene su asiento en París, y que constituye, por el admirable ejercicio de sus actividades, la más verdadera y seria de las Universidades Populares, dividida en inúmeros círculos de estudios sociales, ciencias, economía, política, letras, arte, arquitectura, urbanismo, cinema, música, etc., siembra en la conciencia y el espíritu de las modernas generaciones francesas, el fulgor de la cultura y de las ideas que han de levantar a los pueblos a su nivel de democracia, de superación y de dignidad humanas.

En las actuales luchas culturales por el mejoramiento social, **Monde**, por la benefactora realidad intrínseca que representa, guarda en sí, una inapreciable significación universal. Su existencia encierra, no sólo para el tradicional pueblo francés, sino, efectivamente, para todos los pueblos libres y esclavos del mundo, un símbolo de lucha y de trabajo, en el que ven reflejado sus más humanos ideales de igualdad social.

Luchar contra las fuerzas del imperialismo, del militarismo y del facismo, es uno de sus lemas ideológicos, por cuya realización no ahorra ningún esfuerzo combativo, seguro de su misión y de la conciencia de su vida, entregada entera al bien de la humanidad.

Con la obra de cultura que hasta aquí lleva ya elaborada **Monde**, no es difícil suponer —analizando todo el poder y trascendencia de su ideología— lo que su vida entrañará más tarde para la historia de la civilización mundial. Por ahora, nos entusiasma probar que en el viejo pueblo de las libertades legendarias, guardador de sus glorias invalorable, existen siempre hombres que, guardando la tradición de su historia, sacrifican su talento, su espíritu y su vida, desbordante de nobles ideales, por la renovación y mejoramiento social.

NOS-OTRAS

Luisa Martínez es una de nuestras inteligentes mujeres que aquí, en Hispanoamérica, la laboran con tenacidad constructiva, con un empeño digno de la nobleza de sus ideales, por el bien cultural de su país.

Hace cinco años que en Caracas —la linda Caracas de la linda Teresa de la Parra— fundó su Revista **Nos-Otras**, que acaba de entrar con el número de Mayo último, en su sexto año de vida, la que ha sabido llevar por los cuatro caminos cardinales de la intelectualidad hispanoamericana, la voz, no sólo del pensamiento femenino venezolano, sino también, en interesante conjunto, el reflejo de todas las manifestaciones artísticas, intelectuales, sociales, políticas, de la vida venezolana.

Admirable disciplina la de difundir cultura en nuestros medios incipientes, donde, con frecuencia, vemos perderse, faltos de comprensión, y ahogados en indiferencia —consciente o inconsciente— y lo que es peor, todavía! en mares de prejuicios, prejuicios sociales, de castas, religiosos, ideológicos, los mejores florecimientos, los mejores frutos de nuestro espíritu y de nuestra mentalidad. Por esto, cuando escuchamos a la ilustre directora de **Nos-Otras** estas palabras: "cuantas veces, desilusionadas, al ver nuestro esfuerzo incomprendido, estuvimos a punto de abandonar nuestro empeño", bien justificamos su desaliento. No es posible en esta indole de lucha, por sí misma formidable, ya que hay que vencer a los monstruos que encarnan las fuerzas morales y materiales de su oposición, resistir y salir triunfantes en la realización de sus sueños, sin sentir, clavándose en lo más vivo, en lo más noble de sus ideales, la garra, siempre hiriente, de estas asechanzas que, felizmente, al tratarse de un varonil espíritu de mujer como el de Luisa Martínez, si desesperanzan un momento, en cambio siembran en él la semilla de una nueva fuerza idealista y constructora.

Y esta actitud de valentía y de pujanza combativa es lo que, sobre todo, se gana nuestra simpatía, al ver cómo la tenaz directora de **Nos-Otras**, ha sabido, a través de todas las vicisitudes, luchar por la existencia de su Revista, y levantarla al merecido nivel de prestigio que, por su valor representativo,

ha alcanzado en el concierto de los pocos organismos intelectuales femeninos que con finalidad cultural se editan en América.

Prueba de su constancia y de su fe en su labor culturizante es, pues, la existencia de **Nos-Otras**. Ella es el más elocuente índice en el que se refleja con magníficos relieves un bello talento y una fuerte alma femenina, puestos generosamente al servicio de una causa que enaltece y exalta el nombre de su propulsora: Luisa Martínez, incorporado tiempos ha, en gracia de su valor intrínseco al brillante séquito de **féminas** inteligentes que honran la actualidad intelectual americana.

Parécenos descubrir un oculto sentido en el título de la Revista caraqueña. En verdad, hay cierto sabor de sobrio egotismo en **Nos-Otras**, que nos da, sin vacuas pretensiones, la idea de su razón de ser, de su espíritu de altivez, de independencia y de laboriosidad, a la vez que, también, revela su conciencia, basta y definida, de lo que es y será dentro de su programa vital.

Si hay entre nosotros un medio palpable de sentir, y más aún de llevar a cabo los ideales feministas, este es el que Luisa Martínez, con nobleza y elevación viriles, viene poniendo en práctica, desde hace ya mucho tiempo, en la consecución de los suyos, estos sí, merecedores de todo encomio, ya que se realizan en los campos amenos y fecundos del arte y del pensamiento.

UNA REVISTA FEMENINA

Si la aparición de un organismo intelectual en cualesquiera de nuestras latitudes continentales, como clara expresión de desarrollo cultural, como signo de civilización, ha merecido siempre la africana —por lo cálida— complacencia nuestra, hoy una hermosa revista brasilera que ha principiado a editarse en Río de Janeiro, bajo la dirección de una mujer, Iveta Ribeiro, acaba de alhagar admirablemente nuestro entusiasmo, haciéndonos ver cuánto de noble, de superior hay en el espíritu y mentalidad de nuestras mujeres americanas, y de lo que éstas son capaces cuando, como en el caso de esta **inteligente brasilera**, saben, en la más bella forma, dar realización a sus ideales de

superación femenina, saliendo así, virilmente, por los fueros —pobres de prestigio para la mirada extranjera,— culturales de la mujer de América.

Desposeída de vanidad y de falsos prejuicios, pero dueña, eso sí, de su talento, que aprecia en su justa valoración las realidades culturales femeninas de su país, Iveta Ribeiro, lanza, en la invitación de su palabra vibrante y emocionada, su llamado de armonía a sus compañeras de sueños e ideales de renovación.

“Hemos llegado a una época en la que la mujer brasilera, desembarazada de erróneos y primitivos prejuicios, manifiesta sus aptitudes, su capacidad y su energía, luchando al lado del hombre en todos los ramos de las actividades modernas, caminando con él, paso a paso, en demanda del progreso moral y material de la patria; conquistando glorias y triunfos artísticos e intelectuales”, dice la distinguida escritora. Pero ella bien ve que todas estas admirables fuerzas femeninas dispersas, necesitan un medio práctico de agrupación, de cohesión, de revelación. Por esto su penetrante sentido de lucha y de trabajo ha querido levantar una tribuna para el pensamiento femenino brasilero, desde la cual pueda ser echado a los vientos de la civilización contemporánea, en admirable conjunción estética, artística e intelectual, la pujante dádiva que la mujer brasilera aporta al concierto de la cultura hispanoamericana. Y por esto ha creado su **Brasil Feminino** —que este es el nombre de la Revista— por y para la mujer brasilera. Y ya vemos en ella desfilar toda una **formosa, dourada** “theoria” de inteligentes **mulheres**, cuyos nombres armoniosos, —Branca de Castro, Henriqueta Lisboa, Maria Eugenia Celso, Anna Amelia de Queiroz Carneiro de Mendonca, Albertina Berthe, (Maria Lamas, y Zulmira Costa, inteligentes portuguesas éstas, colaboradoras de **Brasil Feminino**) Irene Drummond, Davina Fraga y otras— se yerguen ya en los horizontes de la intelectualidad del Brasil, no como una esperanza únicamente, más aún, como una bella realidad de inteligencia, de esfuerzo, de cooperación común, en una causa por sí misma noble y merecedora de toda simpatía, como es la persecución de un ideal de arte, de cultura y de elevación femeninas.

Hay en el manifiesto con el cual Iveta Ribeiro concierta

a las mujeres brasileras para su campaña renovadora, tanta conciencia y fe en la acción de su lucha, y tanta formalidad en sus plabaras, que, dándonos una idea justa de su pensamiento, nos hace adivinar ya, hasta dónde pueden llegar, con el transcurso del tiempo, sus valientes esfuerzos constructores: "Mujeres brasileras: —les dice— Aquí está el fruto de una iniciativa de renovación. **Brasil Feminino** es vuestra. Haced de ella vuestra credencial ante nuestras hermanas extranjeras. Haced de ella el órgano de vuestra cultura; la fuerza defensiva de vuestros derechos; el espejo en el cual se refleje vuestra alma generosa, clara, iluminada y pura. Haced de esta Revista una fortaleza espiritual de inteligencia y superioridad, no como elemento agresivo de un feminismo combativo e intransigente, creador de ridículos justificados y de antipatías derrotistas, sino como una luminosa y franca demostración de libertad, igualdad y fraternidad".

Al selecto número de mujeres prominentes que en nuestra América sacrifican el tesoro de sus espíritus y sus inteligencias, y entre ellas, y en el alto nivel al que han llegado por la eficacia de su labor cultural, Victoria Ocampo, en Buenos Aires, con su imponderable y valiosísima Revista **Sur**; y, Luisa Martínez, con la no menos importante **Nos-Otras**, en Caracas, hay que aumentar el de Iveta Ribeiro, cuyo bello gesto de independencia, de trabajo y de lucha, es un cordial y simpático estímulo para las mujeres de nuestras naciones, que quieran, como ella, romper lanzas en honor de la cultura femenina americana.

INDICE

Volumen VII

A

| | Páginas |
|---------------------------------|--|
| Arroyo César E. | El milagro de la voz 3 |
| " " | Montalvo, clásico español 238 |
| " " | Cumandá es una gran novela. 441 |
| Arciniegas Ismael Enrique | Booz dormido 6 |
| Abrahams E. Gerardo | Los partidos doctrinarios y la renovación social 85 |
| Arias Augusto | El palique y la poesía 98 |
| " " | Los viajes de Montalvo 415 |
| " " | Evocación de Mera 412 |
| " " | Goethe o la progresión 473 |
| Andrade Coello Alejandro | El aislamiento del genio 267 |
| Albornoz Miguel Angel | La Mercurial Eclesiástica 395 |

B

| | |
|------------------------------|---|
| Barrera Isaac J. | Montalvo, ensayista 197 |
| " " | Juan León Mera y el ameri- canismo literario 427 |
| Bustamante José Rafael | La rebeldía de Montalvo 227 |
| Bossano Luis | El Ecuador y Montalvo 375 |

C

| | |
|-----------------------------|--|
| Carrera Andrade Jorge | Soledad de las ciudades 69 |
| Crespo Toral Remigio | Montalvo, el hablista 215 |
| " " " | Juan León Mera, maestro de cultura nacional 452 |

II

| | Páginas |
|-------------------------------------|--|
| Cabezas Borja Reinaldo | Montalvo, encausador y constructor |
| | 409 |
| Castillo Abel Romeo | Un esquema de la Historia Ecuatoriana |
| | 511 |
| D | |
| De la Fuente Nicanor | Poemas: La costurera, Poema |
| | 508 |
| Dirección | Notas editoriales |
| | 513 |
| E | |
| Escala Victor Hugo | Medardo Angel Silva |
| | 93 |
| Escudero Gonzalo | Poemas: Para nada, Naci ga- leote |
| | 493 |
| F | |
| Frank Waldo | El Mundo Atlántico |
| | 29 |
| Flor Manuel Elicio | El espíritu religioso de Don Juan Montalvo |
| | 311 |
| Flores Carlos Alberto | Aspectos político y literario de Montalvo |
| | 319 |
| J | |
| Jiménez Nicolás | Montalvo, poeta |
| | 209 |
| Jaramillo Alvarado Pío | Montalvo, político |
| | 289 |
| Julio II | Juan León Mera |
| | 463 |
| LL | |
| Llerena Crespo J. | Romance estivo |
| | 97 |
| M | |
| Moncayo Hugo | La pasión y muerte del Li- bertador Simón Bolívar ... |
| | 9 |
| " " | El correo de ultramar p. 106 y |
| | 516 |
| " " | Líminar |
| | 113 |

III

| | Páginas | |
|------------------------------------|--|-----|
| Montalvo Antonio | Poemas: Mujer, Vuelo de garzas, El trópico | 26 |
| " " | Revistas: Crisol, Revista de las Españas | 102 |
| " " | El quijotismo de Don Juan Montalvo | 254 |
| " " | Poemas: Vigilia armoniosa, Yo, pirata, Adiós, en el alba | 495 |
| " " | Mirador bibliográfico | 531 |
| Martínez Alfredo | Noche | 81 |
| " " | El diálogo eterno | 401 |
| Muñoz Sanz Juan Pablo | Don Juan Montalvo, el artista y el hombre | 115 |
| Moreno Mora Manuel | Don Juan Montalvo | 361 |
| Mata Humberto | Definición de la palabra "vanguardia" | 497 |

P

| | | |
|-------------------------------------|---------------------------|-----|
| Pérez Guerrero Alfredo | Montalvo, moralista | 381 |
|-------------------------------------|---------------------------|-----|

R

| | | |
|---------------------------------------|--|-----|
| Rumazo González José | Poemas: Entre sol y mar, América, A lo que va viniendo | 81 |
| Reyes Oscar Efrén | La vida de Don Juan Montalvo | 342 |
| Romero y Cordero Remigio | Colombia | 467 |

S

| | | |
|--------------------------------|----------------|----|
| Salvador Humberto | Cocktail | 71 |
|--------------------------------|----------------|----|

T

| | | |
|---------------------------------|----------------------------|-----|
| Tobar Donoso Julio | La época de Montalvo | 386 |
|---------------------------------|----------------------------|-----|

LIBROS IMPORTANTES

LA SALUD DEL NIÑO

Su protección Social

por

ERNESTO NELSON

VALOR: DL. 0,40

PSICOLOGIA DEL NIÑO

Libro de texto para maestros de
niños de 6, 7, 8 años de edad.

por

MARY THEODORA WHITLEY

traducido por

ALBERTO REMBAO

VALOR: DL. 0,30

TAQUIGRAFIA SEGUI

Sistema moderno, sencillo, rápido.
Sólo ocho lecciones fáciles para el hogar.

VALOR DL. 1,00

Pídase a la Editorial

La Nueva Democracia

419 Fourth Ave. — Nueva York, N. Y.

CRISOL

Revista de crítica, publicada por
el Bloque de Obreros Intelectuales
de México

Jefe de Redacción:
M. D. Martínez Rendón

Administrador:
A. Martínez de Aguilar

Suscripción anual, 2 dólares

México, D. F.—Apartado N° 1979

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Publicada por la Unión Ibero-
Americana

Suscripción anual, en España y
América:
15 pesetas

Dirección postal:
Calle del Duque de Medinaceli, 8
Madrid, España

ORTO

Revista de difusión cultural

Director fundador:

Juan F. Sartiol

Suscripción anual, \$ 3,50

Manzanillo, Cuba

LETRAS

Revista de Arte y Ciencia

Director:

Arturo CAMBOURS OCAMPO

Suscripción: 6 números, \$ 6,00.

Callao 86. Buenos Aires, Argentina

LA REVUE MONDIALE

Ancienne Revue des Revues
Encyclopédie de quinzaine

Fundateur:
Jean Finot

Directeur:
Louis Jean Finot

Dirección postal:
Paris, 45, rue Jacob (6e)

ECUADOR

Revista de cultura
y propaganda

Dirige:

Victor H. Escala

Caracas, Venezuela